



Pablo De  
Santis La sexta  
lámpara

Lectulandia

Nueva York, 1915. El arquitecto italiano Silvio Balestri llega a Manhattan con el sueño de trabajar en la construcción de rascacielos y dar una respuesta arquitectónica al mito de la torre de Babel con una construcción de apariencia truncada situada en la ciudad donde se cruzan todas las lenguas. Pero el proyecto de su vida, Zigurat, choca con los planes del Club de las Seis Lámparas, una secta que impone las reglas que rigen las alturas de la ciudad de los rascacielos. Entretanto, en la vieja Europa, con el auge de los regímenes totalitarios triunfa la arquitectura del significado y Balestri, muy a su pesar, se convierte en cómplice del Tercer Reich con sus escritos y proyectos teóricos.

Una novela deslumbrante, llena de imaginación, en la que Pablo De Santis despliega con gran talento la lógica singularísima y obstinada de Silvio Balestri y su ineludible determinación de dar sentido y realidad al sueño que guía toda su vida.

**Lectulandia**

Pablo de Santis

# **La sexta lámpara**

ePub r1.1  
lenny 06.11.13

Título original: *La sexta lámpara*  
Pablo de Santis, 2005

Editor digital: lenny  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis padres, Ulises y Elvira

## Prólogo

Todavía existe el prejuicio de que los grandes arquitectos son los que dedicaron su vida a construir. Nosotros perseguimos las huellas de quienes sólo dejaron planos y bocetos a sus espaldas. Dedicamos años enteros a rastrear esas historias veladas de anhelos imposibles. Cuando nos sentimos derrotados, nos ponemos a recordar, para animarnos, el momento de nuestra victoria mayor: la tarde helada en que subimos por las escaleras el baúl de Balestri. Todo lo que quedaba del arquitecto estaba en ese baúl.

Durante años, nosotros cinco —los miembros de la Sociedad de Arquitectura Utópica— habíamos buscado pistas sobre Balestri. Sabíamos que había nacido en Roma, que había trabajado en Nueva York y que había muerto en Buenos Aires, pero nunca logramos ubicar su tumba. Tampoco pudimos encontrar a su viuda, Anna Caylus. En la última página de un diario (que había servido para envolver unas espinacas, y que hoy guardamos enmarcada), advertimos, por pura casualidad, entre inauguraciones, conciertos corales en iglesias y conferencias con diapositivas sobre Egipto, la mención a una charla que nos inquietó. El título era *Dante y Balestri: libros y edificios*. Esa línea nos guió hacia Treviso, un profesor italiano que vivía en Buenos Aires desde los años veinte.

El viejo Treviso supo aprovechar nuestro fanatismo y empezó a pedirnos pequeños préstamos a cambio de una información siempre escatimada y a menudo contradictoria. Pero a fines de los años sesenta, después de una enfermedad que lo obligó a estar casi un mes en cama, nos dio el baúl. Había estado durante años en el sótano de un hotel de Avenida de Mayo, donde Treviso vivía. Hicimos una colecta para pagarle el legado, sin saber si comprábamos un tesoro o un montón de diarios viejos.

Y en la habitación del fondo de nuestra modesta Sociedad abrimos por fin el baúl. De su interior salió un vaho a papel húmedo: a todos nos recordó, quién sabe por qué, distintas cosas que venían de tiempos remotos: paseos en barco por el Tigre, una casa de campo, un escondite en el tronco de un gigantesco árbol caído. Cuando encontramos lo que buscamos durante años, siempre nos parece un regreso a la infancia. Nos quedamos mirando los bordes de papel amarillento, y los agujeros de las polillas, y el moho que había atacado las tapas de los cuadernos rojos, a la espera de que alguno de nosotros se decidiera a tocar el material. Habíamos subido el baúl por la escalera casi a los saltos, pero la visión de aquellos papeles nos paralizó.

De pronto uno de nosotros se decidió y los otros lo seguimos. Encontramos mucho más de lo que esperábamos: grabaciones de Anna Caylus, apuntes de Treviso —que traducían las palabras de Balestri—, bocetos del arquitecto, quince cuadernos rojos. En una hora vaciamos el baúl, pero nos llevó años limpiar el material,

catalogarlo y finalmente redactar un informe sobre la vida de Balestri.

Una confesión: una vez por año —el aniversario del hallazgo— sacamos los documentos del archivo y volvemos a poner cada papel en el interior del baúl, tal como lo encontramos. Y nos quedamos en silencio, en el cuarto del fondo, reviviendo el instante en que Treviso nos legó el interminable monumento de papel, que se ha adueñado de nuestros empeños y pesadillas. Entonces empezamos a sacar las cosas como si las tocáramos por primera vez.

Esa ceremonia nos salva del error de una falsa familiaridad. Y nos advierte: Balestri sigue siendo en el fondo un desconocido, y de su torre no poseemos más que la sombra de una sombra.

# 1

A fines de los años cuarenta el incendio de un club nocturno en el sur de la isla de Manhattan arrasó dos manzanas enteras y dañó edificios cercanos, que debieron ser demolidos. Entre las construcciones destruidas estaba el Museo Caylus. Aunque cerrado desde 1939, el museo todavía albergaba, bajo capas de polvo y telarañas, la colección de maquetas de edificios que había hecho célebre a Caylus. Las cincuenta y dos piezas de cartón, madera y papel no eran réplicas de los rascacielos de Nueva York, como habían anunciado, cuando todavía existía, las guías de la ciudad, sino de los proyectos que nunca habían llegado a hacerse. La idea rectora de Caylus era que una ciudad no es sólo aquello que se levanta sobre la tierra, sino también los proyectos frustrados y los sueños inconclusos.

Aunque nunca se dedicó, fuera de sus maquetas, a ningún aspecto de la construcción, Caylus mantuvo una intensa correspondencia con los grandes arquitectos de su tiempo, y así consiguió que le prestaran planos y bocetos, que él convertía en minuciosos edificios de juguete. A los arquitectos les agradaba saber que si bien sus obras no habían llegado a edificarse, al menos habían alcanzado aquel estadio intermedio entre el boceto y la realidad.

Todas las maquetas las había hecho el mismo Caylus, excepto la Torre del Dragón, que le había comprado a un anticuario especializado en objetos orientales. Según los papeles que acompañaban a la torre, este proyecto había estado destinado a ocupar una manzana en el Barrio Chino. La torre remataba en una cúpula que representaba a un dragón con las fauces abiertas. A los visitantes más frecuentes del museo, Caylus los invitaba a escribir algún deseo oculto en un papel, y a dejarlo en la boca del dragón.

Como corresponde a un museo dedicado a lo frustrado, la maqueta que sería la obra central nunca se hizo. Se trataba de *Zigurat*, último gran proyecto del arquitecto italiano Silvio Balestri. Los bocetos que se conservan muestran una construcción cuadrangular, con terrazas escalonadas, con referencias a la iconografía babélica, en particular a la obra de Brueghel y a la de Piranesi. La torre debía medir más de trescientos metros, pero no alcanzó siquiera la altura de las maquetas de Caylus.

De todos los museos de la ciudad, el Caylus, aunque conocido entre los arquitectos, era el menos frecuentado. Había tardes en las que nadie entraba, y su dueño se dedicaba a pasear entre los edificios. Siempre había un detalle que corregir: reparar las ventanas, exterminar a las arañas que tejían su red entre un edificio y otro, o eliminar el exceso de papeles de la boca del dragón.

Caylus jamás dejaba sus deseos escritos en la cúpula de la torre china. No creía en esas cosas.



## 2

Silvio Balestri, el arquitecto para el cual estaba reservado el lugar central del museo Caylus, nació en Roma en 1889. Su padre, un escultor, había intentado hacerse un lugar dentro de la corriente neoclásica; al no lograr ser admitido en los salones de la Academia, acabó por resignarse a la estatuaria fúnebre.

La firma Eugenio Balestri e Hijo (anotada así en los registros municipales aún antes del nacimiento de Silvio) recibía encargos de toda la región. El escultor consideraba que su oficio contemplaba dos frentes de batalla: en uno estaba el mármol y en otro la familia que encargaba el trabajo. A pesar de las dificultades que presentaba la piedra, el segundo frente era el más difícil. Los clientes nunca venían a él sin ideas, nunca se abandonaban a sus criterios y experiencia. Traían consigo un catálogo de proyectos extravagantes que incluían sistemas de iluminación permanente, cursos de agua que representaban el Aqueronte y figuras flotando en el aire. Eugenio Balestri debía limitar esas expectativas a un repertorio tradicional de ángeles y figuras mitológicas que dejara satisfechas las necesidades simbólicas de la familia.

El escultor tenía la esperanza de que Silvio continuara con su trabajo y no perdía oportunidad de darle consejos:

—Si no hay una conformidad absoluta, mejor no empezar. Es mármol; imposible corregir.

En un mueble de madera, provisto de cincuenta cajones, Eugenio Balestri guardaba la correspondencia que mantenía con sus clientes. Le parecía que era un documento único sobre las expectativas del público con respecto a la escultura del nuevo siglo.

—Me han pedido barcos hundidos. Me han pedido el último canto del Cielo de Dante, tallado en un libro de mármol. Me han pedido una gorgona con cada serpiente esculpida en una piedra distinta. Me han pedido todas las variaciones de lo imposible, y ahí están las cartas para testimoniarlo. Pero nunca, ni una sola vez, me pidieron una obra de vanguardia. Nadie quiere ser recordado por la geometría.

La madre de Silvio murió de neumonía cuando el muchacho tenía diez años. Para retratar a su mujer, Balestri dejó de lado los símbolos y las espadas y los ángeles, y construyó un busto sencillo, con el cabello suelto y los ojos cerrados. Ésta era la escultura favorita de Silvio, pero su padre le negaba toda importancia.

—¿Por qué te gusta? ¿Sólo porque es tu madre?

Silvio no era capaz de responder. Tal vez le gustaba porque la escultura parecía esconder algo, como si su padre hubiera tallado un silencio que él mismo no entendía del todo. Las otras estatuas, en cambio, no sabían callar nada. Silvio se había criado entre ángeles atareados en sostener cuerpos, alumbrar con antorchas o amenazar con

espadas a los vivos.

En busca de nuevos motivos para sus obras, Balestri enviaba a su hijo a calcar imágenes de iglesias y cementerios. Le enseñó a cortar y a tallar el mármol; a los 15 años, Silvio se había convertido en su principal ayudante.

—Padre, ¿no preferiría que sus obras estuvieran en las casas de los vivos, en los museos, en las iglesias?

—Todo lo que conservamos de la más lejana antigüedad es lo que estaba bajo tierra. Seis de las siete maravillas del mundo se perdieron. Se conservaron sólo las pirámides, que son tumbas. Los tesoros, las estatuas, las escrituras: todo se lo arrancamos a los muertos.

Después de las aburridas horas del liceo, en las que Silvio no se destacaba en ninguna asignatura, lo esperaba el trabajo junto a su padre. Mientras los amigos daban vueltas por la ciudad, conocían mujeres, vivían aventuras que sus relatos agrandaban, a él le tocaba pulir interminablemente las alas de los ángeles o el rostro de Cristo.

### 3

Las influencias que su padre tenía dentro de la cerrada burocracia fúnebre le sirvieron a Silvio para obtener el cargo de Inspector de Monumentos y Cementerios. Esto le permitió viajar por todo el país y convertirse en un experto en arquitectura del renacimiento italiano. Aunque el nombramiento, como tantos otros puestos burocráticos, no tenía otra exigencia que la de pasar tan inadvertido como fuera posible, Silvio se tomó muy en serio su cargo. Revisaba informes que dormían en los archivos desde hacía muchos años y en base a ellos organizaba sus viajes en vagones de segunda clase. Llevaba consigo una valija pequeña y una bicicleta de montaña.

Su padre había soñado para él un encumbramiento progresivo: mausoleos de las familias ilustres, encargos del gobierno, nombramiento como escultor oficial del Vaticano. Nunca había terminado de aceptar que se apartara de los negocios familiares para inscribirse en la facultad de arquitectura. Como sabía de esa decepción, Silvio aprovechaba sus viajes para hacer calcos que podrían servir en el taller, donde siempre estaban buscando nuevos motivos.

Silvio se alojaba en modestas pensiones, a veces en casas de familia y otras en las oficinas de los cementerios. Sus informes, exactos y perentorios, empezaron a acumularse en los escritorios de funcionarios de segunda línea. Nadie los leía, nadie los respondía. Sólo su insistencia en advertir sobre las filtraciones que corroían uno de los muros del cementerio veneciano de San Michele fue finalmente escuchada por las autoridades municipales. El muro fue reparado, el cementerio salvado y Silvio despedido.

Aunque siguió ayudando a su padre, sobre todo en encargos que exigían cierta complejidad, Silvio comenzó a tener algunos proyectos propios. Trabajó en la construcción de una casa en Palermo y en un natatorio de un hotel de la costa Lígur. Allí diseñó una piscina de piedra blanca, rectangular, alimentada por ocho bocas de agua con forma de monstruo marino, gobernadas por un Neptuno de mármol, tallado por su padre, que blandía un tridente.

A pesar de que el dueño del hotel no quedó muy conforme con el encargo —el Neptuno parecía más dispuesto a arponear bañistas que a difundir los beneficios de la natación— Silvio Balestri comenzó a hacerse un nombre entre los empresarios turísticos de la costa. Se ocupó de casas y jardines, de piscinas y glorietas, pero sólo lo llamaban quienes amaban el mármol. La obra de su padre lo perseguía. Soñaba con grandes edificios, pero no era más que un constructor de mausoleos.

Durante el tiempo que duró la preparación de su trabajo final en la facultad de arquitectura, Silvio visitaba a menudo la Biblioteca Vaticana. El tema de su tesis era la obra de Gianbatista Piranesi, y se había empeñado en encontrar unos grabados que el artista veneciano había dedicado al papa Clemente XIII. En una de sus visitas a la biblioteca, Silvio conoció a quien sería una influencia decisiva en su vida: Oskar Pollak.

Pollak había nacido en Praga y era de ascendencia judía. Después del *gymnasium* se anotó en Química, carrera que abandonó a causa de su interés en la historia del arte. Conservó siempre, sin embargo, una cierta mirada científica que aplicó a sus investigaciones artísticas. Había hecho estudios sobre la historia de Praga y ahora se dedicaba al pasado de Roma. Al revés de Balestri, que desdeñaba completamente los deportes, Pollak fue uno de los primeros esquiadores de Bohemia.

Cuando Silvio lo vio por primera vez, Pollak se inclinaba sobre unas letras diminutas y unos signos desconocidos. Desde muy temprano había tomado nota en un cuaderno de páginas casi transparentes. Cuando se le terminó el papel, siguió con su mano. Parecía un loco; ya completa la palma izquierda, llenaba cada uno de sus dedos con apuro, como si estuviera anotando una verdad a punto de desaparecer. Balestri se acercó para ofrecerle algunas hojas en blanco. Pollak, distraído, agradeció en alemán y luego en italiano.

Balestri le preguntó qué eran esos signos.

—Los arquitectos y los albañiles intercambiaban mensajes en una especie de taquigrafía muy difícil de descifrar. —Mostró la mano con una sonrisa—: Aquí está el secreto de las catedrales.

Al conocer a Pollak, Balestri sintió por primera vez que había alguien que podía competir con él en el conocimiento minucioso de cosas que a nadie más interesaban. Pollak combinaba, como Balestri, una capacidad inusual para el estudio con la pasión por los viajes y por el encuentro directo con los objetos de su obsesión. Hablaba del pasado como si para todo el mundo fuera un asunto urgente. El presente se desvanecía frente a la fuerza que conservaban monumentos e iglesias.

Para Balestri, en cambio, si había que beber del pasado hasta saciarse, era sólo para darlo por completo y terminado. Una vez que se lo había visto todo, había que volver los ojos al porvenir y comenzar la construcción.

Cuando conversaban —y lo hacían todo el tiempo, aun a través de largos y enconados silencios— dos personajes los reemplazaban: el Arqueólogo y el Arquitecto. Cada uno necesitaba de la oposición del otro para alumbrar sus propias ideas, mientras paseaban a la orilla del río, visitaban capillas escondidas o las ruinas de la antigüedad romana. Por ese entonces, Pollak había concebido la idea de formar

parte de los Dilettanti, una sociedad fundada a mediados del siglo XVIII por nobles ingleses aficionados al pasado de Roma. Nunca supo muy bien por qué fracasó cada uno de sus intentos por ingresar al club, y al fin, desengañado, olvidó su plan.

Pronto se armó alrededor de ellos un grupo de estudiantes que observaban las discusiones como si formaran parte de un combate de boxeo. Eran muy jóvenes, con excepción de Corsini, un pintor de la vieja escuela, que luego probaría suerte con el futurismo y más tarde con la pintura metafísica. Vivía de los préstamos de sus jóvenes amigos, sobre todo de los recién llegados. Oskar, que no comprendía las reglas de juego de la bohemia italiana, seguiría reclamándole durante meses un préstamo a Corsini.

—Si sólo dependiera de mí te devolvería el dinero —le decía Corsini—. Pero entonces, ¿qué sería de mi reputación? Vendrían a cobrarme los otros también.

Cuando estaban frente a los demás, Silvio y Oskar extremaban las posiciones y eliminaban todos los matices de su pensamiento. Querían menos convencer al público a través de argumentos que representar cabalmente su propia convicción. Corsini, aunque seguía las discusiones con alguna dificultad, se había erigido a sí mismo en juez, y daba la razón a uno u a otro. A medida que discutían, el italiano de Pollak se llenaba de germanismos y se hacía más duro y el de Balestri, más cerrado, y al fin cada uno quedaba encerrado en su propio idioma.

Uno de los temas tradicionales de enfrentamiento entre los amigos eran los rascacielos. Silvio recortaba de diarios, revistas y publicidades las fotos de los edificios más altos de Chicago y Nueva York y se prometía a sí mismo que algún día él haría algo semejante. Le decía a Pollak que los rascacielos eran las catedrales del presente: una suma de todos los conocimientos y ambiciones de la época. Pollak le respondía que aquellos edificios no eran sino una colección de espacios vacíos, dispuestos en sentido vertical. Las catedrales no estaban sostenidas por piedras, sino por el significado.

—A pesar de los vitrales y las estatuas y los altares, las catedrales también son en el fondo espacios vacíos —decía Balestri.

—Es cierto. Pero nada tiene mayor significado que ese vacío central.

Balestri envidiaba la capacidad de Pollak para trabajar con los materiales de estudio no convencionales. Abrumaba a los bibliotecarios vaticanos con pedidos de textos extravagantes, hasta que finalmente lo dejaron vagar a sus anchas por pasillos y sótanos. Mientras otros estudiantes se dedicaban a estudiar biografías y tratados, Pollak se enfrentaba a los volúmenes de la contaduría papal, a los cuadernos de administración de la fábrica de San Pedro, al estudio de los signos por los que se reconocían las distintas corporaciones de albañiles. También rastreaba las huellas de aquellos proyectos arquitectónicos que nunca se habían llegado a construir, como la catedral soñada por Thomas de Varens, llamada «la catedral vacía». Esta investigación fue la que más llamó la atención de Balestri. La leyó de una copia mecanografiada que le prestó Pollak. (La mayoría de los trabajos de Pollak fueron publicados después de su muerte, salvo unas pocas páginas que aparecieron en las publicaciones de la Liga Durerro, formada por un grupo de críticos y artistas al que él mismo había pertenecido.)

La mirada de Pollak iba de los grandes monumentos a la escritura errática y microscópica, como si en el fondo no buscara otra cosa que escondites, recovecos y secretos. Balestri iba en la dirección opuesta: quería partir de los libros para llegar a esos edificios grandes como el mundo.

## 6

Durante un viaje de estudio a Florencia, Pollak conoció a una joven francesa, Gabrielle Dancy. Apareció con ella en Roma y la presentó a sus amigos. Ellos supieron de inmediato que era extraordinaria, pero no hubieran podido decir por qué.

Gabrielle tenía el cabello muy corto; en París era una moda y en Roma una extravagancia. Usaba una ropa ligeramente masculina, preparada para el ejercicio de algún oficio o profesión difícil de precisar. Dejaba a su paso una impresión de urgencia; quien hablaba con ella, sentía que la apartaba de obligaciones importantes. Cuando Corsini se acercó para pedirle el préstamo de rigor —una ceremonia de iniciación— quedó bruscamente mudo. Se sintió avergonzado de hablarle de dinero y huyó.

—No quiero apurar las cosas —se justificó más tarde ante sus amigos—. Prefiero tener paciencia y venderle *La cabeza del Bautista*, mi cuadro más caro.

La historia de las ambiciones humanas acepta variantes imprevistas, pero el relato de las pasiones se resigna a la repetición. Balestri se enamoró de Gabrielle, y la muchacha acabó por distanciar a los dos amigos.

Gabrielle era fotógrafa, al menos durante ese mes (antes había sido aviadora y buzo y alumna de Isadora Duncan). Llevaba a todas partes su cámara y atormentaba a sus amigos con la exigencia de que fueran auténticos mientras ella los fotografiaba. Pero esta exigencia aniquilaba tanto a Oskar como a Silvio. ¿Cómo podían ser realmente auténticos? ¿Cuáles eran las miradas y los gestos que les correspondían? Los dos habían intentado aproximarse a la imagen que tenían de sí mismos a través de cambios en el vestuario y variaciones de barbería. Pollak había probado una cerrada barba negra, que le daba más edad y distancia; Balestri se había dejado el bigote y había pasado de su ropa de taller a un traje negro y una corbata de lazo con un alfiler de oro. Continuamente se sacudía la ropa, para quitarse el polvo de mármol, que estaba sólo en su imaginación.

Balestri vio por primera vez a Gabrielle durante una visita al cementerio protestante. Gabrielle había insistido en fotografiar la tumba de Shelley, como antes había hecho con la de otros escritores en los cementerios de Francia, y se quedó largo rato frente al sepulcro, intentando traducir la inscripción:

PERCY BYSSHE SHELLEY, ANGLUS, ORAM ETRUSCAM LEGENS IN NAVIGIOLO, INTER  
LIGURNUM PORTUM ET VIAM REGIAM, PROCELLA PERIIT. — VIII— NON-JUL. MDCCCXXII.  
AETAT —SUAE XXX.

Abajo había otra inscripción, unos versos de *La tempestad*:

*Nada de él se perderá*

*sino que el mar lo ha de cambiar en algo raro y profundo.*

Corsini se había erigido en guía de la excursión. No dejaba a Gabrielle contemplar la tumba en paz y la abrumaba con historias truculentas:

—Cuando el cuerpo de Shelley fue encontrado en la costa, ocho días después del naufragio, lo cubrieron con cal y lo enterraron bajo la arena. Después su amigo, el capitán Trelawny, compró un pequeño horno, desenterró el cuerpo y lo cremó. Byron trató de llevarse como recuerdo la calavera, pero Trelawny se lo impidió, porque sabía que acostumbraba a beber en cráneos humanos. El capitán metió la mano en el horno todavía caliente y sacó de allí el corazón de Shelley, que estaba intacto.

Gabrielle parecía tan vital y fuerte que nadie notó que se había puesto pálida y que se alejaba del sepulcro con paso vacilante. Silvio y Oskar la socorrieron, y con la excusa de salir de allí y buscar un poco de agua, huyeron de Corsini y del resto del grupo.

Habían quedado los tres solos. Silvio, que había nacido en la ciudad, le prestaba tan poca atención que no sabía dónde estaba; Oskar, el extranjero, parecía conocer cada rincón del laberinto. Puertas afuera del cementerio, Gabrielle había recuperado su color. La excursión siguió, ahora comandada por Oskar. Conocía la historia de cada iglesia, y de cada estatua de cada iglesia. Elegía sus frases con el único fin de provocar a Silvio. Pero Balestri no abrió la boca, y le dio la razón en todo. No callaba con rencor, ni por desacuerdo: callaba porque le había parecido verse a sí mismo en la charla desbocada con la que Oskar buscaba seducir a la muchacha. Sintió lo que tantos eruditos habían sentido antes: el momento en que la vida y el conocimiento se muestran como irreconciliables enemigos. Sintió la prolija inutilidad de los pesados volúmenes y de las horas perdidas en las bibliotecas o junto a las ruinas que copiaba a la carbonilla. Sintió que se había acostumbrado a hablar de cosas muertas con palabras muertas. Pero una ventana se había abierto de pronto para dejar caer la luz sobre el gabinete atiborrado de libros y mostrar el polvo que los cubría.



Gabrielle se sentía cómoda en la alternancia de Oskar y Silvio. Los dos se creían completos, pero ella veía en cada uno lo que faltaba.

Pollak buscaba en el pasado una coartada para malgastar su vida. Quería que el pasado, omnipresente y helado, lo redimiera de las decisiones, de las esperas, de los trámites de la vida cotidiana. Estaba impaciente por pertenecer a una civilización extinguida; por formar parte de los elegidos y de sus lenguajes secretos: jeroglíficos, signos corporativos, blasones indescifrables, lenguas muertas. Buscaba una Atlántida que lo aceptara como ciudadano.

Balestri hacía de sus sueños un rechazo de su familia y de su país. Quería construir empezando desde lo alto. Confundía hacerse un futuro con cambiar un pasado. Si se quedaba quieto, si no dejaba atrás la ciudad, el polvo de mármol acabaría por invadirlo, por endurecerlo, para convertirlo en una estatua a él también.

—Serían el hombre perfecto, si no fueran dos —decía Gabrielle.

Hasta entonces las discusiones entre los dos amigos se habían permitido discretas ironías y violencias, porque confiaban en que la amistad viril lo soportaba todo, inclusive el insulto. Pero desde la llegada de la muchacha habían empezado a tratarse con esa cortesía que sólo se conserva para los enemigos. Los miembros de su círculo creían que el rencor de Pollak era leve y acaso fingido, y el de Balestri, profundo y terminante.

A veces, sin embargo, se reunían para caminar a la orilla del río, y comentar algunos temas de estudio. Las últimas discusiones tuvieron como tema a Piranesi. Balestri, como su propio padre, lo idolatraba; Pollak lo consideraba un diestro ejecutor de un arte imitativo, decorativo, fúnebre.

Silvio procuraba demostrar que Piranesi no se había limitado a ilustrar la melancolía y a anticipar el gusto por las ruinas del romanticismo; había hecho con esas ruinas una pesadilla que sólo a él le pertenecía.

A Pollak el tema no lo apasionaba, y por lo tanto podía argumentar con calma. Para Balestri, en cambio, todo argumento era insuficiente, porque al fin y al cabo su pasión nada tenía que ver con argumentos. Cuando ya había dado por perdida la discusión, Silvio reconoció que Piranesi era en sí mismo una ruina, la ruina final de toda imitación. Le parecía un trato justo: el dominio sobre la verdad a cambio de la muchacha.

Pero Gabrielle no fue de nadie, o al menos de ninguno de los dos. Tres meses después de su llegada a Roma, su familia la reclamó desde Lyon. Siempre habían estado exigiendo su regreso a través de cartas imperiosas y telegramas, pero ahora habían elegido una comunicación más directa: la suspensión de la ayuda económica. El señor y la señora Dancy se habían cansado de girar dinero para pagar estudios cambiantes, viajes inciertos y deudas de amigos de los que nada sabían.

Pollak organizó una despedida en el salón del fondo del café Vesubio, donde acostumbraban a reunirse los estudiantes. Había humo, ruido y desconocidos. Alguien intentaba arrancarle una polka a un piano desafinado. Salvo un puñado de estudiantes, Silvio no conocía a nadie, pero todos conocían a Gabrielle. En esos tres meses había hecho más amigos que él en una vida entera. A la hora del brindis, Gabrielle dijo en voz alta que estaba ansiosa por saber quién iría a rescatarla.

—¿A rescatarte de qué? —preguntó Oskar.

—De mi familia. Y de algún futuro marido que mi madre ya eligió.

Los amigos empezaron a apostar, a los gritos, por Silvio o por Oskar. Al principio Pollak parecía el candidato más votado, pero minutos después el nombre de Silvio ya empataba y superaba. El pintor Corsini, que sabía aprovechar todas las oportunidades que se le presentaban, comenzó a recoger el dinero de las apuestas. Gabrielle se comprometió a comunicarle a Corsini el nombre de su salvador.

Al cabo de un mes, Corsini pudo guardarse sin culpa el dinero de las apuestas. Ninguno fue a buscar a Gabrielle: Silvio continuó con sus trabajos en la costa Ligur y Pollak volvió a Praga.

Algunas mujeres actúan mejor a través de la distancia y la ausencia; pero el encanto de Gabrielle funcionaba sólo mientras estaba presente. Era la atracción de la actualidad y de lo inminente; recordarla en pasado era traicionarla. Si se la olvidaba un poco, se la olvidaba del todo.

En mayo de 1915, Italia entró en guerra; en junio, Oskar Pollak se ofreció como voluntario del ejército austríaco; en agosto cayó en el frente del río Isonzo con una bala italiana en la cabeza. Balestri sospechaba que aquel ofrecimiento le estaba destinado, que no había otra manera de explicar que Pollak hubiera decidido luchar contra Italia, el país que más quería.

## 9

Balestri se enteró de la muerte de Pollak cuando estaba instalado en Nueva York. Durante los años siguientes, el mismo sueño se repitió. Pollak aparecía en su cuarto y se sentaba a los pies de la cama. Al principio su amigo no decía nada, como si temiera despertarlo. Vestía un uniforme gris, con medallas de latón pintado y cintas de colores y un birrete cuya visera le tapaba la cara.

Él le pedía explicaciones por la falsa noticia de su muerte. Pollak las apartaba con un gesto de cansancio:

—Todo fue un malentendido. Ahora no importa. Ya se terminó el tiempo de las explicaciones.

—¿Y la bala en la cabeza, aquí, entre los ojos?

—Eso no es nada —respondía Pollak—. Nada, nada...

Y se quitaba el birrete de la cabeza, para probar que no había ninguna herida, y una sangre oscura caía de su frente hasta borrarle los rasgos de la cara.

Mientras Silvio Balestri viajaba hacia Nueva York en el *Aquitania*, miles morían en las trincheras y se transformaban ciudades y naciones. Nada de eso se sentía en el barco. Navegar era como estar fuera del tiempo. Durante su viaje, Balestri comenzó a interesarse en las semejanzas entre los transatlánticos y los edificios; y esas reflexiones inauguraron los *quaderni*, que siguió escribiendo toda su vida.

Entre sus materiales de lectura, Balestri había traído la última y detallada carta de Pollak, donde le hablaba de un frustrado proyecto del siglo XIV, una iglesia cuyos planos Pollak había encontrado en una zona sin clasificar de la biblioteca vaticana. El autor del proyecto era Thomas de Varens, que en 1341 había imaginado un templo gigantesco, que completó con el diseño de cada escultura y cada vitral, además de bocetar bancos, altares y tapicería. La idea que recorría la iconografía desplegada en el interior de la iglesia consistía en que el hombre no era digno de entrar en la casa de Dios.

En el latín técnico de Varens se adivinaba el plan general de la construcción: cuando hubieran sido liquidados los últimos detalles y la catedral brillara en todo su esplendor, entonces se cerrarían sus puertas y se dejaría el templo vacío y tapiado para siempre.

La catedral de Varens se convirtió en una obsesión para Balestri, que le dedicó a la obra más de cien apuntes de sus *quaderni*. Y en muchos de los edificios en los que trabajó —y sobre todo en las versiones finales del proyecto de su vida, *Zigurat*— insinuó esa aspiración al lugar cerrado donde significado y vacío coinciden.

En el comedor de segunda clase Balestri conoció a Greta Zolla, una muchacha de Milán que viajaba con sus padres. La familia tenía el propósito de instalarse en Nueva York. Al revés de la mayoría de los emigrantes, que huían del hambre, la familia Zolla tenía un buen pasar en su ciudad. Desde hacía tres generaciones se dedicaban a la producción de telas estampadas y la casa Zolla era bien conocida en el norte de Italia.

—Pero me cansé de pelear con mis hermanos —decía Ignazio Zolla—. Voy a abrir una tienda en Nueva York. Ya lo tengo planeado: el día de la inauguración enviaré a mis hermanos una foto con el frente del negocio, y el letrero grande, con mi nombre. Esa foto y nada más, ni una sola palabra. Para que duerman con los dientes apretados cada noche, hasta el fin de sus días.

Como la muchacha había dejado un novio en su ciudad natal, viajaba con un aire de abatimiento y de encono hacia sus padres. El espectáculo de su tristeza la mantenía ocupada todo el día. En las comidas, apenas probaba bocado, y miraba los platos como si acabara de descubrir en la salsa algún insecto abominable. A la noche la atacaba el insomnio, e intentaba escribir cartas que al final rompía y echaba al mar.

Cuando Balestri se acercó a la muchacha, los padres respiraron aliviados de que hubiera aparecido alguien capaz de distraer a su hija. La cercanía de América ya operaba milagros.

A bordo había mucho tiempo para hablar, pero el sentido del decoro vedaba casi todos los temas. Hablar de lo que se había dejado atrás era triste; hablar de la guerra, de mal gusto. Las charlas sobre el clima, tan inocuas en tierra firme, en alta mar podían llevar al presagio de tormentas y naufragios. No quedaba otro tema que el puerto de destino. Desde luego, los Zolla no sabían nada de Nueva York. Como tantos otros emigrantes, habían entregado su destino al poder de una fantasía.

Silvio, en cambio, había estudiado la historia de cada edificio, y podía dibujar de memoria un esbozo del plano de Manhattan. La muchacha al principio lo escuchó con desdén, como si se tratara de un agente secreto enviado por sus padres para sacarla de su ensimismamiento. Pero de a poco cedió ante la tímida insistencia de Silvio. Siguió escribiendo las cartas destinadas a su novio ausente, y siguió rompiéndolas en pedacitos; pero los mensajes eran cada vez más breves, y al final terminó arrojando al mar una hoja en blanco. Mientras paseaban por el paisaje repetido, Silvio proyectaba sobre la topografía del barco el plano de la isla, y señalaba las chimeneas o la cabina de mandos como si se tratara de los edificios que los esperaban al final del mar.

Greta había traído consigo abundante material de lectura, y cada día le prestaba una novela de Anatole France o de Pierre Loti. Silvio fingía leer los libros y luego de dar un vistazo para ver de qué trataban, se los devolvía con vagos elogios. No le

interesaba la literatura de ficción y confiaba en que en algún momento aquellos libros se acabarían. Pero ella siempre tenía un nuevo ejemplar, extraído de alguno de los quince baúles que la familia había llenado con su vida entera.

Además de las novelas, Greta le prestó un gramófono a manivela y unos discos de la RCA Victor que enseñaban a hablar inglés. Eran cinco y tenían unas etiquetas azules. Un detallado manual de instrucciones aseguraba que quien escuchara detenidamente una sola vez cada uno de los cinco discos, acabaría por incorporar el idioma.

Cuando no estaba paseando con Greta, Balestri se encerraba en su camarote a escuchar los discos. Las voces de los profesores, un hombre y una mujer, le resultaban amistosas. Al cabo de pocos días, probó intercambiar algunas frases con Greta, y se entendieron a la perfección. Luego intentó con un norteamericano —un médico que regresaba de un viaje de estudios— y el fracaso fue completo.

A pesar de esta experiencia —que atribuyó al acento cerrado de algunas zonas de los Estados Unidos— no se desanimó, y continuó con sus ejercicios. Durante una tormenta el barco se movió tanto que el gramófono cayó al suelo y el disco —el quinto de la serie— se rompió. Desde entonces, el aparato empezó a andar mal. La púa saltaba de un surco a otro y la profesora y el profesor, antes amables y serenos, ahora parecían dos locos que hablaban con medias palabras, a veces lentos y graves y otras con dicción rápida y voz en falsete.

Después de este accidente, Balestri, avergonzado, devolvió a Greta el artefacto y dio por terminados sus estudios de inglés.

Mientras los pasajeros disfrutaban del viaje, a los oficiales de a bordo y a los tripulantes se los veía nerviosos y malhumorados. El barco tenía bandera italiana y todavía Italia no había entrado en la guerra, pero era evidente que el capitán no estaba tan seguro de que eso les importara a los almirantes alemanes.

A Balestri le llamaba la atención el contraste entre el respeto que se le tenía a la autoridad del capitán, y el capitán mismo: un hombre prematuramente envejecido, que paseaba por el barco casi escondiéndose de los pasajeros.

Balestri estuvo a solas frente a él una sola vez. Había tenido muchas ganas de conversar con el capitán —quería hacerle una serie de preguntas con respecto a la organización espacial de los transatlánticos— pero cuando lo encontró la conversación tomó otro rumbo.

Ese encuentro se produjo en mitad de la noche, después de un día en que la tripulación había estado al borde del pánico. Los pasajeros prestaban tan poca atención a los tripulantes que aquellos movimientos bruscos y gritos destemplados no bastaron para alarmarlos. Confiaban en el capitán; en su rostro demacrado, en su mirada perdida, en sus ausencias prolongadas.

Cuando Balestri apareció frente al capitán, este dio un respingo y ahogó un grito.

—Lamento haberlo asustado.

—No fue miedo; fue sorpresa. A veces tengo la sensación de que llevo conmigo, adonde vaya, un polizón; pero se trata de una clase especial de polizón, porque se niega a bajar en los puertos. Es una idea que no tiene sentido, pero no puedo sacármela de la cabeza. Y siempre que paseo me pregunto: ¿y si me lo encuentro? ¿Qué tengo que hacer con él? ¿Qué le voy a decir? No puedo entregarlo a la justicia así, sin más.

—Si hubiera un polizón, ya lo habría encontrado.

—En eso se equivoca. Estos barcos son grandes como edificios. Como edificios no; como ciudades. Hace quince años que viajo en el *Aquitania*, y en cada viaje encuentro nuevos espacios.

El capitán iba a seguir su paseo, pero Balestri lo retuvo.

—Ahora que nadie nos escucha, capitán, ¿por qué está tan nerviosa la tripulación?

—Esos idiotas. Tienen órdenes de actuar con calma, pero se comportan como mujeres. Quisiera tener una tripulación completa de chinos.

—¿De chinos?

—Son malos navegantes. Pero no les importa morir. Se resignan a lo que vendrá.

Silvio le preguntó si le había llegado alguna advertencia. El capitán rió con una risa fingida, exagerada.

—Las noticias reales no se transmiten. Los hechos se conocen después de que ocurrieron. Estoy preocupado, pero no me preste atención; soy un capitán cansado, y el cansancio atrae el temor. Antes no le tenía miedo a nada. Yo también era un chino.

Balestri sintió en sus huesos el frío de la noche. Pensó con agrado en el momento de entrar a su camarote y beber un trago de la botella de *grappa* que guardaba en la valija.

—De todos modos —siguió el capitán—, en dos días estaremos fuera del alcance de los barcos alemanes. Esa noche haremos una fiesta. Entre nuestros pasajeros está el mago Herrmann, director de la Compañía Rusa de Grandes Ilusiones. Voy a pedirle que haga algunos de sus juegos. Servirán para distraernos de tantas preocupaciones.

El capitán se sacó la gorra y se pasó la mano por la cabeza. Durante un momento sostuvo la gorra entre sus manos como si estuviera a punto de dársela a Balestri, para que lo relevara de su responsabilidad.



Dos días después, cuando el *Aquitania* abandonó la zona de peligro, se organizó la fiesta prometida. El capitán abrió el baile, como era la costumbre. Los músicos —un trío de cuerdas de Bohemia— eran poco precisos en sus ejecuciones, pero a cambio lucían empeñosos e incansables. Tenían un repertorio variado: valeses, polkas, alguna danza húngara y tres tangos.

A las doce de la noche, el capitán interrumpió la música para hablarles a los pasajeros. Su voz, cansada y dubitativa, aumentaba su imagen de autoridad, porque parecía que sus decisiones emergían de una profundidad a la que nadie tenía acceso.

—Hoy se festeja el vigésimo quinto aniversario de la botadura del *Aquitania* —dijo el capitán. Balestri sintió algo de orgullo al pensar que era el único pasajero que sabía la verdadera razón de la fiesta: la despedida de los barcos alemanes—. Para celebrarlo, el famoso Caballero Herrmann ha aceptado adelantar algunos de los actos de ilusionismo que presentará en el teatro Odeón de Nueva York.

En medio de un aplauso, el mago Herrmann subió al reducido escenario del salón, ya invadido por una serie de misteriosos artefactos. Madame Herrmann —una mujer diminuta, vestida de rojo— recordó a los espectadores que su marido era el director de la Compañía Rusa de Grandes Ilusiones —que incluía bailarinas y acróbatas— y que era el último vástago de la más célebre dinastía de magos de Europa.

El Caballero Herrmann —así se presentaba, sin decir jamás su nombre de pila— habló en alemán: explicó que su espectáculo necesitaba grandes escenarios y se adaptaba con gran dificultad al barco, pero que no había podido desoír los ruegos del capitán. Muchos de sus números exigían tal precisión que el bamboleo de la nave podría hacerlos fracasar, con grave riesgo de las personas implicadas en maniobras con espadas o guillotinas. Por eso había preferido limitar su espectáculo a tres números: *La cámara verde*, *La niña artista* y *La virgen de hierro*.

A continuación, el mago le indicó a su esposa que se tendiera en una especie de camilla y luego colocó delante de ella, ocultándola del público, un biombo verde. En la superficie de seda había dragones chinos bordados en rojo. Luego de hacer unos pases mágicos —no usaba varita, sino sólo sus manos enfundadas en guantes blancos— plegó el biombo. La mujer había desaparecido. El público se sorprendió mucho; se podía sospechar que los teatros tuvieran escaleras secretas, pero no el improvisado escenario en el que actuaba Herrmann.

Después de abrir y cerrar los dedos de sus manos —como si quisiera liberar un exceso de energía— el mago mostró uno de sus autómatas: la *niña artista*. Era una muñeca de medio metro de alto, encerrada en una caja que tenía la forma de una casa. La muñeca era de porcelana y llevaba un uniforme de colegiala. Herrmann dijo que la niña era una gran artista, pero que nunca se le ocurrían motivos para sus obras. Por

eso se veía obligado a pedir al público un tema para que la niña pudiera dibujar. Se oyeron varias propuestas: triunfó la Estatua de la Libertad. Herrmann cerró la casa de la muñeca, y fingió espiar al interior, mientras alababa las condiciones artísticas de la niña. Desde el interior de la caja se oía un rumor: podía ser el ruido del mecanismo o el roce del lápiz contra el papel. Al fin el mago abrió la caja y allí estaba el dibujo prometido. La muñeca, incansable, seguía moviendo el brazo derecho mientras inclinaba la cabeza hacia el público.

Balestri sintió un vago desconsuelo por ese número, como si la *niña artista* fuera una niña de verdad, condenada a obedecer las instrucciones del mago y a vivir y trabajar en el encierro.

A pesar del interés que despertaban en el público estos trucos, los espectadores habían estado pendientes, desde el inicio del espectáculo, de lo que parecía un sarcófago metálico de silueta femenina.

El mago Herrmann explicó que durante un viaje por Rumania había oído que la habilidad de los herreros de aquel país se medía por su capacidad para construir ciertos refinados instrumentos de ejecución. En el pasado era habitual que cada gran señor tuviera en su castillo uno de estos artefactos, llamado la *virgen de hierro*, pero también la *señora de la noche* y la *mater tenebrarum*. Al principio se lo utilizaba sólo para los señores rivales; después se invitó a entrar en él a las esposas adúlteras. Herrmann contó que el anticuario que le había vendido el instrumento le había advertido que los mecanismos estaban un poco duros: no hay peor corrosivo que la sangre humana.

El Caballero Herrmann mostró la tapa llena de gruesos clavos y pidió a los asistentes que imaginaran el momento en que aquellas púas penetraban las partes más blandas del cuerpo de la mujer. Señaló también los canales por donde corría la sangre de las víctimas y agregó que los nobles rumanos preferían ubicar el artefacto sobre un piso de mármol, para ver cómo la sangre oscura se extendía sobre la piedra blanca. Luego pidió una voluntaria.

Balestri estaba seguro de que ninguna dama se ofrecería para entrar en el artefacto, por mucha confianza que se le tuviera al Caballero Herrmann. Pero Greta, sentada a su lado, levantó la mano.

—Aquí hay una valiente —dijo el mago, mientras hacía ademanes a Greta para que avanzara.

La muchacha caminó como una sonámbula hacia el ataúd.

El mago estuvo un largo tiempo acomodando a la muchacha en la caja de hierro, como si quisiera asegurarse de que cada púa cayera en el sitio indicado. Greta seguía el procedimiento sin esa sonrisa falsa que inspira el miedo, sino con cierta solemnidad, y fue esa actitud lo que puso nervioso al público.

El Caballero Herrmann bajó con fuerza la palanca que controlaba el mecanismo,

y la tapa se cerró con un ruido de goznes oxidados. El mago dejó que el público contemplara la caja durante unos segundos, y luego aferró con firmeza la palanca; una mano no bastó, usó las dos, fingió que estaba muy dura.

—Más fácil desarmar que armar, más fácil cerrar que abrir, más fácil perder que encontrar.

Cuando el mecanismo cedió, la *virgen de hierro* estaba vacía.

Y ahora, dijo el Caballero Herrmann, los invito a recorrer el barco y a buscar a la muchacha.

Greta apareció bajo la mesa del capitán. Tenía en la cara un gesto de sorpresa, como si acabara de salir de un sueño y no supiera todavía dónde se encontraba. Cuando Silvio le preguntó más tarde cómo había escapado de la *virgen de hierro*, ella dijo que había sido víctima de una especie de hipnotismo. No recordaba otra cosa que la tapa con clavos cayendo sobre ella. Balestri desconfió: de algún modo el mago la había convencido para que guardara el secreto.

—Lamento no tener ningún premio para recompensar el valor de esta muchacha, pero... —el mago simuló recordar algo, y se puso a buscar en el fondo de sus bolsillos— tal vez encuentre un pequeño recuerdo.

Pañuelos de colores, abanicos de seda, flores japonesas. También apareció lo que buscaba.

—¡Mi reloj! —gritó con alarma el capitán, mirando incrédulo su muñeca desnuda.

El mago mostró al público el premio: un reloj con la efigie del *Aquitania*.

—¿Le negará a esta muchacha su recompensa?

El capitán le arrebató al mago su reloj y un suspiro de decepción recorrió el salón. Miró a los espectadores, sintió un poco de vergüenza y luego de un titubeo se lo entregó a Greta.

—Un poco grande para su muñeca, pero es un buen reloj: si resiste el aire del mar, puede aguantar cualquier cosa.

Los pasajeros aplaudieron la generosidad del capitán. Greta ajustó la correa a su muñeca; el reloj bailaba como una pulsera.

Por largo que sea un viaje, llegar siempre es una sorpresa. Cuando la Estatua de la Libertad apareció entre la niebla, todo el mundo tuvo algo que prometer a los nuevos amigos: cartas, futuros encuentros, favores. También Balestri hizo su promesa: le dijo a Greta que pasaría a buscarla, una vez que hubiera conseguido un buen trabajo.

Y después los pasajeros desembarcaron y se perdieron en la ciudad, libres de su vida anterior, libres por fin de todas sus viejas y sus nuevas promesas.

Balestri se alojó en la primera pensión que encontró, regentada por una familia siciliana. La habitación era pequeña y estaba en un cuarto piso. Tenía una ventana que daba a la calle. Abajo había un mercado, y se oían gritos desde la mañana temprano, pero no le importó. No necesitaba silencio para trabajar.

Tenía un cuarto, una cama, una silla, una mesa, un ropero. En habitaciones despojadas es más fácil pensar.

Durante los tres primeros meses trabajó de camarero en un restaurante llamado *Osteria del Calice*. El local era angosto y profundo, y estaba adornado con escenas marinas pintadas al óleo, restos de redes de pesca y un mascarón de proa. La *Osteria* tenía algún éxito debido sobre todo a una bebida que había inventado el dueño: una mezcla de vino tinto, canela, dos o tres licores y naranjas confitadas, que servía, tibio, en unas grandes copas de barro. El dueño llamaba a este brebaje «el cáliz», y aseguraba que tenía propiedades curativas.

Silvio tenía buena memoria para recordar los pedidos, de manera que no le hacía falta tomar anotaciones. Podía cargar varios platos de spaghetti en sus manos sin ningún peligro. El dueño pronto simpatizó con él, porque le propuso cambiar la disposición de las mesas, de manera que hubiera lugar para más comensales sin estorbar el paso.

Sabía que era un empleo provisorio; todas sus esperanzas estaban puestas en lo que él llamaba su «as en la manga»: una carta de recomendación que le había dado uno de los más reconocidos profesores de la facultad, Dino Tancredi, para el estudio del arquitecto veneciano Piegari. Durante los últimos años Vittorio Piegari se había hecho un nombre dentro del círculo de arquitectos neoyorquinos, gracias a su habilidad para adaptarse al cambiante gusto de los empresarios que encargaban los edificios.

A pesar de su impaciencia por trabajar como arquitecto, Balestri no se apuró por ir a ver a Piegari. Prefería familiarizarse con la ciudad antes de que llegara el momento de enfrentar una posible decepción. Además le parecía importante cumplir con su oficio de camarero tan bien como fuera posible. Creía que debía hacer bien cualquier trabajo que el destino le pusiera delante. Aun las tareas más insignificantes podían dar pistas sobre cómo ser un buen arquitecto. Si algún día un especialista en arquitectura se entregaba a la tarea de escribir su biografía, quedaría bien aquel rasgo de humildad: «Y además, era un buen camarero».

Cada noche, al volver a su habitación, Balestri encendía una lámpara eléctrica y miraba la carta de recomendación, como si fuera una llave capaz de abrirle todas las puertas. Se detenía en cada palabra y analizaba la justicia o injusticia de esas consideraciones. Y todas las noches, antes de plegar con cuidado la carta y devolverla

a su sobre, terminaba por aceptar que el profesor Tancredi había escrito la verdad.

Un día, al salir apurado rumbo al restaurante, olvidó la carta de Tancredi sobre la mesa. A la noche, al volver a casa después del trabajo, descubrió que la lluvia había entrado por la ventana y había mojado el sobre. Del nombre del destinatario, Vittorio Piegari, no quedaba más que una pálida mancha azul. Sacó la carta del sobre con temor de que todo se hubiera arruinado. Las manos le temblaban cuando estudió aquellas palabras que sabía de memoria: aquí y allá algunas letras estaban desteñidas, pero la carta todavía era legible y la complicada firma no había perdido ninguno de sus arabescos.

Consideró que la lluvia le había dado una señal: era momento de visitar a Piegari. La noche anterior a la visita casi no pudo dormir. Había puesto bajo el colchón su único traje, para eliminar las arrugas; pero dio tantas vueltas en la cama, que a la mañana comprobó que nuevas arrugas se habían sumado a las viejas.

La oficina de Piegari estaba en un piso veinte. Balestri, pese a soñar con rascacielos, nunca había subido tan alto en su vida. El ascensor —una jaula de hierro negro— viajaba a tanta velocidad que Balestri sintió un hueco en la boca del estómago. Le encantó la autoridad con que el joven ascensorista, de impecable uniforme rojo y botones dorados, controlaba la máquina, a través de una palanca con aire de instrumento naval.

Caminó por un pasillo en busca de la oficina 2051. A su alrededor todos marchaban más rápido que él, entregados a la prisa que imponían las compañías navieras, las oficinas de exportaciones y los grandes estudios de abogados que ocupaban aquel edificio. Los rascacielos no eran para vivir: su misión consistía en concentrar la vida económica de la ciudad. Se respiraba poder, actividad y urgencia. Todos los demás marchaban seguros y sabían lo que querían. Sólo él caminaba despacio, con temor, con dudas, como si temiera resbalar en aquellos largos pasillos encerados.

Detrás del vidrio esmerilado de la puerta 2051 lo recibió una secretaria joven, de lentes de carey.

—Venga la semana que viene. El señor Piegari está ocupado —dijo la mujer, sin siquiera oír lo que Balestri tenía para decir.

Balestri había imaginado tanto ese encuentro, que el rápido rechazo lo dejó con la mente en blanco. El largo viaje y los dos meses que había pasado en la ciudad tenían como meta la cita con Piegari, que ahora se disolvía en el aire.

Ejercitado en los mecanismos de la burocracia italiana, sabía que toda postergación significaba *nunca*. Sin embargo regresó a la semana siguiente y a la otra y a la otra, con el traje cada vez más arrugado. No mostraba ni obstinación ni confianza: la razón de su insistencia era que no se le ocurría otro sitio adónde ir. A

veces lo echaban de inmediato; otras, le hacían aguardar una hora o dos antes de despedirlo. La respuesta final era la misma, como si nunca antes hubiera sido pronunciada:

—Venga la semana que viene.

En las paredes de la oficina —que acabó por ser un sitio familiar para Balestri— había dibujos y fotografías de los edificios en los que Piegari había trabajado. Hoteles, un centro comercial, casas de departamentos. Piegari no tenía un estilo definido: en un tiempo de cambios bruscos, se adaptaba a las oscilaciones de la moda con facilidad. Si había que buscar una constante, era la repetición de diseños egipcios para rematar la fachada, un estilo que había estado de moda a fines de los años ochenta. En muchas fotografías, Piegari posaba con empresarios y políticos en la inauguración de obras, en bailes de beneficencia, en un palco del hipódromo.

Tantas veces visitó la oficina que un día acabó por cruzarse con el mismo Piegari, que regresaba de un almuerzo. La comida y el vino no habían logrado poner nada de color en la cara del veneciano. Altas líneas verticales formaban su cuerpo de hombros estrechos. Su nariz era un ángulo agudo, su boca una breve recta, dos círculos negros rodeaban sus ojos: estaba enfermo de geometría.

—Venga la semana que viene —dijo la secretaria automáticamente, pero Piegari la interrumpió:

—Ya está bien. Que entre a mi oficina.

Dispuesto a aprovechar cada minuto, Balestri abrió la carpeta donde traía varios planos que resumían su trabajo de los últimos tres años. Y de allí sacó la carta del profesor Tancredi.

—Señor Piegari, yo soy...

—Ya sé quién es usted —Balestri estaba a punto de disculparse por las huellas que la lluvia había dejado en la carta, pero Piegari le arrebató el papel, al que dio apenas una mirada—. ¿Tancredi sigue dando clase? Lo creía muerto. —Le devolvió la carta—. No sé si una carta de Tancredi constituye lo que yo llamaría una recomendación.

Balestri balbuceó un elogio de Tancredi, hasta que el otro lo detuvo con la mano.

—Olvídese de los homenajes a nuestros ilustres arquitectos. Olvide el italiano. Hable en inglés. Piense en inglés. Entonces podrá diseñar en inglés. No necesito un romano que piense como en Roma. No quiero nada de lo que trae con usted. Aquí empezamos de nuevo. Ahora le parezco cruel, pero algún día me entenderá.

Destruído el hechizo, ahora la carta era sólo un papel arrugado. Balestri deseó que la lluvia la hubiera borrado por completo, hasta deshacer toda esperanza. Trató de guardarla en la carpeta, pero tanto le temblaban las manos que los bocetos se cayeron al piso. Desde lo alto Piegari miró las cúpulas, las torres, los hoteles góticos con los que soñaba Balestri.



—Sus bocetos son demasiado expresivos. Si logra contener esa expresión, podrá llegar a ser un buen bocetista. Vuelva a las líneas puras, a la geometría. Cuando lo haya conseguido, venga a verme de nuevo. Pero no la semana que viene ni el mes que viene. Vuelva cuando sea capaz de comprender.

Balestri abandonó el edificio y empezó a deambular por la ciudad. Haber sido rechazado no le importaba tanto como el hecho de que el nombre de Tancredi —pronunciado con respeto en los círculos de arquitectos de Roma— no significara nada del otro lado del mar. Él había creído que la arquitectura era un territorio común, y una comunidad, y un lenguaje. Nada de eso era cierto.

Muchos emigrantes regresaban derrotados, pero también eso le estaba vedado. La entrada de Italia en la guerra era inminente.

En estos tristes asuntos pensaba Balestri mientras caminaba sin rumbo. Tenía todo el día libre —los lunes el restaurante estaba cerrado— así que no se ocupó ni del itinerario ni de la hora. Aunque no había comido nada en todo el día, no tenía hambre.

Ya había empezado a oscurecer cuando vio en una esquina una ciudad en miniatura. Al principio creyó que era una juguetería, pero luego descubrió el cartel con sus grandes letras azules: *Museo Caylus*. Nada era de juguete y todo era juguete: el museo estaba a oscuras pero detrás del vidrio empañado cada edificio brillaba con su propia luz.

Golpeó la puerta de vidrio. Un hombre de pelo blanco, pero todavía joven, se acercó a abrirle. Tenía unos lentes extraños adosados al cráneo con correas de cuero.

Balestri le preguntó si podía ver la colección. El otro miró la hora y vaciló, pero al final le dio un boleto.

—Diez centavos. Tarifa reducida, porque podrá quedarse muy poco tiempo —dijo—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Tal vez por recomendación de algún amigo?

—No. No tengo amigos en la ciudad.

El otro lo invitó a entrar con una reverencia exagerada.

—¿Le interesan los edificios?

—Soy arquitecto.

—En ese caso quizá tenga alguna pregunta para hacerme. Soy Caylus, el dueño del museo y el constructor de todas estas maquetas. De todas, menos de la Torre del Dragón.

Mientras Balestri recorría las mesas donde se levantaban las maquetas, Caylus le explicaba quién era el autor y cuáles las circunstancias de cada proyecto. Ponía especial énfasis en las razones por las cuales aquellas construcciones habían fracasado. Balestri hubiera preferido hacer la visita solo, en silencio, pero no quería mostrarse descortés. El dueño del museo hablaba lentamente, en un tono que le recordaba las voces de los discos RCA Victor.

—¿Son lentes de trabajo? —preguntó Balestri.

—Los fabriqué yo. Me sirven para trabajar en detalles diminutos. Trato de hacer

las cosas con tanta exactitud como sea posible.

Balestri miró cada edificio hasta llegar al último, en cuya parte superior caballeros medievales oficiaban de cariátides.

—Siga de largo, mire los otros. A éste lo tengo que sacar.

—¿Lo va a llevar a otra parte?

—A otra parte, sí.

Caylus tomó el edificio con las dos manos, hasta despegarlo de su base de madera.

—¿Pesa mucho?

—Más de lo que parece. Uso mucha madera.

Caylus llevó el edificio hasta la puerta del museo y lo dejó allí.

—A veces las cosas salen mal. Y un proyecto que ya ha sido completamente descartado, encuentra quien lo construya. Ayer me llegó la noticia por carta. Me duele sacarlo, porque es una pieza que me llevó mucho trabajo.

—¿Qué hay de malo en tener maquetas de edificios que existen?

—Esta colección tiene un espíritu: nada de réplicas. Aquí hay lugar sólo para todo lo que fracasó, para todo lo que fue olvidado. Vamos, terminó la visita.

Balestri salió del museo. La calle estaba desierta. Caylus salió tras él y puso el edificio en la calle, bajo la luz de un farol. Balestri estuvo a punto de pedirle que lo dejara quedarse con la maqueta, pero adivinó que le diría que no, y además el edificio era muy pesado como para que pudiera llevarlo a pie hasta su habitación. Saludó a Caylus y echó a caminar hacia su casa, que estaba muy lejos de allí. Había caminado unos doscientos metros cuando se dio vuelta y vio en medio de la calle el edificio en llamas.

El lunes siguiente Balestri quiso aprovechar su día libre para volver al museo, pero no lo encontró. Intentó repetir el itinerario de aquel día, pero como la vez anterior había caminado hundido en sus pensamientos, y sin prestar atención a lo que lo rodeaba, no encontró el rumbo. Entró en una librería para echar una ojeada a una guía de los museos de la ciudad, y así pudo conseguir la dirección del museo.

Se preguntó si el otro lo reconocería, pero apenas cruzó el umbral Caylus se acercó con la mano tendida.

—Estaba seguro de que regresaría. Venga conmigo.

Caylus vestía con una elegancia exagerada para alguien que tenía que trabajar en la carpintería que exigían los edificios. La camisa blanca estaba tan almidonada que crujía. El pequeño moño azul conservaba el aire de novedad de las prendas que se veían en las vidrieras de las grandes tiendas. Caylus trabajaba en la maqueta de una torre negra de más de cien pisos.

—Un arquitecto sueco, me dicen. Los planos me llegaron por el amigo de un amigo. La estructura es de hierro y las paredes cuelgan como telones. Puro esqueleto. Puro vacío. ¿Qué opina?

Balestri tardó en responder.

—Allá en Roma discutía a menudo sobre este tema con un amigo de Praga. Yo comparaba los rascacielos con las catedrales, y él me decía que no, que las iglesias estaban sostenidas por el significado, y las torres sólo por el concreto y el hierro. Y con el tiempo acabé por darle la razón. Cuanto más crecen los edificios, más se alejan de toda idea de significado.

—¿Debo entender que no le gustan las alturas?

—Al contrario. Nada me gustaría más que trabajar en un rascacielos. Pero quisiera que el significado se hiciera presente de nuevo. Que cada detalle esté dictado por una necesidad no evidente. Que el edificio pidiera silencio, como pide silencio una catedral.

—Quizá lo que busca es la armonía entre los edificios y la ciudad. Los arquitectos siempre están discutiendo sobre eso.

—No, eso no me interesa en absoluto. Se trata de la relación de un edificio consigo mismo. Como la música trabaja el silencio, así debería la arquitectura tratar la altura.

—¿Y qué hace con todas sus ideas, señor Balestri?

Balestri rió.

—Me sirven para llevar con mejor equilibrio las fuentes de spaghetti. Tenía una carta de presentación para un arquitecto italiano, pero...

—Aquí desconfían de las cartas de presentación. Prefieren a los que llegan de

ninguna parte, sin experiencia. Yo le diré dónde debe presentarse, a condición de que guarde su carta de presentación en la valija, entre sus recuerdos más queridos, bien lejos del mundo real. No ganará mucho más que como camarero, pero trabajará con planos. ¿Quiere volver a la arquitectura?

—No hay nada que desee más.

Caylus anotó una dirección en un papel. Un edificio en las cercanías del distrito financiero.

Balestri leyó: Moran, Morley & Mactran, arquitectos.

—Pero primero tiene que dejar su deseo escrito en la boca del dragón. Yo no creo en esas cosas. Pero si tantos de los visitantes dicen que la suerte los acompañó... ¿por qué no hacerles caso?

Balestri al principio se negó, incómodo. Pero después le pareció que sería una descortesía no aceptar. Con trazos bruscos, escribió su deseo en una tarjeta de cartón de bordes azules que le tendió Caylus. Y después la dejó en la boca del dragón.

Moran, Morley y Mactran eran tres arquitectos que recibían encargos para construir hoteles, grandes tiendas y rascacielos. La compañía constructora ocupaba un edificio de piedra roja, que habían levantado, en los años sesenta, los padres de los tres directores de la compañía. En su interior todo estaba rígidamente dividido en departamentos y secciones. Los arquitectos de una sección no se cruzaban nunca con los de otra. Los tres dueños de la empresa se ocupaban de diseñar los pisos superiores.

Con su único traje —que la dueña de la pensión había aceptado planchar— Balestri se presentó en la compañía. La recepcionista no entendió muy bien el inglés RCA Victor de Balestri. Apurada por sacárselo de encima, señaló los subsuelos. Balestri bajó dos tramos de escaleras hasta llegar a la sala subterránea donde se hacían las copias de los miles de planos con los que trabajaba la compañía.

En el centro de la sala había una mesa tan grande que los cuatro copistas trabajaban alejados unos de otros. Cada uno tenía frente a sí una lámpara de bronce que irradiaba una potente luz sobre las hojas azuladas de papel vegetal.

Balestri preguntó por el jefe y no obtuvo ninguna respuesta, ni siquiera una señal de que habían notado su presencia. Pero luego de algunos minutos uno de los hombres limpió la pluma en un papel, se levantó y le dijo que él, Sommers, era el jefe, aunque por ser el jefe no dejaba de ser un trabajador como los otros.

—Soy arquitecto y vengo a ofrecerme para el trabajo.

—No sé de ninguna oferta de trabajo, muchacho. —Sommers giró cómo para volver a su puesto, pero al observar una silla vacía, se detuvo—. Hace dos meses tuvimos la desgracia de perder a uno de nuestros hombres a causa de la enfermedad. Fue un milagro que no nos contagiara a todos y nos exterminara. ¿Cree que puede reemplazarlo?

—Sí —dijo Silvio, con energía.

—No crea que es tan fácil. Julius Bernard era el mejor de todos. Cada plano que hacía era una obra maestra. Le pasaban los bocetos a lápiz, a veces con trazo vacilante y él devolvía un plano exacto, riguroso. En su juventud había trabajado en las últimas obras del Parque Central. Había guardado planos de esa época, pero un gato se los destrozó. Ese mismo gato que usted ve allí —Sommers señaló a un gato gris que dormía en la otra punta de la sala, junto a una estufa—. Siéntese. Le haremos una prueba.

Sommers tomó un plano de su propio escritorio. Era un boceto con tachaduras y borrones que confundían la visión. Balestri se sentó en el lugar que había ocupado Julius Bernard y tomó los instrumentos que habían pertenecido a su antecesor: la pluma, el tintero, el compás, el papel secante y el trapo para limpiar las plumas,

completamente negro, de tantas veces que había sido usado. La regla era de madera, la escuadra de cristal.

Sentía las miradas de los otros, pendientes de cada uno de sus gestos. Trataba de que se notara en el manejo de los instrumentos un profundo respeto por el antiguo dueño. El gato mismo, desde su rincón, clavaba los ojos en él.

Al principio estaba un poco nervioso y le costaba dominar el temblor de la mano derecha. En los últimos tiempos su único contacto con la arquitectura había sido su trabajo en los *quaderni*, cuando volvía del restaurante. (La lámpara de su habitación echaba un círculo de luz sobre el papel blanco, sin renglones, de su cuaderno rojo, y allí continuaba desarrollando sus ideas sobre el vacío, el significado, Thomas de Varens, las conversaciones con Pollak.) Pero hacía tiempo que no se aplicaba al rigor de los planos. Por otra parte, nunca había sido un virtuoso: cuando debía enfrentar un trabajo, poco le importaba un manchón aquí, o una línea vacilante. La perfección de los planos le parecía una superstición que la arquitectura moderna acabaría por eliminar. Cuando terminó su trabajo no sabía si habían pasado diez minutos o dos horas.

Le llevó la hoja a Sommers, pero éste ni siquiera lo miró. Con un gesto le indicó que se sentara y que siguiera trabajando. Ese gesto —despectivo e indiferente— era la señal de que Balestri ya formaba parte del departamento de copistas. Y como para confirmar su ingreso en la compañía, el gato se acercó para echarse a sus pies.

Al principio Balestri sintió que los otros copistas lo desdeñaban porque habían reconocido su acento italiano. Pero luego se dio cuenta de que no era así, porque tampoco hablaban entre ellos. Muy de vez en cuando intercambiaban alguna observación, siempre de carácter técnico. Junto a Sommers, el jefe, estaban Linklund, Farbus y Meyer.

Los cuatro formaban un único bloque de vidas gastadas, trajes anticuados y amargura. Pero con el paso de los días, aprendió a diferenciarlos. Linklund era el más viejo y sin embargo el más veloz. Al tomar la pluma, sus dedos largos y nudosos formaban una garra de pájaro. Del gesto bestial surgían trazos impecables. No hablaba casi nunca, y cuando lo hacía daba la sensación de que buscaba cada palabra en un polvoriento diccionario.

Farbus murmuraba todo el tiempo para sí, como si estuviera en desacuerdo con las decisiones tomadas por los arquitectos de los pisos superiores. Era muy friolento y nunca se quitaba sombrero, bufanda y sobretodo. Tampoco los gruesos guantes de cuero, con las puntas de los dedos cortadas, para poder manejar la pluma.

Meyer, vestido siempre con el mismo traje marrón con remiendos en los codos y la misma corbata deshilachada, estaba casi ciego, y miraba el plano con su único ojo casi pegado al papel. Sus trabajos, aunque impecables, tenían serias variaciones con respecto a los originales. Provenía de una familia de sastres, y de ellos había heredado sus instrumentos: la tijera gigante, la larga regla de madera, un dedal de oro.

Sommers, el jefe, se quedaba dormido contra su voluntad. Se disculpaba: «Es por la mala digestión» o «Se trata de un mal hereditario». Miraba largamente un plano y de pronto la cabeza golpeaba contra la mesa y sobresaltaba a los demás. Conocedor de su problema, despejaba la mesa de elementos cortantes.

A veces Balestri trataba de hablar con Sommers sobre el funcionamiento de la compañía. Quería averiguar cómo podía hacer para ascender a otros puestos donde tuviera un verdadero trabajo de arquitecto.

Sommers le explicaba:

—Aquí es donde todos empiezan. El primer escalón. Tiene que moderar su ambición y aprender a dar un paso por vez. Cuando sus planos sean perfectos y haya una vacante en otro piso, se pedirá su traslado.

Con el correr de los días Balestri se dio cuenta de que el panorama que le presentaba Sommers era falso. El departamento de copistas era una trampa sin salida. Sus compañeros eran viejos, nunca saldrían de allí y él tampoco. Estaban totalmente desconectados del resto del edificio.

Meyer, que adivinaba sus ambiciones, se le acercó.

—No desprecie esta sección, señor Balestri. En los pisos superiores se nos ignora,



pero nuestra influencia es decisiva. Un trabajo de topos. Imagine que alguien, un anónimo copista, abocado a la construcción de la muralla china, modificara en un grado el ángulo de la construcción. En la cercanía, la transformación sería mínima, pero a miles de kilómetros de distancia, el trazado de la obra sufriría una variación inconmensurable. Yo podría llevarlo por la ciudad y señalarle, en el fondo de los pasillos, en los sótanos, en las alturas, el fruto de mis modificaciones. Ellos nos ignoran, pero desde nuestro sótano cambiamos en secreto la forma de la ciudad.

Una semana después de entrar a trabajar en el departamento de copistas, y cuando creía que su futuro estaba ya asegurado, fue a visitar a Greta, que vivía en un edificio en ruinas. La muchacha estaba radiante. Se había comprado un vestido rojo con lunares blancos y ya no conservaba nada de la tristeza que había embarcado con ella. Sus padres, en cambio, estaban demacrados. Greta había conseguido trabajo como mecanógrafa en una gran oficina, pero su padre no había tenido suerte con las telas.

—Es muy difícil entrar en el negocio para un extranjero —le dijo el señor Zolla, mientras le servía una copa de vino—. Fui tentado por el canto de las sirenas. Ahora no puedo comenzar ni puedo volver. Tengo cincuenta y cinco años. ¿Qué debo hacer, señor Balestri?

Silvio no sabía qué responder. El señor y la señora Zolla miraban con resentimiento a su hija, como si ella los hubiera condenado al viaje insensato y al edificio que se caía a pedazos. Su alegría los insultaba.

Mientras comían queso, salame italiano y aceitunas, comenzaron a hablar de fechas. Greta quería que las cosas estuvieran resueltas el mes siguiente; la madre aconsejaba esperar hasta después de Navidad. Silvio seguía la conversación un poco distraído, hasta que comprendió que estaban hablando de una boda.

Ignazio Zolla le palmeó la rodilla:

—Tengo pensado viajar a América del Sur, donde tengo familiares, a la espera del momento para regresar a Milán. Pero primero hay que resolver este asunto. Ahora que usted tiene un trabajo...

Hasta ese momento, Balestri había hablado de su futuro, dando por hecho sucesivos ascensos, entusiasmado sin prudencia al señor y a la señora Zolla. Se dispuso a echar un poco de realismo sobre su porvenir:

—Recién empiezo. Ni siquiera soy un arquitecto, apenas un copista. ¡Si vieran ese sótano, todo el día con luz artificial! Y mis compañeros: viejos, ciegos, sordos, dormidos, enfermos...

Pero el señor Zolla no estaba dispuesto a tolerar ningún gesto de humildad.

—Conocemos bien su valor, Silvio, y no conseguiré rebajar sus méritos ante nosotros. Sé que está ansioso por casarse con nuestra hija pero no quisiéramos apurar innecesariamente las cosas. Tres meses y no antes. Así llegaremos sin apuro a hacer una pequeña fiesta (no saldrá cara, ya que no conocemos a nadie) y a preparar el vestido.

—Tela no faltará —dijo la señora Zolla, y la risa de su marido dio por cerrado el asunto.

Balestri había estado tan absorbido por asuntos vinculados a su profesión que ocuparse de su vida personal le causaba infinito fastidio. Por eso no tomó mal que los Zolla decidieran las cosas por él. Había dado el primer paso al acercarse a Greta en el barco, y luego el segundo, al buscarla después de haber conseguido un trabajo. Sin saberlo, había puesto en funcionamiento una maquinaria que ahora lo arrancaría de su soledad y lo llevaría al matrimonio.

Lo poco que ganaba como ayudante de copista —tal era su cargo— no alcanzaría para mantener una casa. Bajo el mando de Sommers no tenía ninguna posibilidad de pasar a otra categoría —en el segundo subsuelo no había cambios de ninguna especie— pero tampoco sabía cómo salir de allí rumbo a los otros sectores de la compañía.

En los planos que le tocaba copiar, Balestri encontraba abundantes errores. Los corregía y luego le avisaba a Sommers, con la esperanza de que el otro reconociera su capacidad. Pero a Sommers sus observaciones lo molestaban.

—Algunos de estos planos están hechos por los más grandes arquitectos de esta ciudad, y por lo tanto del mundo. Quizá los errores no sean lo que parecen, sino conceptos arquitectónicos que no estamos preparados para entender.

Balestri comprendió que sus advertencias nunca saldrían de allí. Si quería evitar que aquellas fallas llegaran a la construcción, tenía que sacar la información fuera del área que Sommers gobernaba. Por eso decidió subir al nivel inmediatamente superior.

El primer subsuelo —donde se diseñaban los sótanos de todos los edificios— era un poco mejor que el departamento de copistas. Los arquitectos que trabajaban allí eran jóvenes y había un clima constante de bromas y desorden. Eran cuatro arquitectos y sobre la mesa se esparcían plumas, tijeras, planos rotos, ruinas de maquetas, junto a botellas vacías y restos de comida.

El jefe de la sección era un hombre con cara de niño, que parecía representar un papel para el que no estaba preparado. Miró el plano que le tendía Balestri y después dijo:

—Lo felicito. Ha logrado escapar de los copistas.

—¿Sólo por haber venido hasta aquí?

—Sólo por haber quebrado las normas. El departamento de copistas está aislado del resto de la compañía, y cuando alguien empieza por allí difícilmente tiene oportunidad de ser trasladado a otras regiones. Ellos tienen una lógica tan perfecta que los arquitectos son atrapados en su telaraña, y o bien abandonan la profesión o bien permanecen en el segundo subsuelo. Pero de tanto en tanto hay alguien que logra tomar la decisión de salir de allí. Déjeme su plano. Veré qué puedo hacer por usted.

Cuando Balestri volvió a su sitio entre los copistas su sonrisa lo delató. Una especie de quejido, que no llegaba a ser un murmullo, recorrió la sala. El mismo gato

dio un maullido lastimero de reproche. A las cinco de la tarde saludó como todos los días, pero Meyer se acercó a darle la mano.

—Cuídese de mí. Quizás algún día, cuando usted haga un plano, yo introduciré un cambio. ¿Será capaz de descubrirlo, arquitecto Balestri? —Silvio se encogió de hombros—. Y llévese el gato. Era el gato de Bernard y usted lo heredó.

Pero Balestri, cuyo rechazo por los animales superaba inclusive el que le provocaban los niños, abandonó el sótano sin siquiera una mirada de despedida al gato.

Los otros arquitectos encargados de los sótanos parecían mucho más jóvenes que Balestri. A veces, de hecho, jugaban como niños. Los objetos volaban de una mesa a otra. Siempre había alguno que quedaba convertido en la víctima del día; los otros le cantaban canciones burlonas con rimas obscenas. Había que abrir los cajones con cuidado, porque a menudo los llenaban con agua; acostumbraban a poner guijarros en el interior del paraguas de algún ingenuo, de manera que al abrirlo, en la entrada del edificio, recibiera una lluvia de piedras sobre la cabeza. Después de la tormenta hacían excursiones de cacería por el Parque Central: los sapos en los portafolios eran moneda corriente. Llevaban una vida sin preocupaciones, y no tenían nada de la gravedad que Balestri experimentaba, en parte causada por su condición de inmigrante, en parte por su próximo matrimonio.

Aunque creyó haberse librado del gato gris de Julius Bernard con su paso a la sección superior, el gato apareció en el primer subsuelo y buscó de inmediato la compañía de Balestri. Él trataba de echarlo pero el gato volvía a tenderse a sus pies. Se convirtió en la mascota del piso y vivió allí, alimentándose de las sobras de comida que le traían los arquitectos, hasta que destrozó con sus garras unos planos importantes que acababan de llegar. Como los porteros del edificio recibieron la orden de echar a la calle al animal, Balestri decidió llevárselo a su habitación.

La compañía, que se mostraba tan ilógica en el trato a los copistas, también cometía errores en el diseño de los sótanos. Por un criterio muy discutible, la compañía ponía a los más inexpertos e irresponsables en las zonas más bajas del edificio mientras exigía mayor perfeccionamiento a medida que se ascendía, hasta entregar a los tres directores los últimos pisos.

Esa división del trabajo hacía que los edificios de la compañía Moran, Morley & Mactran tuvieran serios problemas en los sótanos y en el sistema de calefacción. Tuberías y subsuelos eran tierra de nadie. Si había una falla en el sistema nadie sabía cómo llegar a ubicar el desperfecto. Cuando una rata moría dentro de las tuberías, el hedor se sentía durante semanas, porque no había manera de dar con el cadáver.

Los jóvenes e inexpertos arquitectos se lanzaban a construir subsuelos que competían en tamaño con el mismo edificio. En un mismo sótano se aplicaban distintos principios constructivos, a menudo contradictorios, que terminaban en laberintos subterráneos poco aptos para depósitos, garajes u oficinas. Todo lo que estaba bajo tierra representaba un problema que nadie se animaba a admitir. Balestri, sin embargo, comprendió de inmediato la situación, y se aplicó a solucionarla con todas sus energías. A los pocos meses de estar en el departamento, y aprovechando una larga ausencia del jefe, Balestri tomó el control de la sección, imponiendo a los demás sus ideas. Acostumbrados a dejar la responsabilidad en manos de otros, los

miembros de su equipo no se opusieron a que Balestri ocupara ese lugar, fuera de toda jerarquía establecida.

Cuando más tarde tuvo que enviar un memorándum a las autoridades para explicar sus decisiones, Balestri escribió una relación de sus sucesivos descubrimientos. Lo que impedía la claridad en el manejo del espacio subterráneo era el peso simbólico del edificio. La oscuridad de los subsuelos invadía la mente de los arquitectos. Había que liberarlos de esa opresión. A qué se parecen los sótanos, interrogaba Balestri a sus subordinados. Y ellos respondían: a minas de carbón. A grutas. A sepulcros. Teniendo en cuenta el resultado de su encuesta, Balestri los obligó a proyectar los sótanos como si se tratara de viviendas construidas sobre la superficie. Este cambio de perspectiva motivó favorablemente a los arquitectos, que comenzaron a hacer subsuelos habitables y ordenados.

La noche misma de la boda Silvio y Greta se mudaron a su nueva casa, que aún estaba sin pintar. El departamento estaba en el tercer piso de un edificio que pertenecía a la compañía. Tenía un dormitorio, un comedor, un pequeño cuarto que servía como estudio, y otro que decidieron dejar vacío, en espera de los hijos que vendrían. Durante meses tuvieron la ropa en los baúles, como si no estuvieran decididos a instalarse del todo.

Ya desde el comienzo Greta se empezó a molestar por la costumbre de Balestri de escribir de noche. Tomaba sus apuntes a mano, en italiano, en cuadernos cuadriculados de tapa de hule rojo, como los que se usaban en los colegios en las horas de Matemática. Eran apuntes breves, sin título, identificados con números romanos. Usaba siempre tinta verde. A menudo volvía sobre un escrito anterior, modificándolo o contradiciéndolo abiertamente. Muchos apuntes eran recuerdos de las opiniones de su amigo, y comenzaban así: «Decía Pollak...» Mientras escribía, el gato, que no tenía nombre, caminaba por encima de sus pocos libros o se refregaba contra sus piernas.

Balestri hizo las primeras visitas a Caylus en lunes, porque era su único día franco en la *Osteria del Calice*. Pero aunque casi de inmediato cambió ese trabajo por su lugar en Moran, Morley & Mactran, continuó visitando a Caylus a comienzos de semana. El dueño del museo le servía una taza de té muy cargado y hablaba con él mientras se ocupaba de reparar las maquetas o de vender los boletos a los esporádicos visitantes. Y fue Caylus quien le insistió para que escribiera sus primeros artículos en revistas especializadas. Balestri, que aceptó a regañadientes, empezó a hacer una primera redacción en un inglés lleno de errores de léxico y gramaticales, que después llevaba a su amigo. Al principio Caylus se veía obligado a reescribir todo; más tarde, a medida que el inglés de Balestri mejoraba, se limitó a corregirlo. Como su sueldo había mejorado, Balestri se compró en una casa de empeños una Smith-Corona que instaló en el escritorio de su nueva casa. Era un mecanógrafo algo atolondrado, que atacaba las teclas con demasiado fuerza, haciendo saltar a las letras de su línea.

Escribía hasta que era muy tarde. Sentía que durante el día su empleo lo alejaba de la verdadera arquitectura, pero que a la noche podía concentrarse y continuar de algún modo sus diálogos con Pollak. Cuando transcribía a máquina fragmentos de los cuadernos, despertaba a Greta, que dejaba oír repetidas protestas. Pero a Balestri no sólo le gustaba escribir a máquina: le gustaba el ruido que hacía. Le parecía que se integraba a los ruidos que lo rodeaban: una trompeta que llegaba del piso de abajo, los pasos de un insomne en el piso de arriba, el tranvía que pasaba frente a su ventana, iluminado, con la promesa de una noche en la que siempre quedaba algo por hacer.

Su trabajo le llevaba cada vez más tiempo. Al principio, cuando estaba con los copistas, se iba siempre a la misma hora. Luego, en el departamento dedicado a los subsuelos, extendió su horario, sin que nadie se lo pidiera. Aunque no recibía ningún pago por las horas extras, el tiempo que dedicó a su trabajo no fue en vano: su desempeño frente a los jóvenes arquitectos había dado tan buenos resultados que las noticias no tardaron en llegar a los pisos superiores y pronto se le encomendó una nueva responsabilidad, como asesor del departamento legal de la compañía.



En 1916 la ciudad dio a conocer un nuevo código de construcción. El antiguo reglamento había quedado obsoleto frente a los veloces cambios que experimentaba la arquitectura.

Hasta ese momento, si los edificios no se habían hecho aún más altos era por la dificultad de dar una adecuada resistencia a los vientos fuertes y por los problemas que significaba desplazar un gran número de personas en el interior de los edificios. Los atoramientos en los ascensores se habían convertido en un problema habitual, junto con las fallas mecánicas causadas por el sobrepeso. Pero los progresos que se habían dado en el estudio de las estructuras y el perfeccionamiento del ascensor hidráulico —cuyos primeros modelos ya habían aparecido en la década del 80— habían dado un nuevo impulso a los rascacielos.

Balestri se convirtió en un valioso asesor para el departamento legal de la compañía. Donde otros veían limitaciones, él veía posibilidades. Pero sus informes no sólo sirvieron para afrontar las consecuencias del nuevo código, sino para definir y prever los problemas futuros.

Ya desde principios de siglo se había comenzado a hablar en los ambientes de la medicina laboral de lo que se llamaba el *pánico al descenso*. La expresión había sido tomada del montañismo: al parecer, la mayoría de los accidentes que le sucedían a los escaladores de altas cumbres no se producían en el ascenso sino en el camino de regreso. Las alturas producían un efecto hipnótico que facilitaba la subida; pero en el momento del descenso, las piernas fallaban, la mente se nublaba, los sentidos se confundían. En las viejas leyendas centroeuropeas esta clase de accidentes había encontrado una explicación mágica: el hada de las montañas quería retener a los audaces y se vengaba de ellos cuando intentaban alejarse de las cumbres, hechizándolos con su canto.

Los médicos habían notado que en los rascacielos se producía un fenómeno similar. Los oficinistas que trabajaban a gran altura terminaban por crear a su alrededor un mundo propio. Muchos tenían dificultades en volver con su familia, como si temieran que donde terminaba el edificio se acabara el mundo. Comenzaron a observarse los primeros síntomas de adicción al trabajo. El encierro, el aire enrarecido y la falta de luz natural provocaban trastornos psíquicos, visuales y respiratorios.

Las compañías, lejos de atacar estos males, los cultivaron. Se instalaron cafés y pequeños negocios —sobre todo cigarrerías—, para que los empleados no tuvieran necesidad del mundo exterior. Los oficinistas trabajaban horas extras que nadie les había exigido. Miraban las horas de ocio que los esperaban en sus hogares con ansiedad y temor. Algunos se quedaban a dormir en la oficina, sin que sus jefes lo

supieran. En pocos años se pudieron recoger los resultados: altísimo nivel de tabaquismo y alcoholismo, infartos, asma, depresiones crónicas, accidentes cerebrovasculares.

Balestri aspiraba a construir rascacielos, pero también comprendía más que nadie sus problemas. La base de estos problemas estaba en la desconexión: desconectaban al edificio de la ciudad, a un piso de otro, a un individuo del siguiente. Bajo la protección del departamento legal —que preveía cientos de demandas en un futuro por condiciones de trabajo— se dedicó a sugerir una serie de modificaciones en busca de quebrar esas fronteras. Propuso que el primer subsuelo recibiera algo de luz natural de la calle, de manera de convertir esa zona en un intermedio entre la superficie y la profundidad. Las escaleras, antes tan escondidas como fuera posible, fueron despojadas de puertas divisorias y se agrandaron hasta conectar visualmente los pisos.

Insistió también en darle a cada piso un elemento ornamental que lo hiciera diferente de los otros. Quería que ciertas formas se repitieran, dando a los trabajadores de una misma planta una especie de identidad. Pero estas formas —que se habrían de repetir en las alfombras, en los herrajes, en las molduras, en las lámparas— tenían una correspondencia con el diseño de algún otro de los pisos. Estas correspondencias revelaban que el orden de los pisos era sólo aparente y que el segundo —por ejemplo— tenía más conexión con el decimoséptimo que con el primero o el tercero. Y sugería que en el interior de un edificio había otro, escondido.

Caylus comenzó a enviar los escritos de Balestri a revistas de arquitectos de circulación muy restringida. Estas revistas estaban muy necesitadas de material, ya que eran pocos los arquitectos que aceptaban escribir. Cuando los comités de dirección de las publicaciones pedían artículos, los arquitectos enviaban planos sin ninguna explicación. No era tanto por arrogancia sino porque no sabían cómo hablar de lo que hacían. La arquitectura avanzaba a toda velocidad, mientras el lenguaje de la arquitectura se quedaba atrás. Hasta se había perdido un código común entre los arquitectos y los constructores, que provocaban en las grandes obras confusión y demoras.

Al manejarse con un idioma extranjero, el estilo de Balestri se hizo aseverativo, simple y cortante. Como dudaba en forma permanente, procuró despejar de sus escritos toda sensación de duda. No existen en sus textos ni «quizás» ni «acaso», ni «tal vez». Cada frase está afirmada o negada; y aunque sus ideas sean discutibles, en su convicción está su atractivo. El título de su primer artículo podría resumir la totalidad de sus preocupaciones a lo largo de su vida: *La idea de significado en la arquitectura moderna*.

Los constructores de rascacielos comenzaron a verlo como un rival de cuidado, porque cuestionaba sus prácticas en un plano en el que no habían imaginado tener que combatir. Estaban preparados para asistir a discusiones en torno a la forma de la ciudad o a las condiciones de vida en los edificios. Estaban preparados para aplastar todas las formas de la nostalgia y a enviar a los partidarios de Walden de regreso al bosque. Pero no estaban listos para que alguien les dijera que estaban produciendo vastos signos de un idioma que no comprendían. Los constructores no aspiraban a decir nada: sólo que se podía ir más y más arriba.

Del otro lado del océano, jóvenes arquitectos empezaron a notar, en los años siguientes, que alguien hablaba de lo que nadie había hablado hasta entonces. El lenguaje de Balestri, a menudo oscuro, los ayudaba a encontrar su propio lenguaje. No era una jerga técnica: era un lenguaje nuevo, lleno de energía, claro y oscuro a la vez. Volvían a ver a la arquitectura como el modo de marcar sobre el mundo letras indelebles y signos misteriosos. Y a través de esa búsqueda podía aspirarse a recuperar la unidad perdida entre el pueblo y la técnica, entre el mundo moderno y el espíritu nacional.

En general los matrimonios resultan arruinados por la rutina, la agresión y la infidelidad; sólo una minoría sufre el desgaste que provocan la cortesía inadecuada y el respeto excesivo. Silvio y Greta tenían tanta consideración por el otro que cada uno sintió que su propia presencia podía resultar una intimidación y un límite: dejaron de quererse para observarse, y después dejaron de observarse. Con el transcurrir de los meses, cada vez se sorprendían más de estar juntos, como si le reclamaran, a la misma casualidad que los había reunido, el deber de separarlos.

Los chistidos de Greta para que la máquina de Silvio se acallara y la dejara dormir era lo único que podía parecer un conflicto. Pero ni eso duró, porque pronto empezó a tomar medicamentos para el insomnio.

Silvio veía su matrimonio como una trampa a la que los Zolla lo habían llevado entre halagos y lamentos. Se había hecho cargo de la muchacha y luego los Zolla habían desaparecido, para buscar parientes remotos en la remota ciudad de Montevideo.

Al despedir a su familia, Greta se despidió de todo lo demás. A veces pasaba todo el día sin salir de la cama; otros días sentía una especie de entusiasmo sin control que la llevaba a deambular por la ciudad. Entraba en las grandes tiendas y compraba algo: un vestido barato, un reloj, algún adorno. Pero al llegar a su casa y abrir los paquetes se quedaba mirando con horror lo que había traído. En la tienda le había parecido hermoso; aislado, el objeto revelaba su fragilidad, su falta de terminación.

En el cuarto del fondo se acumulaban, entre las telas que había dejado el señor Zolla, las compras fallidas de Greta: los adornos permanecían hundidos en el aserrín de sus cajas; los zapatos conservaban intacto el brillo de sus suelas; los vestidos yacían doblados con esmero en su ataúd de cartón. Cada ofrenda estaba envuelta en el papel original. Era el cuarto que habían pensado para sus hijos, hasta que el tiempo pasó y comprendieron que los hijos no vendrían. Al principio la noticia hizo llorar a Greta, y Silvio, a su lado, debió consolarla durante noches enteras; después se convirtió en un alivio. Hijos sin venir, regalos sin abrir, telas sin vender: Balestri le decía a Caylus que en el cuarto del fondo él también tenía su propio museo de posibilidades frustradas.

Una noche Balestri llegó a su casa más tarde de lo acostumbrado y la encontró vacía. No había mensaje alguno. No tenía a quién llamar: Greta no tenía ni amigos ni conocidos. Decidió esperar a la mañana para ir a la policía. Llenó de leche el plato del gato, se sirvió un whisky y esperó, junto a la ventana, que algo ocurriera.

A la medianoche un coche de policía se detuvo frente al edificio. El agente que trajo a Greta dijo que la había encontrado perdida. Al principio el policía creyó que la mujer había tomado de más, pero luego comprendió que estaba perfectamente lúcida. Por qué estuvo tanto tiempo en esa esquina, es algo que no puedo entender, dijo el agente, que era muy joven y conservaba intacta su capacidad de asombro.

Esa noche Greta se fue a la cama sin dar explicaciones. Pero a la mañana siguiente le contó a su esposo que no se había perdido. Estaba muy interesada en aclarar ese punto, como si perderse implicara alguna clase de culpa moral imperdonable. Sencillamente no podía decidir si ir en una dirección o en otra. Tan pronto como encontraba argumentos para ir en un sentido, encontraba razones para ir en otro. Miraba azorada cómo las multitudes se apuraban para ir a algún lado. ¿Cómo sabían adónde tenían que ir? ¿Quién se los decía? Y así se había quedado clavada al suelo, sin poder decidir, mientras las calles se despoblaban y caía la noche.

El episodio se repitió dos veces más, con distintos policías. La segunda vez la había encontrado una empleada de limpieza en una de las grandes tiendas, ya cerrada, y había pensado que era una ladrona. La tercera había quedado en medio de los autos en una avenida, sin saber para cuál de las veredas encaminarse.

Silvio comenzó a tener miedo de llegar a su casa y que Greta no estuviera. El policía que la había traído la tercera vez había sugerido que la llevara a un especialista. Balestri lo hizo, pero no dio gran resultado. El médico recetó un tónico y aconsejó caminatas por el parque y la vinculación de Greta a los grupos de mujeres que se reunían los miércoles a la tarde en las iglesias. Pero Balestri sentía que de algún modo no se trataba de un problema de ese tipo. Era como si la ciudad le estuviera enviando mensajes a través de la conducta de su mujer. Él tenía que ser capaz de entender lo que la ciudad estaba tratando de decirle.

Balestri empezó a llegar cada vez más tarde. Detestaba el momento de sacar las llaves del bolsillo y entrar en el departamento. Temía no encontrar a Greta, temía que la ciudad hubiera decidido dejarle otro de sus mensajes. Sentía que había alguna equivocación en todo eso; como si hubiera entrado por error en otra casa y tuviera que adaptarse a las circunstancias de una vida que no le pertenecía. Tomó la costumbre de cenar en un pequeño restaurante que estaba a mitad de camino entre el trabajo y su casa. Pedía siempre lo mismo: una sopa de verduras y un plato de spaghetti, con una copa de vino, que con el tiempo fueron dos y luego una botella.

Cuando volvía a su casa encontraba a Greta ya acostada. En la mesa, alguna de las novelas que había traído de Milán, ajada por tantas lecturas, y una taza de té ya frío. Para no despertarla, empezó a dormir en el sofá del estudio.

En septiembre de 1918 Balestri viajó a Boston para dar una serie de tres charlas ante alumnos de la universidad. Tomó el tren nocturno. Estaba muy nervioso: nunca había dado una conferencia en su vida y sentía orgullo y a la vez algo de temor. Llevaba consigo una veintena de páginas mecanografiadas para la primera charla, un borrador a mano para la segunda y unas hojas en blanco, para la tercera.

En el tren leyó y releyó sus papeles tratando de buscar errores, huecos. Lo que más temía era aquella falta de conexiones que se ven tan a menudo en los *quaderni*: veloces procesos mentales que el autor puede hacer porque da por supuesta una serie de premisas que sólo para él están dadas.

No sabía con cuántas personas iba a tener que enfrentarse, ni la categoría o rango de sus oyentes. El arquitecto Vildor Stanley, que le había escrito la carta de invitación, lo recibió en el andén y luego de un café en el bar de la estación y de una breve visita al hotel para que dejara el equipaje lo llevó al aula de la facultad. En la sala, con capacidad para doscientos asistentes, había sólo seis personas: un estudiante pelirrojo, el único que tomaba notas; otros dos estudiantes —uno que se quedó dormido y otro que se fue en mitad de la charla—; dos profesores de la universidad cuyos gestos no disimulaban el desacuerdo con cada palabra del conferencista, y el mismo Vildor Stanley, incómodo y avergonzado.

La tarima desde donde debía hablar aumentaba la sensación de vacío. Balestri sintió que no era una conferencia sino un acto preparado para que se deshiciera de sus ideas: una vez que fueran arrojadas a ese vacío, su mente quedaría por completo libre de aquellos incómodos pensamientos.

Durante la segunda charla, esa misma tarde, Balestri se ocupó de las construcciones imaginarias a lo largo de la historia: la torre de Babel, las prisiones de Piranesi, la arquitectura simbólica de Ledoux, con sus edificios dedicados a representar las virtudes abstractas, la arquitectura mnemónica de Giulio Camillo, el Falansterio de Fourier. Aunque por momentos Balestri se mostraba irónico frente a los utopistas, se desprendía de sus palabras una crítica feroz a las corrientes funcionalistas. Que la arquitectura renunciara al sueño y a lo imposible: no había pecado mayor. La mayoría de los asistentes no estaba en condiciones de advertir ese ataque contra la corriente dominante de la arquitectura contemporánea: para que la sala no estuviera vacía del todo, Vildor Stanley había conseguido un lote de cincuenta alumnos de un colegio cercano, adolescentes de quince años que no dejaron de hablar ni de arrojar bollos de papel durante toda la conferencia. Ese desorden resultaba liberador; daba la sensación de que podía decir cualquier cosa: ningún error idiomático, ninguna herejía arquitectónica sería descubierta. Sólo el estudiante pelirrojo parecía escucharlo, con los labios apretados, como si estuviera conteniendo

una pregunta que no se animaba a formular.



Balestri habló de la torre de Babel al principio y luego al final de su charla. Hizo notar que a lo largo de la historia habían predominado dos interpretaciones del mito. Durante el primer milenio de la cristiandad el mito había sido leído como un relato acerca de la soberbia de los hombres y el castigo a esa soberbia. Los constructores habían querido levantar una torre tan alta que llegara al cielo; y habían sido castigados por su ambición desmedida. Pero luego del siglo XII las interpretaciones habían olvidado este aspecto moral del castigo y se habían preocupado por el castigo mismo. La torre ya no era símbolo de la ambición desmedida de los hombres, sino de la multiplicación de las lenguas. El mito intentaba explicar cómo se había pasado de una lengua perfecta, donde a cada cosa correspondía una sola palabra, a la multiplicidad de lenguas que abrumaban al mundo.

Al final de la charla, Balestri explicó que la interpretación moral y la lingüística habían mantenido ocupados a los exégetas, mientras se echaba en el olvido una tercera interpretación posible: el aspecto puramente arquitectónico del mito. El relato bíblico hablaba de los límites de toda construcción, y del modo como las ambiciones arquitectónicas atraviesan el campo del lenguaje. La torre de Babel nos dice a nosotros, arquitectos, que construimos con el significado y a través del significado, con palabras y a través de las palabras. La confusión no es tanto un obstáculo que aparece al final, sino la materia misma con la que construimos nuestras torres. Los mitos nos ayudan sólo cuando podemos invertirlos. Todos somos, como Prometeo, castigados; debemos encontrar entonces aquel acto heroico que justifique el castigo. Todos recibimos la confusión de lenguas (y no son las lenguas extranjeras las que nos atormentan, sino que nuestra propia lengua natal nos esconde las palabras apropiadas para decir lo que somos o lo que queremos). Debemos entonces aceptar la confusión y partir desde el final del mito para ir hacia el principio, hasta encontrar la ambición extrema que haga justa la condena.

Esa noche Balestri durmió mal. La pequeña habitación del hotel le parecía irrespirable, y el recuerdo de las dos charlas del día anterior, sumada a la expectativa de la siguiente, lo atormentaba. Como le suele ocurrir a los insomnes, sólo al amanecer entró en el sueño profundo, y continuó durmiendo hasta bien entrada la mañana. Apenas despertó tuvo que salir corriendo rumbo al aula de la universidad.

Llegó a la tercera charla con quince minutos de atraso. Estaba sin afeitarse, con la camisa arrugada y el nudo de la corbata mal hecho. Había esperado encontrar el aula vacía, para escapar así de aquel malentendido que lo había convertido en conferencista. Pero la sala estaba casi colmada, y esta vez no eran asistentes forzados, como los del día anterior, sino estudiantes de la facultad y auténticos arquitectos.

Silvio apenas tenía un borrador de la tercera charla. El tema era la arquitectura de cristal, y revisaba sobre todo el pensamiento de Paul Scheerbart, un visionario vienés que se había dejado morir de hambre en 1915, en protesta contra la guerra. Scheerbart, el último utopista, había imaginado edificios y palacios hechos sólo de cristal. También barcos de cristal, y aeronaves y faros y edificios móviles. Se suponía que la arquitectura de cristal traería incontables beneficios. El capítulo más breve de su tratado constaba sólo de estas palabras: «Que en una casa de cristal —en caso de estar bien construida— no tenga que haber ni rastro de sabandijas, es algo que no precisa más aclaraciones».

Balestri había pensado redactar su conferencia sobre Scheerbart durante la noche de hotel, pero el fracaso de las dos conferencias anteriores le había sacado las ganas de trabajar. Tenía el auditorio lleno y la mente vacía. Así que se refirió brevemente a Scheerbart, y cuando sintió que estaba caminando por un piso de cristal que empezaba a resquebrajarse, se dispuso a resumir sus dos charlas anteriores.

Una reseña publicada en el boletín de la facultad un mes y medio después omitió toda referencia al debate posterior. «Cada época, dice Balestri, debe trazar el horizonte de sus imposibles, y la nuestra no lo tiene. Sus exploraciones avanzan en esa dirección: así como los romanos tuvieron a los griegos, y los griegos a los dioses; así como el renacimiento tuvo a la antigüedad, y el siglo XVIII al renacimiento, hoy nos falta un pasado al cual señalar como el lugar imposible. Ese lugar es una meta a donde llegar y una casa a donde regresar. Balestri les reprocha a los rascacielos no tener ese sueño imposible. Sólo existen dos formas para un ideal: el viaje imposible y el regreso al hogar.»

El momento de las preguntas se convirtió en una larga sesión de acusaciones. El vicedecano señaló que las posturas de Balestri importaban un anacronismo y una malgastada nostalgia. Otro de los profesores, un hombre alto, de barba, cuyo nombre Balestri no recordaba, pero cuya fotografía había visto en alguna publicación, señaló

que el único lenguaje que le quedaba a la arquitectura era el de los planos, y que las palabras de Balestri no eran sino vaguedades y los últimos estertores de la vieja arquitectura por querer compartir un terreno común con las otras disciplinas humanistas y huir así de su especificidad. En arquitectura la pregunta por el significado no se puede responder porque no tiene sentido. Arquitectura significa para nosotros: ausencia de significado.

Balestri se negó a defenderse, pero algunos estudiantes se animaron a hacerlo. Pronto se dio cuenta de que sus apologistas radicalizaban sus ideas y desviaban su pensamiento. Tampoco de ellos se defendió. A medida que pasaban los minutos y aun las horas, sintió que se iba convirtiendo en un acusado, y la tarima, que antes había parecido el sitial de un juez, ahora sugería un patíbulo. Observó con cuánta razón hablaban sus detractores y con cuánta impericia sus defensores. Al menos quienes lo atacaban habían realmente comprendido de qué estaba hablando.

Balestri guardó apresurado sus papeles y se dispuso a correr a la estación para tomar el tren. Había llevado a la conferencia su pequeña valija, para no tener que volver al hotel. En medio de la discusión, nadie pareció notar su partida, salvo el persistente estudiante pelirrojo, que lo esperaba en la puerta.

—Ahora no tengo tiempo —dijo Balestri—. Si pierdo el tren, tengo que dormir una noche más en la ciudad.

—Quería preguntarle si recibió la visita de Jack.

—¿Quién es Jack?

—Jack el deshollinador. El mensajero del club. ¿Ya recibió su visita?

Pero el estudiante se quedó sin una respuesta, porque Balestri se apuraba por los senderos cubiertos de hojas hacia la estación.

Cuando volvió a su casa la encontró vacía. Su esposa le había dejado al gato abundante leche y alimento antes de partir. El gato, único habitante del departamento en los dos últimos días, había volcado todo lo que podía volcarse y había arañado el sillón y las cortinas. Unos bocetos que Balestri había dejado encima de la mesa ahora estaban hechos jirones. Silvio reemplazó el aserrín de su cajón y ordenó el departamento. Después se sentó junto a la ventana, con un vaso de whisky en la mano, como había hecho las otras tres veces. No tenía muchas ganas de beber, lo hizo casi por superstición: si había funcionado las otras veces, ¿por qué no habría de funcionar ahora?

La ausencia de su esposa, que le había parecido tan extraña la primera vez, empezaba a convertirse en algo familiar. Cada tanto miraba a través de la ventana los faroles del alumbrado público envueltos en la neblina. Muy de tanto en tanto se oían los cascos de los caballos contra el empedrado o el motor de un automóvil. También le llegaba el sonido molesto de una trompeta que ensayaba algunas notas con una lentitud exasperada. El whisky, la espera y el cansancio del viaje lo llevaron al sueño.

Despertó al amanecer con dolor en la espalda y en el cuello. Se preparó un café doble en una taza blanca con letras azules —*Aquitania*— y revolvió el departamento en busca de mensajes o indicios que antes se le hubieran pasado por alto. En la mesa del comedor había un té intacto, un libro manoseado, una pluma y una hoja de papel. En la hoja no había nada escrito.

Fue a trabajar como si nada hubiera pasado y recién al día siguiente se presentó en la policía para dar la noticia de la desaparición de su esposa. Le parecía tan insólito que una mujer no volviera a su hogar que temió que el caso llegara a los titulares de la prensa. La indiferencia con que lo recibieron los policías lo tranquilizó. Estaban acostumbrados a lidiar con casos semejantes; quizá también estaban habituados a solucionarlos. Lo hicieron esperar en una sala helada, junto a una mujer cuyo marido no había vuelto al hogar, y la esposa de un estibador que había sido arrestado por policías sin uniforme en medio de una redada contra grupos anarquistas.

Mientras esperaba su turno, un sargento con aspecto de irlandés le entregó un formulario para completar. Se aplicó a escribir las respuestas con tanto esmero que parecía un deber de caligrafía. Descripción física de su mujer. Costumbres, amistades, horarios. Antecedentes médicos y psiquiátricos.

Una hora más tarde, y sin haber leído las respuestas, el mismo sargento lo sometió a un breve interrogatorio. Algunas preguntas repetían las del formulario y otras se orientaban a una sola hipótesis: su mujer lo había abandonado por otro.

Balestri decidió pasar por alto la honestidad de su mujer, argumento que seguramente repetirían todos los esposos abandonados. Dijo, en cambio:

—No conoce a nadie en la ciudad.

El policía le respondió:

—Habrá encontrado un guía. Las estadísticas son muy claras con respecto a los casos de mujeres desaparecidas y se reparten en tres soluciones posibles. En la mayoría de los casos, las mujeres abandonan a los maridos por otro hombre. En segundo lugar está el grupo de las mujeres que son asesinadas por desconocidos en ocasión de robo o violación. El tercer caso es el de los maridos que denuncian la desaparición de sus esposas, después de que la mataron y la enterraron en el jardín. ¿Usted tiene jardín, señor Balestri?

—No.

—Entonces tendremos en cuenta por ahora la primera opción. Y ahora vuelva a su casa, que tal vez su mujer ya regresó y lo espera con un plato de comida caliente.

Balestri no le confió a nadie en la empresa la desaparición de su mujer. Fuera cual fuese la razón de la ausencia, acabarían por acusarlo a él: que la maltrataba, que tal vez la descuidaba en exceso y por eso se había echado en brazos de otro hombre. Temía que alguna de esas sospechas pudieran perjudicar su situación en la compañía.

Durante el fin de semana se ocupó de realizar una pequeña investigación. Visitó a varios vecinos del edificio para ver si habían visto a Greta. Llevaba una foto consigo. El ascensor no funcionaba y tuvo que ir por las escaleras. Algunos vecinos se mostraron hoscos y otros indiferentes; las mujeres en cambio parecieron más comprensivas y un par de veces lo invitaron a entrar y a tomar el té. A cambio tuvo que escuchar historias ajenas. Volvió a su casa agotado, apenas con fuerzas para poner de nuevo la fotografía en el portarretratos.

Esa misma semana escribió una carta a una dirección que habían dejado los padres de Greta en Montevideo. Unas pocas líneas contradictorias: la mitad del escrito trataba de alarmarlos y la otra de tranquilizarlos.

La carta le llegó de regreso casi un mes después, con un sello en letras violetas: *destinatario desconocido*. La abrió como si fuera una carta de otra persona, y al leerla sintió que el tiempo transcurrido había dado a cada una de sus simples frases un aire sombrío y enigmático. El sobre arrugado y con huellas de haber pasado por varias manos era como una confirmación de la desaparición de su mujer. Algo la había borrado, y con ella a sus padres y a todo su mundo personal.

En un cajón de su escritorio, comenzó a guardar los testimonios de la desaparición de Greta: formularios policiales, el libro de Pierre Loti abandonado sobre la mesa, la carta que había vuelto de regreso, la hoja en blanco que Greta no se había animado a escribir. Cada tanto abría el cajón y estudiaba su colección, en busca de algún detalle que hubiera pasado por alto.

Su investigación, que al principio estaba regida por principios racionales, pronto tomó otros rumbos. Dedicó su tiempo libre a recorrer las grandes tiendas con la esperanza de cruzarse con Greta. Recorría piso tras piso los almacenes infinitos, entre mercadería llegada de todos los rincones del mundo. Había cometas chinas, máscaras africanas y momias del Perú y otros miles de rarezas, pero no estaba su esposa.

Una tarde encontró a una mujer asombrosamente parecida a Greta. Llevaba, como ella la última vez que la había visto, un vestido verde. A pesar de que sabía que no era su esposa, la siguió, como si su parecido pudiera darle una pista sobre su paradero. Fue de una tienda a otra. Un par de veces la mujer se dio cuenta de que la miraba, pero no le importó. La mujer se detuvo largamente ante los vestidos recién llegados de París y luego frente a las lámparas de cristal del tercer piso y después en la juguetería. Compró una muñeca de porcelana, con vestido rojo, y al recibir la caja,

envuelta en papel de seda, descubrió de nuevo a Balestri. Entonces levantó el brazo para señalarlo, el índice extendido. Nadie más vio el gesto, pero Balestri creyó que todos habían comprendido la situación y que una multitud —vendedores, clientes, policías— vendría hacia él. Retrocedió hacia los ascensores y abandonó el edificio.

Y en ese momento, como si esa mujer hubiera sido enviada por Greta para echarlo de aquellas regiones, dio por terminada la investigación.

Después de uno de sus paseos por la tienda Balestri visitó a su amigo Caylus. Como era viernes, Caylus no lo esperaba. Le sirvió una taza de té y después le pidió que lo ayudara a cambiar algunos edificios de lugar.

—Poco a poco me acostumbro a que no esté. Pero en este acostumbramiento hay algo monstruoso.

Esperaba que Caylus lo tranquilizara. Pero su amigo seguía mudo, concentrando la vista, a través de los lentes que él mismo había fabricado, en un rascacielos cuya cúpula recordaba a las tenues construcciones de las arañas.

—Ahí está la Torre del Dragón. Puede escribir su deseo de encontrarla en un papel. Será su segundo deseo y dicen que se aceptan hasta tres. Yo no creo en esas cosas, pero como su primer deseo se cumplió...

—Yo tampoco creo —dijo Balestri.

—¿Por qué no lo hace de todas maneras? Poco importa si la fe es verdadera o no. Lo que importa es que el deseo a cumplir sea verdadero. Siempre se corre el riesgo de que el deseo se cumpla.

Balestri estuvo tentado a revolver la boca del dragón para ver cuáles eran los deseos de los otros visitantes, pero sin duda Caylus lo tomaría a mal. Era muy respetuoso de los pocos visitantes que tenía el museo.

—Este incidente lo preocupa y es natural. Pero está en sus manos evitar que ocupe la totalidad de sus pensamientos. Tiene una gran obra por delante. Basta acercarse al edificio Moran, Morley & Mactran para oír su nombre, susurrado tanto por los arquitectos del montón como por los responsables de los pisos superiores. No falta mucho para que llegue el momento de poner en práctica sus ideas y de concentrarlas en una obra. Su mujer ha desaparecido y eso es grave; pero todo parece indicar que fue por su propia voluntad.

—Mi matrimonio era desgraciado y no tiene sentido ocultar ese hecho. Pero la duda me impide pensar en otra cosa. Es como si necesitara espacio en mi cabeza para ubicar allí las construcciones. Y la ausencia de Greta ocupa más lugar que cualquier edificio.

—Si no puede vivir con esa duda, vaya a la Sección de Personas Desaparecidas. Eso le servirá de mucho en caso de que en algún futuro decida casarse de nuevo. Pero también lo ayudará a apartarla de su cabeza. Ya no será suya, ¿me entiende? Habrá quedado incorporada a la legión innumerable de personas desaparecidas que tiene esta ciudad.



La Sección de Personas Desaparecidas ocupaba el tercer piso de un edificio en el lado oeste de la ciudad. Como había un atoramiento en el único ascensor que funcionaba, Balestri subió por las escaleras y entró algo agitado en una oficina donde reinaba el más completo desorden. Había cuatro empleados, que tal vez eran policías. Cuando dijo que quería denunciar la desaparición de una persona le dijeron que siguiera hasta el fondo y preguntara por el detective Brin.

Entró en una oficina diminuta, poblada de muebles de metal cuyos cajones no podían cerrarse por los papeles que salían de ellos. Un hombre rubio y corpulento se inclinaba sobre los informes amarillentos que salían de una carpeta negra; hablaba solo, en voz baja y sin levantar la cabeza, como si evitara mirar las fotografías que llenaban las paredes, todas con un sello estampado en el borde inferior: *Persona Desaparecida*.

—¿Detective Brin? —preguntó.

—Por desgracia, sí —dijo Brin con un cigarrillo en un costado de la boca. Lo miró un instante con los ojos enrojecidos; lo miró, lo juzgó (no era uno de los locos que aparecían por su oficina todas las mañanas, no era de los que habían perdido a parientes veinte años atrás e insistían con una búsqueda sin remedio, tampoco un detective privado) y lo invitó a sentarse.

Balestri explicó con pocas palabras el caso. No hizo el menor esfuerzo por mostrarse compungido. Era un hombre abrumado por el enigma, no por el dolor. Pronto notó que la silla tenía una pata floja y la fragilidad del asiento lo empujaba hacia delante. Tuvo que afirmarse al escritorio con las manos para evitar caer al suelo, y se apuró por terminar.

Brin apagó su cigarrillo en un cenicero lleno de colillas.

—No se preocupe, no se va a caer. La silla es fuerte, le aflojé las patas a propósito para que quienes vienen a verme no se queden todo el día. Nadie resiste más de siete minutos. De otra manera tengo que escuchar la historia de la vida de todos. A veces yo mismo tengo ganas de perderme en la ciudad y que nadie más sepa de mí. Usted es hombre de pocas palabras, pese a ser italiano. Además, veo que es un hombre ocupado, y que tiene tan pocas ganas de perder tiempo como yo.

Balestri le preguntó cómo buscaría a su mujer.

—No buscamos a nadie. Ellos simplemente aparecen, de un modo o de otro, y estamos atentos a eso. Vienen del país de las personas perdidas: de los callejones, del fondo del río, de los hoteles donde se anotan con nombres inventados. ¿Me ha traído una fotografía? Difundiré su rostro y sus datos en todos los hospitales y comisarías de la ciudad. Todas las personas sin identidad comprobada serán cotejadas con estos datos. No puede hacerse más.

—¿Dónde encuentran a los que desaparecen? Por ejemplo esa chica —Balestri señaló una foto en la pared. La foto tenía los bordes rotos.

Brin miró la cara de la chica con tanto detenimiento que Balestri se arrepintió de haber preguntado.

—Fue mi primer caso, hace cinco años, y el más extraño de todos. Creo que si no fuera por ella ya hubiera abandonado esta sección. Una secretaria de una compañía importadora de tabaco. Muy bonita, como puede ver. Trabajaba en un edificio de veinte pisos. A las seis de la tarde, después de su día de trabajo, bajó en el ascensor con una amiga. Al llegar a la escalera de salida recordó que había dejado un abrigo en la oficina y volvió a buscarlo. La amiga supuso que algo la había demorado en la oficina, se cansó de esperar y se marchó. Pero en la oficina no la habían visto llegar. Se perdió en el trayecto del ascensor. Como era mi primer caso, trabajé hasta catorce horas diarias. Pregunté en cada uno de los cientos de departamentos y oficinas. Nadie la había visto. Se desvaneció en el aire. Si de todos los casos que permanecen abiertos me dieran a elegir uno solo para cerrar, elegiría éste. Si ella pudo desaparecer así, entonces nada es tan sólido como creemos, y usted o yo mismo podemos desvanecernos en el aire en cualquier momento.

Brin miró con una lupa la foto de Greta.

—¿Y este reloj? ¿Lo tenía con ella en el momento que desapareció?

—Sí, se lo dieron en el barco en que vinimos, el *Aquitania*.

Brin puso en la máquina una hoja en cuyo margen superior se leía: Búsqueda de Persona Desaparecida. Escribió velozmente los datos que Balestri le había dado, agregó las respuestas del arquitecto a algunas preguntas nuevas y le pasó la hoja para que la firmara.

—Uno de estos días recibirá noticias mías. Estoy obligado a convocarlo cada vez que exista una posibilidad de que la persona que encontramos sea su mujer. Visitará dependencias policiales, hospitales, la morgue. Acaba de comprar un pase libre para todos nuestros sitios oscuros.

Fue durante las semanas que siguieron a la desaparición de Greta cuando Balestri concibió el proyecto de su vida. Lo llamó *Zigurat*, porque en un principio el plano general correspondía a las torres escalonadas babilónicas, una de las cuales había sido, según la tradición, la torre de Babel.

La verdadera naturaleza de su proyecto era ofrecer la interpretación arquitectónica que faltaba al mito. Pero Balestri no quería descuidar los otros aspectos del relato.

La interpretación primera —el castigo al hombre por su ambición— quedaría representada por el hecho de que la torre, aún terminada, daría la impresión de algo trunco. A lo largo de los años, Balestri trazó cientos de bocetos que ofrecen una clara evolución de sus ideas. En los primeros dibujos —a principios de los años 20— ese aspecto interrumpido sugiere un fracaso, y hasta aturde con la posibilidad de un desmoronamiento. Pero luego esa interrupción parece apenas un estancamiento provisorio: la tarea se detiene no a causa de una claudicación o una catástrofe, sino de un instante de comprensión. Y esta interrupción —ejecutada con mayor sutileza que cualquier cúpula y cualquier remate— daba la impresión de algo que podía continuarse sin límites hacia arriba.

La segunda interpretación era la lingüística, y para ello bastaba con que la torre fuera erigida en la ciudad donde se mezclaban todos los idiomas. Si la leyenda contaba la transformación de una lengua única en muchas, su torre partiría de la confusión para reunir las lenguas en el idioma puro de la arquitectura.

Balestri consideraba que construir la torre era realizar la tercera interpretación, la versión olvidada del mito: la entrega a hacer algo que se sabe imposible para dejar sobre la tierra la huella de ese deseo irrealizable.

Durante noches enteras bosquejó los planos como si existiera alguna posibilidad de construcción. Vacilaba si incorporar grandes masas de cristal o darle a la torre la apariencia de un monumento de piedra negra. Cada centímetro de la construcción quedaría marcado por un significado que no sería unívoco ni dado, sino amenaza e inminencia. Un sentido a punto de ocurrir.

Quería alejar los valores geométricos de toda forma de abstracción. Quería acabar con la vanguardia. Quería ser más antiguo que los antiguos.

Su rascacielos orientó desde entonces la totalidad de sus escritos. Era el monumento que congregaba —en una espiral amplia que se iba estrechando alrededor de la idea única— todos los pensamientos dispersos y los dotaba de una convicción superior. No sólo los *quaderni* aparecieron desde entonces dominados por la idea de esa torre capaz de arrojar su sombra sobre los otros rascacielos, sino también sus artículos y su correspondencia.

Cuando salía de trabajar, Balestri se detenía en algún bar antes de volver a su departamento. Elegía bares siempre distintos, para no establecer ninguna clase de familiaridad con el entorno. Una vez que llegaba a su casa alimentaba al gato y escuchaba la radio o trabajaba en su proyecto hasta quedarse dormido. También ocupaba los fines de semana en sus planos y sus escritos. Mientras trabajaba, el gato venía a refregarse contra sus piernas, y reclamaba, con apagados maullidos, algo que no era agua ni comida. Una noche se le ocurrió que lo que le pedía el gato era un nombre. No sabía cómo lo había llamado Julius Bernard y tampoco habían elegido un nombre nuevo con Greta. Era el gato, y nada más. Necesitaba un nombre, pero él tenía muy poca imaginación para eso.

En lugar de archivar bocetos y escritos, los dejaba caer al suelo. Pronto todo el departamento estuvo lleno de papeles que formaban altas pilas. *No sé si llegaré a hacer la torre de ladrillos, de piedra o de cristal. Por ahora mi Zigurat es de papel.*

La primera vez que el detective Brin lo llamó, lo sobresaltó la campanilla del teléfono. Nadie lo llamaba nunca. Dejó que el teléfono negro sonara largamente, como si el llamado fuera para otro.

Quiero mostrarle una fotografía, fue todo lo que dijo Brin, cuando el arquitecto se animó a atender.

Balestri llegó cuando el otro acababa de volcar un vaso de café sobre una carpeta de cartón. La fotografía que Brin debía mostrarle había recibido algunas salpicaduras. Brin la limpió con su pañuelo y se la tendió. Era el cuerpo de una mujer tendido en la camilla de alguna morgue.

—No es ella —dijo.

—Mírela bien. La luz engaña.

—No se parece en nada.

El detective Brin no pudo evitar una mueca de desaliento al guardar la fotografía.

—¿Qué hacen con los cuerpos que no son reclamados, como el de esa mujer?

—La morgue los conserva por seis meses. Ése es el plazo legal. Luego son enviados a la facultad de medicina. Para que los estudiantes trabajen. Finalmente se les da sepultura bajo una cruz de madera con la inscripción usual.

—¿La inscripción usual?

—Conocido sólo por Dios.

La segunda vez que Brin lo llamó fue para citarlo en un hospital para enfermos mentales. Balestri debía presentarse al día siguiente a las siete de la mañana para ayudar a identificar a una mujer enajenada que la policía había encontrado en un callejón y que no podía decir su nombre. Lo hicieron esperar durante media hora en una pequeña sala de espera, tan fría que se vio obligado a caminar de un lado a otro. Si se quedaba sentado en el largo banco de madera, acabaría por congelarse. Un enfermero lo fue a buscar y lo guió hasta un cuarto no menos helado. La paciente estaba sentada en un sillón de hierro blanco, al que permanecía atada con correas de cuero. Balestri la contempló un largo rato, sin pronunciar palabra, como si hubiera olvidado que el propósito de su visita era simplemente decir sí o no. Los cabellos de la mujer parecían electrizados, y los ojos giraban sin control. A los instantes de frenesí seguían momentos de extremo abatimiento. Cuando la mujer dejó caer la cabeza hacia delante, el enfermero la tomó de los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. Entonces le preguntó a Balestri si era su esposa. Durante un segundo los ojos de la mujer se cruzaron con los suyos, y Balestri estuvo a punto de preguntarle por Greta, como si todos los perdidos, los nómades, los sin nombre pertenecieran a un mismo país secreto.

—No.

En la cara del enfermero se dibujó la misma decepción que había aparecido en Brin. Todos ellos querían encontrar rápido a los dueños de aquellos cuerpos —vivos o muertos, locos o cuerdos— y así liberarse de su presencia.

Después de este encuentro Balestri comenzó a odiar la campanilla del teléfono. Era como tener una línea directa con el infierno. Ya estaba completamente arrepentido de haber inscripto a su mujer en la lista de Personas Desaparecidas. Si ella seguía desaparecida, aquellas invitaciones podían prolongarse durante años. Mañanas heladas en morgues, en hospitales, en hospicios. Fue a ver a Brin para decirle que lo había pensado mejor, que su esposa se había ido por su propia voluntad y que él había aprendido a resignarse a la idea.

—Lo lamento mucho, arquitecto. Yo sería el primero en querer borrar nombres de la lista. Pero a menos que usted vaya con su esposa a una dependencia policial a certificar su aparición, ella seguirá considerada como persona desaparecida.

De manera que Balestri siguió acudiendo, en los meses siguientes, a las citas que le proponía Brin. Una morgue al sur de la ciudad. Un hospital de Brooklyn, donde había una mujer en coma profundo. Una amnésica que había aparecido en el Parque Central con una herida en el brazo y un torniquete hecho con una corbata de hombre. Una esquizofrénica profunda que se negaba a decir una sola palabra. Además de estos encuentros personales, estaban las fotografías esparcidas por el escritorio de Brin — que provenían en general de otros estados— y que el detective siempre terminaba por guardar con una mueca de decepción.

Aunque confiaba en su proyecto, Balestri temía a veces que lo reclamaran para sí los fantasmas que habitaban los gabinetes de curiosidades de la arquitectura; todos aquellos visionarios que se habían pasado la vida diseñando edificios futuros nunca realizados, condenados a levantar monumentos sólo en el parcelado territorio de los libros. Pensaba en Boullée y en su Cenotafio a Newton, lúgubre esfera descomunal, con el interior lleno de estrellas; pensaba en William Pickett, que se inspiró en una gruta llena de estalactitas para sus edificios de estructura curva, despojados de muebles, porque las paredes mismas servían para todo. Boullée había fracasado porque sabía dibujar tan bien, que ninguna obra hubiera hecho justicia a sus magníficos bocetos; Pickett era apenas una nota al pie en la historia de la arquitectura, porque nunca supo dibujar, y sus palabras no bastaron para transmitir sus visiones. Balestri creía no correr riesgos: dibujaba mejor que Pickett, peor que Boullée.

Ya a comienzos de la década del veinte Balestri ocupaba un lugar de privilegio dentro de la planta de arquitectos de la compañía. Se ocupaba de analizar los proyectos y se lo consultaba sobre toda clase de asuntos. A través de comentarios casuales que hacían las secretarías del último piso, o los arquitectos más antiguos de la compañía, empezó a conocer —sólo de oídas— a los tres directores.

Moran era el más viejo. Era el genio financiero. Alto y grave, vestía trajes que le cortaba un sastre inglés y se ocupaba de las relaciones públicas de la compañía. Tenía trato con políticos y jueces. Nunca olvidaba que edificar significaba construir con dinero. Tenía una mente prodigiosa para los números, y veía a los rascacielos como los mayores monumentos al dinero que se habían hecho jamás.

Decía Moran: Nunca hubo una mejor imagen del poder. Los reyes parecen lacayos al lado de un millonario de nuestro tiempo. Un hombre solo, en lo alto de un edificio, comunicado telefónicamente con el mundo entero, dando órdenes que modificarán millones de existencias.

Morley había sido alumno de Sullivan y había trabajado largos años en Chicago antes de volver a Nueva York, su ciudad natal. Era un arquitecto metódico, capaz de aprovechar las ideas ajenas y trazar puntos de convergencia entre visiones distantes. Aunque no tenía una visión propia, era capaz de entender las de los demás y dar soluciones prácticas a los problemas que siempre plantean las ideas originales. Morley decía: En las construcciones de los genios siempre hay goteras.

Mactran era el verdadero arquitecto del grupo. Tenía una visión de la ciudad y la ejecutaba sin pensar en las consecuencias. Odiaba a todos los arquitectos y no se podía nombrar a ninguno en su presencia. Prefería la compañía de ingenieros. Mactran había sido educado dentro de la iglesia metodista y había algo en la

ambición ilimitada de los rascacielos que se oponía a sus creencias. Y sin embargo construía rascacielos, como si quisiera recibir alguna clase de respuesta a su desafío.

Era padre de una sola hija, que había tenido a los cuarenta y seis, y a la que adoraba. Su mujer había muerto cuando la muchacha era una niña. Incapaz de encargarse de su educación, la había mandado a un internado. En su juventud, Mactran había diseñado puentes, no como su padre, un ingeniero canadiense que había participado de la construcción del puente de Brooklyn durante los últimos diez años que demandó la obra. Mactran cruzaba todos los días el puente a pie; era su único paseo. Vestía siempre un gastado traje de excursionista, con unos botines agujereados. Cuando tenía una reunión en un edificio donde no lo conocían, era habitual que los porteros lo confundieran con un mendigo y le impidieran el paso.



Aunque hacía varios años que trabajaba en la Compañía, Balestri no había visto a ninguno de los tres directores generales. Pero una tarde entró a su oficina un cadete vestido con un traje de fajina azul, se apoyó contra una pared, agotado, como si viniera de muy lejos, y le tendió una tarjeta donde sólo decía: *Moran, 17 horas*. Unos minutos antes de la cita, Balestri subió hasta el último piso, donde una secretaria lo guió por un pasillo de paredes descascaradas hasta la última puerta: la sala de reuniones. A pesar de que los directores se ocupaban de edificios monumentales, y de que en sus construcciones habían probado todas las variantes de la decoración moderna y del progreso, su salón de reuniones mostraba paredes desnudas, con huellas grises de cuadros ausentes, y un techo hinchado de humedad.

Cuando Moran entró, Balestri estaba mirando el cielo raso.

—Trabajamos tanto que nunca tenemos tiempo de llamar a un albañil. Creo que sólo lo arreglaremos cuando se nos venga el techo encima.

Moran lo invitó a sentarse en una de las sillas que rodeaban a una larga mesa.

—Quiero proponerle una misión delicada. No hace falta que le pida silencio; sé que es un hombre discreto.

Balestri asintió.

—Usted pasará a formar parte de la plana mayor de arquitectos, en el anteúltimo piso. Su sueldo aumentará en proporción a la mayor responsabilidad que lo espera. Un cincuenta por ciento más. ¿Le parece adecuado?

Balestri consideró que era innecesario responder.

—Acceder al anteúltimo piso significa asomarse al futuro de la arquitectura. Cuando haya adiestrado su oído para comprender las cosas que allí se susurran, descubrirá teorías y planes revolucionarios. Es el corazón de la compañía, nuestra habitación de los sueños. Los tres arquitectos —Thessau, Grijer, Saniz— se ocupan de también de temas prácticos, pero sin dejar dominarse por la banalidad del mundo real. Ahora bien, a ese corazón, en los últimos tiempos, lo han envenenado, y éste es otro de los motivos por los que lo elegimos para el trabajo. Cada innovación que aportamos al mundo de la construcción es copiada por una de las compañías rivales. Instalamos terrazas con miradores y ellos instalan terrazas con miradores. Escondimos un giroscopio en el interior de la estructura, para equilibrar la fuerza de los grandes vientos, y ellos escondieron un giroscopio en el interior de la estructura. Vitrales de cristal búlgaro en las cúpulas; y ellos encargan los mismos vitrales de cristal búlgaro. Dispusimos de un sistema de pisos alternos para los ascensores, y ellos dispusieron de un sistema de pisos alternos para los ascensores. Investigamos desde hace tiempo y ya descartamos las otras secciones. La información sólo pudo salir de uno de nuestros principales arquitectos. Saniz, Grijer o Thessau.

—¿Y los ingenieros y arquitectos de los pisos inferiores?

—No. Durante meses preferimos sospechar de empleados menores, de aprendices, de cadetes, de secretarias; pero por ese camino nos perdimos. De cientos de nombres, llegamos a tres. De esos tres, queremos llegar a uno. Le toca a usted esa última etapa del trabajo.

Balestri miró a su alrededor, como para estar seguro de que estaba realmente allí. No estaba en el restaurante italiano, cargando con fuentes de spaghetti. Tampoco en la oficina de Piegari, con la carta de recomendación en el bolsillo de su traje arrugado, ni en la sala de copistas, rodeado de viejos maniáticos. Había llegado al punto más alto de su carrera, y encontraba, en lugar del esplendor que había soñado, problemas de humedad, una silla incómoda y un encargo inadecuado. Había alcanzado la cima, y ahora comprendía que no era otra cosa que un malentendido.

Simuló pensar en el asunto. Después dijo:

—Contrate a un detective privado.

—Los hicimos seguir, controlamos sus llamadas, abrimos su correspondencia. No dio resultado. El culpable es demasiado hábil como para cometer esa clase de errores. Como usted sabe, nuestros arquitectos trabajan casi sin verse, intercambiando mensajes en un lenguaje técnico que con los años se ha vuelto más complicado, hasta el punto de que a mí mismo me cuesta comprenderlo. Necesitamos que usted se hunda en ese idioma durante el tiempo que considere necesario, y que regrese a nosotros con la verdad.

Grijer, Saniz y Thessau tenían cada uno su propia oficina, conectada a las otras a través de líneas telefónicas que casi nunca usaban. Para comunicarse preferían intercambiar mensajes a través de una secretaria a la que le dejaban su correspondencia en unos viejos sobres ya amarillentos con el logo de la Compañía: tres M de tamaño decreciente, una sobre la otra, que formaban la figura de un edificio. La secretaria se encargaba de pasar los sobres por debajo de las puertas. Los mensajes estaban escritos en un lenguaje que a Balestri le pareció imposible de entender, al menos durante los primeros tiempos.

Balestri estaba familiarizado con el lenguaje técnico de los constructores de rascacielos. Si bien era muy diferente al que se usaba en Italia, el sistema norteamericano de signos respondía a un modelo similar, cuya primera norma era la claridad.

Pero aquella combinación de palabras y signos no tenía nada que ver con el sistema habitual. Lo primero que notó fue que había dos niveles de significación. Le llevó poco tiempo interpretar adecuadamente el primer nivel —era un código propio, innecesariamente complicado, pero traducible al idioma general de la arquitectura—, pero el segundo nivel le resultaba indescifrable. Dibujos, líneas, números romanos, espacios en blanco arbitrariamente distribuidos, tachaduras que dejaban ver lo tachado, manchas deliberadas. En casa de su padre, Balestri había visto un libro sobre los egipcios, que aquél había encargado a París en un momento en que el orientalismo se había convertido en una moda en Italia, y los clientes pedían incorporar a las tumbas símbolos misteriosos portadores de buena fortuna. Y aquellos tres arquitectos invisibles le recordaban a Balestri a aquellos antiguos sacerdotes, empeñados en continuar y perfeccionar una lengua que nadie más comprendía.

Después de pasar meses inclinado sobre los mensajes que odiaba, comenzó a comprender que aquel código, aislado de todo contacto con otros arquitectos, repetido por el eco de esa soledad, había terminado por generar sus propias metáforas. Las metáforas se reproducían sin fin en el núcleo mismo de aquella imposible lengua técnica, eliminando toda posibilidad de una lectura única. Los signos habían comenzado a tener, además, la complejidad de ideogramas; el dibujo que significaba un determinado objeto había comenzado a sumarse a otro dibujo; y esta superposición ya no refería sólo a las dos cosas, sino tal vez, quizás, a la distancia entre una cosa y otra.

Durante las primeras semanas Balestri estuvo paralizado en su oficina. No veía a nadie, y ese aislamiento le hizo sentir nostalgia de sus anteriores etapas, incluso de su labor como copista. Cada vez que se le encargaba un trabajo, demoraba muchas horas no en el trabajo mismo sino en comprender qué era lo que le proponían.

Tampoco conocía a los otros arquitectos ya que nunca se cruzaba con ellos. A veces tenía la sensación de que bastaría con verlos desde lejos para comprender el lenguaje, como si el código estuviera inscripto en sus rostros, en el corte de sus trajes, en sus ademanes. Trataba de imaginarles una cara, una vida, a partir de las innovaciones que proponían, pero fracasaba. Si repetían dibujos que representaban templos, podía significar una afición a la religión; pero también lo contrario, tal rechazo a la religión que se la consideraba un mero ornamento. Si proponían un enorme hall, podía representar un anhelo por poner en contacto a miles de seres humanos bajo un mismo techo, por amor a la humanidad, pero también lo opuesto: el deseo de perderse, de no conocer a nadie, de encontrar en la multitud una perfecta soledad. También para eso —para que la arquitectura pudiera leerse como autobiografía— había que poseer la clave.

Thessau parecía estar todo el tiempo presente en la oficina, como si viviera ahí. Sus mensajes llegaban a toda hora, siempre urgentes, reclamando la atención de los otros sobre problemas que lo obsesionaban. A menudo sus mensajes aparecían con manchas de comida, sobre todo de salsa de tomate y con sus huellas grasientas sobre el papel. Balestri ponía sus hojas a contraluz, e intentaba, a través de esas huellas de pulgares gigantescos, hacerse una idea del físico de Thessau.

Grijer, por el contrario, no estaba nunca y sus ausencias eran tema constante de los mensajes de Thessau y Saniz. A veces anotaban el nombre de Grijer, acompañado de un signo de interrogación, como si se preguntaran si Grijer realmente existía. Sus mensajes llegaban muy de tanto en tanto. Se abocaba a la solución de un único problema durante semanas y no salía de allí. Y sin embargo, cuando aparecía la solución, ésta era tan inesperada que Balestri tenía la impresión de que la enorme maquinaria de la arquitectura mundial había dado un paso adelante.

El tercero, Saniz, proponía continuas innovaciones, en su mayoría descabelladas. El ritmo febril de su inventiva no se adecuaba a las necesidades prácticas. Al principio Balestri se preguntaba si se justificaba la presencia de Saniz en un puesto tan alto. Y sin embargo, ese incesante cúmulo de ideas, que en otro lugar hubiera sido un obstáculo, tenía una función precisa: alimentaba los procesos mentales de Thessau, de Grijer y, con el transcurso de las semanas, del mismo Balestri.

A medida que se concentraba en su trabajo, Balestri comprendía que la combinación de esas mentes trazaba una unidad prodigiosa. Todas las oscuridades del lenguaje terminaban por desaparecer. Aquellas vueltas y giros extraños, aquellos desvíos del lenguaje arquitectónico, no eran otra cosa que los depósitos y altillos oscuros donde se almacenaban las ideas y donde los aspectos visionarios se cruzaban con las soluciones específicas. Por momentos los rascacielos parecían monumentos cerrados como la catedral de Thomas de Varens, pero después la puerta se abría y dejaba entrar la vida humana.

Y así fue cómo Balestri sintió que cruzaba la frontera de ese país abstracto, y que podía discutir con los otros en un lenguaje común. Aprendió que ya no necesitaba traducir las ideas a ese lenguaje sino que de algún modo podía pensar en el interior de aquella lengua, como si aquellos signos mismos hablaran a través de él. Y recordó una vez más a Pollak transcribiendo los signos diminutos de los remotos arquitectos a lo largo de sus dedos y en la palma de su mano, y sintió que él era anterior a Pollak, anterior a aquellos signos. Pertenecía a una época donde se podía pensar el espacio en signos que eran en sí mismos espacio.

Durante los primeros meses, Balestri se ocupó muy poco de *Zigurat*. Todo lo que aprendía le servía, más que para avanzar, para sembrar de dudas su proyecto. El idioma del anteúltimo piso borraba cada línea que pudiera trazar. Su cabeza estaba tan dominada por la necesidad de adaptarse a las reglas secretas, que las noches y los fines de semana quedaba completamente agotado y renunciaba a su proyecto. Muy de vez en cuando lograba anotar algún pensamiento en uno de los *quaderni*. Por entonces ya iba por el décimo volumen y su caligrafía comenzó a mostrar grumos de tinta, porque, incapaz de seguir pensando, dejaba la pluma inmóvil sobre la página.

Para evitar los dolores de cabeza que le provocaba el trabajo, se obligó a largos paseos por el Parque Central. También empezó a ir a la ópera y, en verano, a conciertos al aire libre. Notaba que la música tenía un efecto benéfico sobre sus nervios. Su nuevo sueldo le permitió comprar un gramófono; buscó uno de la misma marca del que le habían prestado los Zolla en el *Aquitania*, pero más moderno, porque los gramófonos habían cambiado mucho desde entonces. No sabía qué música elegir, y dejaba que el empleado de la tienda eligiera por él. Era éste un hombre de unos cincuenta años, afable y serio a la vez, y Balestri observaba con atención la delicadeza con la que tomaba los discos, con las manos más cuidadas que hubiera visto jamás. Luego, de regreso en su casa, Balestri ponía el disco en el gramófono, tratando de imitar los gestos que ejecutaban las manos blancas del vendedor y escuchaba el disco sin moverse del sillón. Al terminar comentaba el acierto o el desacierto de la elección con una Greta imaginaria, que aprobaba siempre sus opiniones pero se movía inquieta en su silla, como si tuviera algo para decir pero no se decidiera a hacerlo.

Después de su primera entrevista con Moran, Balestri no había vuelto a verlo ni tampoco había llegado a conocer a los otros directores generales. Una tarde recibió por el intercomunicador una invitación a subir al último piso. Golpeó a la puerta de la sala de reuniones y entró sin esperar respuesta. Sobre el suelo del enorme salón había baldes y platos de metal para contener las goteras. En la cabecera de la mesa lo esperaba un hombre alto, de bigote gris, que tenía fama de no sonreír nunca: Morley. En el gesto con que encendió el puro, Balestri adivinó la estudiada arrogancia.

—Usted nos prometió algo, arquitecto Balestri.

Balestri comenzó a explicar las dificultades que había debido enfrentar, su progresiva adaptación, sus últimos logros. Morley lo dejó hablar, más interesado en su puro que en sus palabras. Cuando Balestri, abatido, hizo silencio, Morley le dijo:

—Le pedimos un nombre. ¿Tiene ese nombre?

—No. Tampoco sé si ese nombre existe.

—Tal vez pasa demasiadas horas encerrado en esa oficina y eso anula su

concepción de las cosas. El traidor, así como nos ha engañado a nosotros, también lo engañó a usted. Es hora de que salga un poco. Recorra nuestras obras, alivie su mente del peso insoportable de la arquitectura. Piense en la vida del exterior, piense en su sueldo, y en los privilegios de los que goza por ser uno de los nuestros. Entonces tal vez se le ocurra una solución a nuestro problema.

Balestri salió de la oficina con los puños cerrados. Veía como una extrema injusticia que se le hiciera a él, un arquitecto, un pedido de esa naturaleza. Y sin embargo estaba seguro de que en el fondo los directores generales tenían razón: sólo un arquitecto del penúltimo nivel podía resolver la cuestión.

En esos días difíciles, no contó con la ayuda de Caylus. El dueño del museo había caído gravemente enfermo con una neumonía que amenazaba su vida. Estaba delgado y pálido y respiraba con dificultad. Balestri lo fue a ver varias veces al hospital, pero nada le comentó de sus problemas. Sus charlas eran triviales, porque Balestri tenía que llevar todo el peso de la conversación. Caylus, de vez en cuando, mostraba una sonrisa cansada, o respondía casi sin voz.

También visitaba a Caylus una sobrina veinteañera a la que Balestri había visto por el museo. Hasta entonces no le había prestado atención, quizá porque le había parecido una niña. Pero ahora, al tener que compartir las monótonas horas de hospital prestó atención al vestido azul, ceñido a la cintura, al modo como echaba a reír de pronto, sin motivo, al pelo dorado que se veía desde lejos. Se llamaba Anna.

Cuando los médicos entraban en la habitación, o cuando Caylus dormía, Silvio y Anna salían juntos del cuarto y paseaban por los pasillos o bajaban hasta los jardines del hospital. Sentían el alivio de ser relevados de su puesto junto a la cama del enfermo. Cada uno se apoyaba en el otro para sostener las constantes visitas: la difícil adaptación a la liturgia del hospital.

Caylus mostró una leve mejoría que sorprendió a los médicos, que hasta ese momento no habían dejado de augurar un mal desenlace. Entonces empezó a preocuparse por su museo, y le pidió a Balestri que acompañara a Anna a poner orden en los edificios abandonados.



Anna abrió con sus llaves y los dos entraron en el museo desierto. Mientras ella pasaba un plumero sobre los edificios, Balestri se concentró en limpiar los recovecos de telarañas e insectos muertos. Después reparó el sistema eléctrico —una gotera había provocado un cortocircuito— y así le devolvió la luz a los edificios.

Anna hablaba sin parar y lo hacía con una abrupta camaradería, sin reparar en la diferencia de edad. Le contaba de sus estudios, de la última película que había visto en el cine, de sus preferencias por un actor o por otro. Parecía absolutamente concentrada en cada detalle, pero esa concentración duraba unos pocos segundos y cambiaba de tema. Balestri —acostumbrado a la fidelidad a una única obsesión— admiraba esa inconstancia.

Sin que mediaran preguntas, Anna empezó a hablar del pasado de Caylus. Balestri escuchó con atención, ya que su amigo siempre se había negado a hablar de sus medios de subsistencia, o de la historia del museo. Como era habitual en la amistad entre hombres, las preguntas no existían y el pasado quedaba bajo llave.

Caylus era el mayor de cuatro hermanos; el padre de Anna, que murió muy joven, era el segundo. La familia provenía de un pequeño pueblo llamado Nueva Jerusalem. A los 17 años, contó Anna, su tío se había hartado del pueblo y había venido a la ciudad para trabajar como periodista. Coleccionaba artículos de periódicos sobre edificios, y nada le hubiera gustado más que ser arquitecto, pero, como era hijo de un empleado de banco y de un ama de casa, no tenía dinero para pagarse los estudios. Trabajó como cronista de carreras hípicas. Para aprovechar su elegancia, sus jefes le encargaban también que se ocupara de noticias sociales: bailes a beneficio, conciertos, recepciones. A diferencia de los otros cronistas del periódico, Caylus podía confundirse sin problemas entre los nuevos ricos que llenaban los salones de la sociedad.

Una de estas fiestas tuvo lugar en la casa de Apollon Grideon, uno de los arquitectos más célebres de la ciudad. Grideon ya había abandonado su profesión, y su estudio había quedado en manos de sus socios. En los últimos años se había apartado del mundo, concentrado en preparar una ciudad en miniatura para mostrar en la Exposición Universal que se llevaría a cabo en París en 1899. Grideon se negaba a mostrar a nadie su maqueta, por lo que su solitaria construcción se convirtió en una leyenda en los círculos de arquitectos. Tampoco veía a sus colegas ni a sus antiguos amigos. Grideon había aceptado la fiesta a regañadientes, por la insistencia de su esposa, treinta años más joven.

Caylus sabía que Grideon escondía la maqueta en alguna parte de la casa. Recorrió los salones con una copa en la mano; tenía el poder de mimetizarse en los ambientes que frecuentaba, y no era extraño que los otros lo confundieran con un rico

heredero, a pesar de que vivía en un cuarto de pensión, y de que sus únicas posesiones en el mundo eran una pequeña mesa plegadiza que él mismo había fabricado y una máquina de escribir. Mientras los invitados se entretenían en los salones, Caylus se escabulló hacia la zona privada de la casa. Subió dos tramos de escaleras y encontró a un mucamo negro que lo miraba sin saber muy bien si saludarlo con respeto o llamar a la policía. Pero la voz de Caylus sonó tan segura cuando le dijo que el arquitecto Grideon lo había citado en el taller, que el mucamo sólo atinó a señalarle el camino. Caylus encontró la habitación de trabajo sin dificultad.

Las autoridades de la Exposición Universal habían pedido a una serie de arquitectos su visión de cómo sería la ciudad del 2000. Grideon había aceptado el encargo, y había construido una ciudad llena de altos edificios comunicados por puentes, naves que volaban entre las moles, ascensores y cúpulas de cristal. Los edificios estaban pintados de colores brillantes. Había algo vivo en los rascacielos, como si aquellas construcciones fueran capaces de crecer durante la noche, o de probar algún paso tambaleante. Algunos edificios aspiraban a ser vegetales y se prolongaban en espinas y nervaduras; otros, más sombríos, mostraban aletas y dientes de peces.

Caylus, encantado con la ciudad futura, no oyó los pasos del dueño de casa. Cuando oyó la voz de Grideon, se sobresaltó. Grideon le preguntó qué buscaba. Y aunque intentó al principio dar la excusa de que se había perdido en la casa, dijo la verdad:

—Quería ver la ciudad. Veo que ya la terminó.

Apollon Grideon le respondió con serenidad, sin una sombra de enojo por haber irrumpido en su casa:

—Lo importante es que no diga a nadie lo que usted ha visto aquí. Vuelva a la fiesta, pero no diga una palabra a todos esos infelices que invita mi mujer. Y en cuanto a la ciudad, no crea que esto es el producto terminado. No habrá nada que yo pueda llamar producto terminado.

Se encaminaron hacia el salón, pero antes de entrar Grideon se desvió hacia la biblioteca y le pidió que lo acompañara. Lo invitó a sentarse frente a un escritorio. En las paredes, además de libros, había armas de fuego de todas clases y tamaños. Grideon le sirvió un whisky sin hielo ni agua y preparó otro para sí. Acostumbrado a los licores adulterados que se podían conseguir en los bares clandestinos que frecuentaba, Caylus bebió con felicidad aquello que era whisky de verdad. El alcohol lo hizo hablar: había querido ser arquitecto, pero no había podido. Para reparar esa frustración, se había dedicado a coleccionar artículos periodísticos sobre aquellos proyectos que no habían llegado a construirse. En el archivo del diario siempre encontraba material sobre el pasado de la ciudad: edificios que no eran más que

sombras, monumentos que, imaginados para combatir el olvido, habían terminado por homenajearlo, museos convertidos en museos de sí mismos.

Grideon estudió en silencio las palabras de Caylus.

—Usted está lleno de ideas sombrías. Son los caballos los que le contagian su melancolía. Tiene que apartarse de ellos. El caballo es el animal fúnebre por excelencia.

Caylus no supo qué decir. Alarmado, vio cómo Grideon se levantaba y comenzaba a acariciar las piezas de su colección de armas. Dio varios sablazos al aire, como si combatiera con un enemigo imaginario.

—La ciudad necesita constantes cambios, ¿no quiere ser mi asistente? Yo le doy las instrucciones, usted las ejecuta. Así estará a salvo de todos esos caballos que corren hacia la muerte.

Caylus empezó a trabajar a la mañana siguiente. Tomaba el tren elevado hasta la casa de Apollon Grideon, y luego se encerraba todo el día en el taller. Grideon dedicaba una media hora a dar instrucciones y luego lo dejaba tranquilo.

Una mañana Grideon le explicó el origen de los constantes cambios que la ciudad experimentaba. En el futuro habían inventado una máquina que podía transmitir pensamientos hacia el pasado. Alguien, en el año 2000, quizá más adelante, le estaba revelando la forma de la ciudad. Pero esa transmisión había sufrido una serie de interferencias. Los datos llegaban alterados y se perdía así un tiempo precioso.

—Y eso ocurre justo ahora, cuando falta tan poco para la exposición —dijo Caylus. No se le ocurrió otra cosa para decir.

—La exposición no me interesa. Me interesa ser fiel a la transmisión. Ni siquiera sé si mandaré la maqueta a la exposición. Es muy peligroso poner esa información en manos de las masas.

Esta clase de conversaciones se repetía con algunas variantes todos los días. Aunque los síntomas de la alteración mental de Grideon eran evidentes, Caylus trabajaba con un entusiasmo que no había sentido nunca en su vida. Grideon le entregaba una lista con las modificaciones, y Caylus, con una minuciosidad que ni el mismo Grideon tenía, cambiaba la forma de las cúpulas, agregaba naves suspendidas de hilos o mejoraba la iluminación de la ciudad.

De vez en cuando aparecía por el taller la esposa de Grideon, Ginevra, algo mayor que Caylus pero mucho más joven que el arquitecto. Entonces le rogaba a Caylus de que convenciera a Grideon de que mandara la maqueta a París. El plazo estaba por terminarse. Caylus le dijo que haría lo posible, y de hecho hizo algún intento. Pero sabía que a él le convenía que el trabajo continuara ilimitadamente, porque de otra manera perdería su empleo y debería volver, si lo aceptaban, al periódico.

Grideon no se dejó convencer, y cuando la Exposición Universal abrió sus puertas, los diarios de la ciudad lamentaron que no hubiera enviado su trabajo a París. Grideon sólo tenía oídos para los mensajes que le llegaban por la noche. Era muy difícil distinguir el mensaje original de las alteraciones. Quizá la ciudad original era por completo distinta, y yo no he hecho otra cosa que ser fiel a las interferencias. Quizá todo sea falso. Quizá debiera destruir todo y empezar de nuevo.

La presencia de Caylus era lo único que evitaba que Grideon destruyera la ciudad. Cada mañana, Caylus trataba de convencerlo de que había algún pequeño defecto; la necesidad de corregirlo adormecía los intentos destructivos de Grideon. Caylus temía que, al llegar una mañana al taller, se encontrara con toda la ciudad aniquilada. Había hecho tantas modificaciones que ya no sentía que era la ciudad de Grideon sino la

suya propia.

Cuando la señora Grideon le ofreció un cuarto en la casa, para que no tuviera que viajar todos los días desde la otra punta de la ciudad, Caylus aceptó aliviado. Así podría evitar que Grideon acabara con todo. Consiguió una habitación que estaba justo abajo del taller. A veces le parecía oír un ruido en la noche y despertaba con el corazón acelerado, temiendo que Grideon no le diera tiempo de actuar. Lo imaginaba prendiendo fuego a la ciudad, y consumiendo en su locura la casa entera.

Dos o tres noches por semana, Caylus comenzó a recibir en su cuarto visitas de la señora Grideon. Acostumbrado a las chicas que conocía en el hipódromo, Caylus estaba impresionado por las novedades de lencería que guardaba la señora Grideon bajo sus vestidos. Al principio, Caylus se animó a pedirle que cambiara constantemente, pero después le rogó que usara sólo la combinación de seda negra que le había visto la primera vez. Le parecía que cada encuentro debía ser sólo la repetición del primero, que tanto lo había sorprendido. Una vez que todo había terminado, Ginevra empezaba a hablar mal de su marido, al que llamaba el viejo loco. El viejo loco y su maldita ciudad.

—Si no fuera por esa ciudad —le decía Caylus—, yo no estaría aquí.

Caylus, que había modificado la ciudad día por día, no tenía conciencia de los efectos de esa transformación. La acumulación de escamas, de espinas, de edificios que se torcían, la desaparición de los colores claros, reemplazados por el negro y el verde oscuro y el rojo sangre, daban a la ciudad del futuro un aspecto cada vez más siniestro. Parecía la más absoluta negación del futuro, los restos de una ciudad sometida a algún brusco proceso de corrupción.

Una noche Grideon apareció en el taller con una lata de combustible y una caja de fósforos. Pero tardó tanto en sus preparativos que Caylus tuvo tiempo de despertar, ponerse la bata y detener al arquitecto. Lo obligó a dejar el bidón, le preparó un té en la cocina, y lo envió de regreso a su dormitorio. Allí lo perdió de vista. Grideon, sin embargo, volvió a salir. Fue hasta la biblioteca, cerró la puerta con llave, cargó uno de los revólveres de su colección y se pegó un tiro en la sien derecha.

A Caylus no lo despertó el balazo, pero sí las corridas de la servidumbre por los pasillos. Cuando se enteró de lo que había ocurrido, sintió alivio: Grideon había muerto sin destruir la ciudad. La maqueta estaba a salvo. Pero ese alivio fue sólo una primera impresión; después lo ganó la más profunda tristeza, y cuando asistió al entierro, se dio cuenta de que quizás era el único que lamentaba la muerte del arquitecto.

Lo primero que hizo al volver a la casa fue preparar las valijas. No tenía ningún trabajo que hacer, ahora que las emisiones del futuro habían sido suspendidas. Cuando contempló la ciudad —cada vez más negra, espinosa, amenazadora— sintió que contemplaba el cadáver del viejo Grideon. Los rasgos marinos se habían

propagado, y ahora era una ciudad abandonada en el fondo del océano.

La señora Grideon no permitió que se fuera. Le aumentó el sueldo, para que siguiera ocupándose de la ciudad, y aumentó también la cantidad de visitas semanales. Así pasaron los meses. Al principio le molestaron los comentarios de la servidumbre a sus espaldas, pero después dejaron de preocuparle. La señora Grideon empezó a consultarlo sobre algunos aspectos de la casa y Caylus se atrevió a proponer algunas reformas. Él mismo se ocupó de guiar a los albañiles. También trabajó en la edición de los escritos de Grideon, que databan de varios años antes de que la locura lo hubiera hecho prisionero. Caylus se ocupó de anotar la edición, y las publicaciones especializadas elogiaron su trabajo «a pesar de que lamentamos que no se haya encargado la tarea a un arquitecto diplomado».

Tres años después de la muerte de Apollon Grideon, Caylus y Ginevra se casaron. Caylus se vio dueño de la casa y de varias propiedades que no conocía y no le interesaban. Era dueño de todo menos de lo único que le había importado: la ciudad.

Fue Ginevra quien había propuesto la boda, y lo había pedido así:

—Estoy cansada de los comentarios y las sospechas. Quiero que te cases conmigo. Serás dueño de esta casa, y no tendrás que trabajar nunca más. Hasta podrías estudiar para arquitecto, si realmente te importa. Pongo una sola condición: que destruyas la ciudad.

Caylus, pálido, le rogó que no lo hiciera, que le pusiera cualquier condición menos ésa. No le importaban las propiedades ni el dinero. Si ella odiaba la construcción, porque le recordaba la locura de su marido, él podía transportarla a otro lugar. Había trabajado años en eso y no soportaba verla aniquilada. Durante mucho tiempo había sido el guardián de la ciudad, atento a los pasos de Grideon en la noche.

Pero Ginevra fue inflexible. No le bastaba con saber que la ciudad había sido destruida: quería ver con sus propios ojos cómo cada edificio era arrancado y aplastado y pisoteado. Y las cosas se harían a su modo. Una vez que nada hubiera quedado en pie, y que hasta la última y ridícula torre del futuro hubiese sido rota, los restos debían ser llevados al jardín, rociados con combustible y quemados. Las cenizas serían esparcidas por el jardín.

Ésa fue la condición de Ginevra para la boda. Y así se hizo.

Y la destrucción de la ciudad pesó siempre sobre el matrimonio. Cuando la ciudad se quemó, una ráfaga de viento los rodeó de cenizas, y la nube de hollín entró en la casa. Y nunca pudieron sacarse del todo esas cenizas de encima. Por eso cinco años más tarde, Ginevra le propuso a Caylus el divorcio: le ofreció una suma de dinero que, bien invertida, podía permitirle vivir sin trabajar durante el resto de su vida. Caylus aceptó, a pesar de que podría haberse quedado con una porción mucho más generosa de la herencia.

Durante los primeros tiempos, Caylus se dedicó a gastar el dinero de una manera irresponsable. A pesar de que siempre había odiado las carreras cuando le tocaba ir al hipódromo como periodista, ahora se había convertido en un jugador. Perdió su apariencia impecable, y se mezcló con aquellos otros que antes había despreciado por el modo en que gastaban el poco dinero que tenían. Como un actor o un espía, copió su indumentaria, sus comentarios, sus tics. Su traje pronto estuvo tan arrugado como el de los otros; y la cinta del sombrero guardaba los boletos perdedores.

De seguir así, hubiera acabado en poco tiempo con toda su fortuna. Pero un incidente casual lo salvó del desastre. Después de una fiesta —a la que lo había invitado un antiguo compañero del periódico— Caylus se encontró en la calle, sin un centavo, y sin recuerdos de cómo había llegado hasta allí. Era casi el amanecer. Caminó para despejar su mente del alcohol: una caminata lo haría recuperar la conciencia y entonces podría emprender el regreso a su casa. A dos calles de su casa, Caylus descubrió una pequeña juguetería donde vendían trenes a vapor. Le parecía muy extraño que nunca hubiera reparado en ese local, a pesar de que estaba tan cerca. Los trenes a vapor atravesaban una pradera minuciosa, con algunas casas dispersas aquí y allá. Al ver la maqueta, Caylus echó de menos la ciudad del futuro de Grideon. Y de pronto supo qué era lo que tenía que hacer.

El dueño, un griego gordo y calvo, estaba abriendo el negocio. Cuando se encontró a Caylus, con sus ropas caras y arrugadas, y el cabello revuelto, se asustó. Retrocedió unos pasos, porque creyó que estaba frente a un borracho o un loco. Entonces Caylus oyó su propia voz que le proponía al otro comprarle el negocio. El griego creyó que era una broma, o uno de esos planes que los borrachos conciben unos segundos antes de caer dormidos, y trató de sacárselo de encima. Caylus reconoció que su estado mental no era el apropiado para hacer un negocio y se marchó. Pero a la tarde, después de diez horas de sueño, un baño caliente y una larga reflexión, volvió a la juguetería y cerró el trato.

Durante los meses siguientes se dedicó a construir las maquetas de los proyectos que habían fracasado. Era una especie de homenaje a sí mismo, ya que sentía que él también era, como aquellas torres, un monumento a las promesas incumplidas.



La última parte de la historia Anna la había contado con alguna vacilación en la voz, porque Balestri se había acercado a ella y había empezado a acariciarle los brazos. A pesar de que hacía meses que no tocaba a una mujer, logró moderar su urgencia, y fue desvistiéndola despacio. Se tendieron en un sofá del fondo, que Anna usaba de vez en cuando para dormir. Cuando Balestri despertó, antes del amanecer, la encontró desnuda, quieta entre los edificios, como si quisiera confundirse con ellos y jugar a ser, ella también, un reflejo de lo imposible.

Durante los últimos días de convalecencia de Caylus el detective Brin convocó a Balestri a una nueva cita. Habían encontrado el cadáver de una mujer flotando en el río. El médico forense había calculado que la muerte —causada por un golpe en la base del cráneo— databa de poco más de ocho días. El cuerpo coincidía en edad y estatura con los datos de Greta Zolla.

A diferencia de las veces anteriores, esta vez el mismo Brin lo esperaba en la puerta del edificio. Llevaba el sombrero ligeramente echado hacia delante, como si inclusive la pobre luz de la mañana fuera excesiva para sus ojos de insomne. Le tendió la mano y sin decir nada lo condujo por una escalera hacia el segundo subsuelo. Más de una vez Balestri había observado que las morgues de los hospitales y de los tribunales estaban bajo tierra. Aquella costumbre parecía originada en algún resabio mítico antes que en razones de lógica.

Brin le tendió a Balestri un paño humedecido en alguna sustancia que olía a mentol.

—Respire a través de la tela.

La mano temblorosa de Brin descubrió el cuerpo. A partir de ese momento toda su seguridad profesional desapareció. Retrocedió unos pasos, hasta chocar con una mesa. El arquitecto, en cambio, miró el cuerpo sin emoción; si hubiera estado menos deformado, tal vez lo hubiera impresionado más. Parecía una criatura de las profundidades, una de aquellas extrañas especies que se encuentran en las últimas salas de los museos de Historia Natural, catalogadas sin mucho rigor, e iluminadas por una luz difusa. Era absurdo que le pidieran un reconocimiento, a él o a cualquier otro. Mientras la miraba, le pareció que el cuerpo se desmoronaba, y que en segundos acabaría por deshacerse sobre la camilla.

Pero entonces recordó a Anna. Quizá no pensó tanto en ella como en lo que Anna representaba: las mujeres que le quedaban por conocer. Estaba encadenado a Greta, obligado a la espera eterna, a un estado civil en suspenso, a visitas a morgues y hospitales y loqueros. Bastaba una palabra para liberarse de aquello. Como si se tratara de una boda, bastaba con decir sí.

Antes de pronunciar esa palabra se preocupó por creer que era cierta. Buscó en la piel lacerada, en la hinchazón, en la palidez lunar, los rasgos de Greta, como si se tratara de una mujer diminuta dentro de un disfraz.

—Sabía que iba a ser una molestia inútil. Pero estaba obligado a llamarlo. Y estoy obligado a preguntarle: ¿es su esposa?

Brin ni siquiera esperaba una respuesta. Pero oyó:

—Sí.

—¿Está seguro?

Todo el secreto de la vida consistía en decir en el momento oportuno la palabra adecuada.

—Sí.

Cuando Balestri le contó a Caylus lo que había ocurrido, su amigo le dijo que había hecho lo indicado. De otra manera seguiría atado de por vida a Greta.

Balestri había esperado conocer en el hospital a alguno de los grandes nombres de la arquitectura, a los que Caylus nombraba con tanta frecuencia, como si se tratara de íntimos amigos. Pero los visitantes de Caylus eran de otra clase. Vestían trajes negros o a cuadros, siempre arrugados, con el diario doblado en el bolsillo. Era difícil decir si eran levantadores de apuestas, o si tenían mujeres a su cargo o si se ocupaban, los más robustos, de la cobranza de deudas difíciles. Cuando Balestri preguntó a su amigo por esas visitas, Caylus hizo un gesto de fastidio, y Silvio no supo si era por su pregunta o por las visitas mismas. El arquitecto creía ver en aquellas apariciones una manifestación de la conexión de Caylus con las posibilidades truncas de la ciudad; también aquellos personajes habitaban una ciudad paralela, que sólo constaba de callejones, bajos fondos y casas de juego. Eran los encargados de traer a la superficie las noticias de ese mundo nocturno.

A pesar del escepticismo de los médicos, Caylus pronto se repuso. Para entonces, Balestri ya no necesitaba de los encuentros en el hospital para frecuentar a Anna. Empezaron a ir al cine; la muchacha alguna vez había soñado con ser actriz, y se sabía el nombre de todos los actores y de todas las actrices. Era ella la que elegía el programa, y aquellos melodramas aburrían a Balestri.

Anna lloraba en las películas; lloraba en los momentos tristes y lloraba en los momentos felices, y a veces hasta en escenas que, a juicio de Balestri, no tenían ningún contenido emocional. A la salida daban grandes caminatas y a veces iban en tren hasta la playa, y caminaban junto a construcciones abandonadas, mientras veían a las gaviotas picoteando la basura. Se sacaban los zapatos para pisar la arena fría y juntaban pedazos de madera del mar. Balestri se quedaba mirando los bordes carcomidos de la madera. Anna le pedía que le hablara de su juventud, y Balestri entonces tenía la sensación de que los recuerdos se perdían, de que la ciudad le había ido exigiendo pruebas cada vez más difíciles, y que con cada esfuerzo de adaptación perdía un recuerdo; olvidaba nombres, olvidaba acontecimientos, pero era sobre todo la atmósfera lo que no podía evocar. Hubo una época en que no olvidaba nada, decía, en que cada cosa que había vivido allí estaba, indeleble, lista para ser evocada hasta en sus menores detalles, pero ahora sólo encuentro pedazos sueltos, como estas maderas, y no sé de dónde vienen. ¿Quién dijo tal cosa, de quién era esa cara, qué hice la noche de mi cumpleaños número veinte?

Entonces Anna le preguntó: ¿Podrías olvidarme a mí? ¿Podrías olvidar mi nombre, y este paseo, y alguna vez recordar vagamente a una chica muerta de frío, sin saber quién era? ¿Voy a ser una madera traída por el mar? Balestri le sacó la

madera de las manos y la tiró al agua, tan lejos como pudo, y abrazó a Anna, que temblaba. Le dijo que no la olvidaría; que aunque dejaran de verse, habían caminado tanto por la ciudad que todo se la recordaría, pero también las estrellas y la arena y el mar donde flotaban los pedazos de madera. Ella se rió y miró a su alrededor el cielo blanco y helado y las gaviotas hambrientas y las casas desoladas como si buscara alguna huella que hubiera dejado sin saberlo en el edificio del mundo.

En el mundo podía haber marcas de Anna, pero no en la casa. Balestri no había tocado nada desde la desaparición de su mujer, de manera que las cosas sólo habían cambiado en la medida en que el tiempo y el gato las modificaban. Anna lo instaba a sacar las cosas de Greta, pero él le explicaba, con paciencia, que la mujer podía aparecer en cualquier momento; el fenómeno extraño que la había sustraído de lo cotidiano podía devolverla, con la misma sinrazón. Ahora mismo Greta podía estar en la puerta, buscando las llaves en su bolso, ensayando una explicación o un silencio.

Si Anna cambiaba un florero o acomodaba una pintura, Balestri volvía las cosas a su orden anterior, como un viudo obsesionado por conservar la memoria de su esposa. Pero no lo hacía por ninguna fidelidad, sino porque le parecía un sacrilegio mezclar a Anna con su vida anterior.

Por eso, cuando Anna, preocupada porque el gato no tuviera nombre, empezó a buscarle uno —y ensayó una serie de palabras cariñosas que en nada representaban a aquel gato arisco— Balestri le pidió que se olvidara de la tarea. Era su gato y seguiría sin nombre.

También el espía seguía sin nombre. Cuando Balestri se encerraba en su oficina, la exigencia se sentía bajo su peor forma: la falta de señales. Que pasaran los días sin que nadie le pidiera nada lo llevaba a interpretar todo detalle —unos pasos apurados tras la puerta, una llamada telefónica que se interrumpía, un papel con una anotación cualquiera tirado en el pasillo— como un reclamo escrito en clave. Por eso, cuando recibió los primeros encargos para viajar fuera de la ciudad respiró aliviado.

Durante esos viajes dormía en los trenes y en hoteles baratos. Le gustaba viajar, no porque le interesaran los lugares que visitaba, sino porque los viajes le permitían ver su vida desde afuera, como si fuese otro. Y entonces la desaparición de Greta se convertía en un hecho lejano, que no le pertenecía.

Notaba con satisfacción que en las obras en construcción lo recibían con gran respeto, como si fuera uno de los directores generales de la compañía. Para no arruinar ese halo de consideración, aprendió a disimular su temor a las alturas. Escaleras sin barandas, andamios precarios y montacargas que pendían de hilos se turnaban para desafiarlo. En ese entonces las medidas de seguridad no alcanzaban a cubrir los avances de la técnica, y el espectro de posibles accidentes aumentaba día a día. Cada uno de los grandes edificios tragaba un promedio de tres vidas durante el tiempo que demoraba su construcción; a veces nadie se daba cuenta de la pérdida hasta que el obrero no se presentaba a cobrar, y entonces era tarde para recuperar el cuerpo. Los caídos yacían en los cimientos mismos de la construcción, como las víctimas propiciatorias de las antiguas torres babilónicas.

Balestri nunca dejaba de maravillarse del salto que daba la arquitectura entre un nivel puramente mental (la visión, los planos, los cálculos) y la realidad. Cuando se construía una casa, ese salto parecía menor. Una casa, si bien era un objeto material, podía «entrar» en todos sus detalles en la cabeza del arquitecto. Pero un rascacielos, al igual que los grandes monumentos del pasado, sólo permitía que se lo pensara por sectores, nunca en su totalidad. Balestri notaba en los edificios esa ausencia de unidad, como si no tuvieran corazón.

Los otros arquitectos, sin embargo, nunca reaccionaron ante sus escritos. Balestri estaba convencido de que los constructores de rascacielos no habían leído jamás sus artículos ni sabían de su existencia, hasta que una tarde de septiembre, cuando estaba visitando un edificio de Chicago, se dio cuenta de que se había equivocado. Después de hablar con un maestro constructor por el que sentía particular confianza, Balestri se quedó mirando la ciudad desde las alturas. En esos días un equilibrista había prometido unir dos de los edificios más altos con un cable de acero, para ir con su pértiga de uno a otro. Balestri se puso a pensar en la sensación de vacío que iba a experimentar el equilibrista. ¿Sabía realmente a qué peligros se exponía? ¿Tenía idea

de los vientos que soplaban allá en lo alto aun en días en que no se sentía ni una brisa en la ciudad? ¿Estaba al tanto de las permanentes vibraciones que sacuden a los rascacielos? Durante unos instantes, tuvo la sensación de ser el único dueño de un conocimiento secreto, del que dependía la vida del equilibrista. Gastaba su tiempo en publicidad y fanfarronadas, en lugar de estudiar el terreno —o la falta de terreno— de su prueba.

Cuando quiso bajar se dio cuenta de que había estado tan abstraído que se había quedado solo. El montacargas que lo había llevado hasta lo alto había regresado a la planta baja, con su último cargamento de obreros y técnicos, y no se había vuelto a mover de allí. Funcionaba con un motor eléctrico, y ya habían cortado la corriente. Se asomó al hueco y gritó con todas sus fuerzas, pero apenas se oyó a sí mismo.

A medida que anochecía, el viento soplabá más fuerte. Sin nada con qué cubrirse, tendría suerte si no se helaba. No sabía si echar la culpa del incidente sólo a su distracción o si había sido una advertencia de los directores de la empresa para que entregara el nombre que le pedían.

Una hora más tarde, cuando el viento había empezado a silbar con más fuerza, oyó el motor del montacargas. Se asomó al hueco: el que subía llevaba un farol. Balestri sintió una desbordante sensación de agradecimiento. Del montacargas bajó una sombra que se acercó rengueando hacia él. El desconocido llevaba un traje negro y remendado y una galera raída que recordaban a un deshollinador. El arquitecto iba a explicarle quién era y qué había pasado, pero pronto se dio cuenta de que no era necesario.

—Vengo a hacerle una visita, señor Balestri. Me envían del club.



—Mi nombre es Tarvis, pero me acostumbré a que me llamen Jack. Como el personaje de la radio: Jack el deshollinador. No me molestan las bromas. Yo también soy de hacer bromas.

Balestri recordó entonces a aquel estudiante pelirrojo que le había hablado del club, después de su conferencia. «¿Todavía no recibió la visita de Jack el deshollinador?». Ahora que veía las ropas remendadas y la galera demasiado alta para su corta estatura, Balestri comprendió por qué llamaban así a Tarvis.

A pesar de que no tenía hijos y de que nunca prestaba atención a los niños, Balestri sabía quién era Jack el deshollinador. En las vidrieras de las jugueterías, entre carros de bomberos pintados de rojo brillante, trenes alemanes a vapor y muñecas de porcelana con vestidos de terciopelo azul, asomaba la cara tiznada de Jack. Era un muñeco de unos veinticinco centímetros de altura. La galera alta era idéntica a la de Tarvis. El trabajo del deshollinador había sido, hasta poco tiempo atrás, un empleo común y mal remunerado, sólo para hombres dispuestos a arruinarse los pulmones con la ceniza. Pero a medida que quedaban menos chimeneas y por lo tanto se necesitaban menos deshollinadores, el oficio se había rodeado de cierta aura romántica. Jack el deshollinador había nacido en un programa de radio, y ya tenía su propia tira cómica en la página dominical del periódico.

Jack llegaba por la chimenea, a la noche, a la casa de familias que tenían algún problema. Se dejaba ver sólo por los niños. Nunca daba explicaciones de por qué hacía lo que hacía, ni si su poder de viajar de casa en casa era terrenal o sobrenatural. Jack resolvía el problema y se marchaba. Si alguien se asomaba a la chimenea para ver adónde iba Jack, recibía como respuesta una nube de hollín.

Tarvis dejó el farol en el piso.

—Siempre me asustaron las alturas. Debe ser porque yo mismo no soy muy alto. Pero me gusta saber que en la ciudad están estos enormes rascacielos. Representan la aspiración a ir cada vez más arriba. No podemos dejarlos en manos de cualquiera.

—¿Lo envía la compañía?

—No. Me envían del club.

—¿Qué club?

—No tiene un nombre formal. Lo llamamos el Club de las Seis Lámparas. Más allá de cierta altura, es nuestro territorio. No importa en qué país esté. Los rascacielos son grandes señales, y debemos ocuparnos de que esas señales digan el mensaje adecuado.

—¿Y cuál es ese mensaje?

—Que no hay mensaje alguno.

Tarvis se sacó su galera e inspeccionó su interior, como si estuviera a punto de

sacar un conejo. Luego se la volvió a poner, a pesar de que el viento amenazaba con arrancársela.

—Seguimos con preocupación sus ideas sobre el significado —dijo Tarvis—. Su influencia creció en círculos de arquitectos que planean la transformación de Europa. Creímos al principio que iban a querer competir con las alturas y construir rascacielos más altos que los americanos, pero vimos que no era así. Quieren excavar. Subterráneos, bunkers, ciudades bajo tierra. Y dejar sobre la superficie monumentos de piedra que recuerden a los viejos imperios.

—Publiqué solamente unos pocos pensamientos dispersos. No soy responsable de lo que otros hagan con ellos.

—Estoy seguro de que sería incapaz de decir siquiera el nombre de los discípulos que ha reunido. Porque es justamente su ausencia la que ha reunido a esos discípulos. Por eso todavía estamos dispuestos a aceptarlo. Pero antes de hacerlo, queremos que nos preste un servicio. Una prueba de fidelidad.

—¿Qué clase de servicio?

—Moran, Morley y Mastran le están pidiendo un nombre. Ellos pertenecen al club, pero en los últimos tiempos se han alejado espiritualmente. Creen que somos una sociedad anacrónica, que no tenemos posibilidades de adaptarnos a las veloces transformaciones de la construcción. Por eso, y a pesar de nuestras recomendaciones, le han encargado que detecte al culpable del traspaso de información. Lo que parece una tarea de espionaje es en realidad un mecanismo inevitable para que la comunicación fluya entre los constructores. No queremos que las innovaciones pertenezcan a una sola compañía. Creemos que el verdadero adversario no está entre los constructores de rascacielos: nuestros enemigos son los cruzados del significado. De ellos debemos cuidarnos, no de nosotros mismos. Por eso queremos que dé el nombre que no es. Cuando lo haya encontrado, dé uno de los otros dos nombres.

En el frío de la noche, los dos hombres intercambiaban, junto con sus palabras, nubes de vapor. Por un momento Balestri tuvo el temor de que el otro hubiera sido enviado allí para darle un empujón, si no daba las respuestas correctas. De todos modos, dijo la verdad:

—No sé cual es el nombre. No me creo capaz de descubrirlo.

—Pero lo encontrará. Es cuestión de tiempo y de presión. Si nos hace caso, lo dejaremos entrar en el club. Si no, volverá a los subsuelos, a copiar planos. No lo hace mal.

Bajaron en el montacargas, en silencio. Cuando llegaron abajo, Tarvis se alejó con su farol cantando en voz baja una canción. Era la melodía con que se abría cada episodio del programa de radio de Jack el deshollinador.

Durante quince días Balestri redujo al mínimo su participación en las obras y se dedicó a reunir toda la información que pudo sobre las decisiones de los arquitectos del anteúltimo piso. Analizó documentos de meses y de años atrás, para establecer el origen y el recorrido de las ideas que habían sido copiadas por otras compañías. Acostumbrado a pensar espacialmente, llevó la información a grandes hojas de papel que pronto se llenaron de nombres, de números, de fechas. Cuando completó hasta el último rincón en blanco con información, se sintió perdido. De todo eso tenía que quedarse con una sola palabra.

Al principio dudó de Thessau, que podía ocultar sus intenciones bajo su actividad incesante. Después sospechó de Grijer, cuyos largos períodos de ausencia podían implicar actividades paralelas. Pero finalmente se decidió por Saniz. Hasta ese momento lo había desconcertado con la fluidez de sus ideas. Casi siempre eran impracticables, pero por eso mismo funcionaban como una instigación a que los otros trabajaran en determinada dirección. Mantenía el mecanismo en funcionamiento.

Fue el sistema de pisos alternos lo que lo guió a Saniz. Grijer había trabajado durante mucho tiempo en uno de los problemas fundamentales de la construcción de rascacielos: las dificultades de trasladar a un gran número de personas a la vez. La altura de los edificios estaba menos limitada por las dificultades de construcción que por el modo de llevar hasta lo alto a los pasajeros. Los edificios no albergaban viviendas sino oficinas, que suponían un movimiento por metro cuadrado veinticinco veces mayor.

En un principio Grijer había propuesto exigirle a los fabricantes ascensores más grandes, verdaderos salones móviles. Thessau rechazó la idea: los pasajeros se sentían incómodos en espacios con mucha gente, y en la salida y entrada del ascensor se producían aglomeraciones, sin hablar de la necesidad de profundizar las medidas de seguridad para que el sistema soportara un peso semejante. Tampoco se podía agregar ascensores indefinidamente (Saniz, en uno de sus tantos proyectos destinados más a provocar a los otros que a plantear seriamente una solución, había bocetado un edificio que constaba casi sólo de ascensores). Entonces Grijer diseñó un sistema de pisos alternos, de manera que algunos ascensores se detuvieran en los pisos pares y otros en los impares. El hecho de que cada ascensor se detuviera en menos pisos, aligeraba de pasajeros el sistema y limitaba considerablemente la duración del viaje.

Saniz había hecho repetidas consultas a Grijer sobre el problema. A diferencia de otras innovaciones —que requerían de meses y aun de años hasta que podía verse su aplicación— el sistema de pisos alternos se había puesto en práctica de inmediato, pero en un edificio de la competencia. Era el único caso en que podía establecerse una fecha precisa a la fuga de información. Y esta fuga correspondía con la

insistencia de Saniz.

Balestri no estaba dispuesto a dar el nombre del culpable a menos que se lo preguntaran. Y pasó tanto tiempo que llegó a estar seguro de que había sido relevado de la misión.

Pero una mañana, más de dos años después de su ascenso al penúltimo piso, Morley lo llamó para que fuera al salón de reuniones. Sin saludarlo, se limitó a preguntar:

—¿Y bien?

Balestri se dio cuenta de que ya no tenía sentido demorar la respuesta. Dijo:

—Saniz.

Morley dio una breve carcajada que sonó como un graznido.

—¿Está seguro?

—Sí.

Morley se levantó y fue hasta los grandes ventanales.

—Usted recibió una visita. Y le advirtieron que debía dar el nombre que no era.

—Así fue.

—Pero, a pesar de la advertencia...

—Ése es el nombre: Saniz.

Morley cortó la punta de un cigarro y lo prendió con un encendedor con forma de pirámide. Habló sin mirarlo.

—La autoridad del club está sobre nosotros, señor Balestri. Debió haberles hecho caso. Bastaba con decir Thessau o Grijer. Bastaba un susurro.

—Trabajo en esta compañía. Nunca fui informado de la existencia de ningún club.

—Construimos más allá del piso veintisiete. Debemos aceptar las reglas. Además Saniz no existe. Es el nombre que tomamos los tres directores generales para participar de las actividades del último piso. Cuando usted dice Saniz, está diciendo que uno de los tres directores generales es culpable. Y eso no lo podemos tolerar.

Morley no volvió a mirarlo. Se quedó fumando hasta terminar su habano. Estaba tan quieto mientras fumaba, sin sacárselo de la boca, que la ceniza fue dibujando un perfecto habano en el suelo. Cuando lo apagó, en un cenicero de vidrio, Balestri consideró que la entrevista había terminado y salió de la sala de conferencias.

Aunque en su momento Balestri se sintió desconcertado por el despido (esperaba que todo el castigo se limitara a un descenso a niveles inferiores de la compañía), más adelante pensó que había sido un paso fundamental en su carrera de arquitecto.

Después de su reunión con Morley, trabajó durante una semana como todos los días. Pero el viernes, a las seis de la tarde, cuando el edificio empezaba a vaciarse, recibió un comunicado de la oficina de personal: un sobre blanco, con membrete de la compañía. Era una clase de sobre que Balestri jamás había visto: papel entelado, forrado por dentro de un delicado papel de seda azul. Así debían cursarse las invitaciones en los altos círculos de la política. Sin embargo, la hoja que había en su interior era de papel basto, el que circulaba por la empresa para la redacción de borradores. La carta decía que prescindían definitivamente de sus servicios. Guardó el papel en el sobre y el sobre en su portafolio y regresó a su casa.

Aunque ya llevaba ocho años en la compañía, no tenía amistad con nadie. Había estado pasando de una sección a otra, entablando relaciones fugaces, y, en los últimos tiempos, había permanecido en la soledad del penúltimo piso.

Saniz no existía, y a Grijer y a Thessau jamás los había visto. Era como si tampoco existieran. Cuando dejó la compañía, sintió que sólo los viejos copistas del segundo subsuelo habían sido sus verdaderos compañeros de trabajo.

Durante dos meses permaneció encerrado en su departamento, dedicado por completo a su proyecto y a sus escritos. Al principio planeó hacer una visita a Mactran —el único de los tres directores de la compañía que no conocía personalmente y al que, por eso mismo, imaginaba con un sentido cabal de la justicia— pero cada día que pasaba sentía que aquélla era una causa perdida. Había creído que formaba parte de aquel mundo, y que estaba a un solo paso de alcanzar el sitio desde donde se tomaban las mayores decisiones; y sin embargo, ahora comprendía que no había aprendido absolutamente nada. Estaba como había empezado.

En los días que siguieron al despido, Balestri comenzó a concebir el interior de *Zigurat* como un hueco gigantesco. Todas las oficinas y departamentos estarían ubicados contra las paredes exteriores, pero el centro, desde los subsuelos hasta la cima, sería un hueco atravesado por puentes y recorrido por ascensores. En los otros rascacielos, la mirada abarcaba la totalidad del edificio sólo desde afuera: en *Zigurat*, desde el interior se podría ver toda la construcción, y asistir al espectáculo de decenas de miles de personas caminando por los pasillos, viajando en los ascensores de cristal, o atravesando el hueco por los puentes colgantes. Cuando contemplaba a la mañana los dibujos que había hecho a la noche, le sorprendía lo lejos que había ido en su visión. Los ciento veinte dibujos a carbonilla que hizo en aquellos días daban menos la impresión de una torre que de una excavación.

Cuando los bocetos lo dejaron agotado, decidió abandonar por un tiempo su proyecto y volver a la vida real. Había ahorrado una buena suma, pero si no conseguía trabajo pronto, acabaría tan pobre como había empezado. Entonces fue a pedirle trabajo a Piegari. Balestri era consciente de que en esta decisión había una voluntad de castigarse por haber actuado con soberbia: había confundido la arquitectura con hacer planos. Tenía que volver al punto del inicio, allí donde lo habían rechazado. En los honores, en los premios y en la gloria había siempre un matiz de falsedad, de exageración y artificio; por contraposición, encontraba en la humillación un núcleo de verdad.

Piegari había seguido con atención la carrera de Balestri, y lo contrató de inmediato. Sabía que podía aprovechar muy bien la experiencia reunida por Balestri a través de los grandes proyectos de Moran, Morley & Mactran. Durante las primeras semanas le encargó algunos trabajos menores, no porque desconfiara de su nuevo arquitecto, sino para evitar encumbrarlo tan pronto. A los cuatro meses dejó en sus manos el primer proyecto importante —un hotel de lo que luego sería una cadena— y más tarde le encargó el plano general de un parque de diversiones.

A pesar de que el diseño de los juegos no formaban parte de su trabajo, Balestri proyectó en el centro del parque un *Zigurat* —basado en una de las primeras versiones de su rascacielos— que encerraba en su interior un laberinto para que los niños recorrieran. Los ingenieros de la compañía constructora se interesaron en la idea de Balestri y lo dejaron continuar, hasta que tomaron nota de la altura colosal del juego y del intrincado diseño que lo habitaba. Entonces lo rechazaron con pocas palabras:

—Queremos que salgan del parque tantos niños como hayan entrado.

Balestri no insistió.

A pesar del rechazo a la idea de la torre, el plano general del parque fue considerado como un modelo ejemplar de aprovechamiento del espacio. Balestri le había dado a cada juego una zona propia que, vista desde lo alto, tenía la forma de una pieza de rompecabezas. Estas distintas piezas, aunque coincidían en sus encastres, no estaban pegadas entre sí, sino separadas por senderos cuya ondulación estaba determinada por la forma de las áreas que separaban, lo que daba al plano general una perspectiva laberíntica. Al no poder establecer fácilmente puntos de referencia, el parque parecía mucho más grande de lo que en realidad era. Balestri también propuso que cada juego permaneciera tan oculto como fuera posible, rodeado por su propia escenografía. De esta manera los aspectos mecánicos quedarían escondidos dentro del mundo imaginario que cada juego proponía. Mientras los ingenieros querían mostrar los avances técnicos en forma tan clara como

fuera posible, Balestri prefería la invisibilidad. Les decía: La técnica es perfecta cuando se vuelve sueño.

Piegari acostumbraba a hacer leves retoques a los planos de otros arquitectos de su estudio para después firmarlos como propios. Hizo lo mismo con Balestri. A él no parecía importarle hasta que encontró ciertos elementos de la torre que había pensado para el parque de diversiones, en el plano de un hotel que Piegari estaba proyectando. Encontrar el reflejo de un reflejo de *Zigurat* en una obra de Piegari lo enfureció; cuando el veneciano le preguntó cuáles eran sus argumentos para acusarlo, Balestri rompió los planos. Éstos son mis argumentos, dijo. Así volvió a quedarse sin trabajo.



Balestri dejó su departamento, vendió gran parte de los muebles y se mudó a uno más pequeño en Brooklyn. Dos veces por semana lo visitaba Anna. Si en el viejo departamento había caminado siempre como si pisara cristal —por temor a que Greta regresara de la misteriosa región a donde se había marchado—, en el nuevo se sentía tan cómoda que parecía la dueña de casa. Movía muebles, acomodaba adornos, y hasta se animó a donar al Ejército de salvación vestidos, zapatos y algunos libros de Greta que habían sobrevivido a la mudanza.

Cuando la muchacha amenazó con instalarse en el departamento, Balestri decidió viajar a Roma. No le faltaban excusas, ya que había recibido una carta de su padre, donde Eugenio Balestri daba noticias alarmantes por su salud. Escribía en su carta: Me demoré tanto en construir mi propio monumento que ahora no tengo fuerzas ni salud. Y se encomendaba a San Lucas Evangelista, patrono de los pintores y de los talladores de mármol.

En los días previos a la partida, Balestri pidió a Anna que se ocupara del gato.

—No voy a cuidarlo a menos que tenga un nombre —le respondió la mujer.

Ninguno de los nombres que Anna le acercó le parecieron apropiados. Él ya se había acostumbrado a llamarlo *gato*. Puesto que no había ningún otro gato en la casa, no se necesitaban más precisiones. Pero Anna estaba tan firme en su negativa que Silvio se sentó en el sillón para pensar un nombre y se propuso no moverse de allí hasta que alguno se le hubiera impuesto. Media hora después el viejo gato saltó de su falda a la mesa y se tendió sobre uno de los bocetos en los que había trabajado durante la noche.

—Se llamará *Zigurat* —dijo Balestri.

A Anna le parecían mucho mejor los nombres que ella había propuesto. Aquella palabra era incomprensible, difícil de pronunciar y no expresaba ni ternura ni ninguna otra clase de sentimiento. Pero lo aceptó: era mejor un mal nombre que ninguno.

Esa noche, Anna se mostró más entusiasta que nunca cuando se fueron a la cama. Y Balestri se dio cuenta de que la extrañaría durante los días del viaje.

A la mañana siguiente buscaron al gato para darle de comer, pero no estaba. El plato de leche había quedado intacto. Como había una ventana abierta en la cocina, pensaron que el gato había ido a perseguir a alguna gata por los tejados vecinos y que pronto volvería.

Pero no vino ese día ni el otro, ni la semana siguiente.

Balestri buscó con una linterna en todos los sitios donde los gatos solían reunirse. Nunca había prestado atención a aquel gato, pero ahora le parecía una pieza indispensable de su mundo. (Aún mucho después, años después, a veces se sorprendía prestando atención a los gatos que se cruzaban en el camino, como si uno

de aquellos pudiese ser *Zigurat*.)

Pero el gato nunca apareció. Era como si sólo hubiera estado esperando durante todos aquellos años a que le diera un nombre. Y una vez que lo obtuvo, ya nada le quedaba por esperar.

El viaje en barco resultó agotador. Al aburrimiento se agregó el mal tiempo y Balestri empezó a sufrir episodios de vértigo que lo dejaban inmobilizado en el camarote. De los alimentos que le ofrecían, sólo podía tolerar el caldo y las pastas, con un poco de tomate triturado, sin ningún condimento. Llegó a escribir unas pocas notas en sus cuadernos, donde reflexionó sobre las posibilidades de la arquitectura subterránea; y aprovechó para poner al día su correspondencia con arquitectos extranjeros.

Desembarcó en Génova y de allí fue en tren hasta Roma. Le tocó como compañero de viaje un cura gordo que continuamente le ofrecía alimentos que sacaba de una canasta; era la primera vez que visitaba Roma y, como estaba muy ansioso, no podía parar de comer. Para que no se ofendiera, Silvio le aceptó una manzana. Apenas probó la fruta se dio cuenta de que a pesar de su aspecto lozano estaba podrida por dentro. Le dio pequeños mordiscos, a la espera de una distracción del cura para tirarla por la ventanilla.

Silvio se había preparado mentalmente para encontrar a su padre agonizando en una cama de hospital. Pero cuando llegó, Eugenio Balestri estaba esculpiendo el rostro de una virgen, en una clase de mármol que Silvio nunca había visto: las vetas azules atravesaban la piedra como venas, dando a la *madonna* un aire de enfermedad. Su padre estaba un poco más viejo, pero tan saludable como siempre. El proyecto de su propio monumento fúnebre había quedado aplazado por tiempo indeterminado.

Silvio supo de inmediato que no le sería tan fácil su estadía en Roma: su padre estaba convencido de que había vuelto para quedarse. Todos esos años en Nueva York no habían sido otra cosa que la preparación para la tarea que lo esperaba en Italia. Silvio probó primero con las explicaciones, luego con las evasivas y finalmente con los silencios: ya su partida hablaría por él.

En los días siguientes, Silvio aprovechó para recorrer los lugares de sus tiempos de estudiante, pero aquellos cafés y tabernas cuya disposición y decoración recordaba con más detalle que las caras de muchos de sus viejos amigos, habían cambiado de dueño o habían cerrado. El mismo río parecía otro, como si hubiera perdido fuerza, como si arrastrara más basura que antes. Con la perspectiva que ahora le daban los años, se daba cuenta de que había tratado muy poco tiempo a Oskar Pollak, y mucho menos a Gabrielle Dancy, a quien no había vuelto a ver desde su regreso a Lyon, pero esos días parecían formar parte de un pasado ilimitado, la verdadera sustancia de su vida. Vivimos unos pocos días y el resto son repeticiones a las que asistimos en sueños, anotó en su cuaderno.

De sus antiguos camaradas, sólo encontró a Corsini, que seguía frecuentando, con los ojos más enrojecidos, las mesas de estudiantes. El pintor lo saludó con grandes abrazos y exclamaciones, se hizo invitar varias copas y finalmente le pidió un

préstamo. Balestri le dio el doble de lo que pedía casi con felicidad: le gustaba saber que al menos una cosa no había cambiado.

A través de Corsini, los estudiantes de arquitectura se enteraron de la presencia de Balestri en Roma y lo invitaron a dar una conferencia en la universidad. Balestri aceptó, con algo de orgullo porque su nombre hubiera llegado a hacerse conocido en su propia ciudad. Antes de que tomara lugar frente a la sala colmada, sus anfitriones le advirtieron que no tenía que preocuparse por las interrupciones ni por el curso que tomaran las cosas. Los estudiantes, le explicaron, se dividían en grupos antagónicos donde se cruzaban las diferencias políticas con las estéticas, y las grandes reuniones siempre terminaban en grescas.

El grupo más entusiasta proponía un retorno a las fuentes clásicas y al monumentalismo, y aspiraba a hacer de Roma el centro de algo más grande que Italia. Proyectaban grandes monumentos, que habrían de celebrar victorias que aún no habían ocurrido. Un segundo grupo estaba a favor del funcionalismo, y detestaba toda ornamentación. Definían a la belleza como «la promesa de la función». Querían llegar a un punto en que la arquitectura se convirtiera en ingeniería; un verdadero arquitecto era un ingeniero de la vida humana. Los futuristas formaban un tercer grupo, mínimo pero activo; aunque no sabían diseñar casas, diseñaban ciudades, que abundaban en ascensores que se desplazaban en sentido vertical y horizontal, en lagos subterráneos, en terrazas destinadas al aterrizaje de aviones. Por ese entonces querían impulsar ventanas móviles y edificios que se desplazaban sobre rieles.

Balestri dedicó su charla a lo que llamaba su teoría de la «ruina interior». Todas las grandes construcciones del pasado habían envejecido sin perder su dignidad. Los desmoronamientos provocados por el tiempo, por la mano del hombre o por catástrofes naturales, que habían dañado a las construcciones de la antigüedad griega o romana, y a algunas catedrales medievales, no habían hecho perder la belleza a esos monumentos. Las plantas que crecían en las grietas, los muros derruidos o ennegrecidos, los manchones de musgo, colaboraban en resaltar una belleza que en cierto sentido estaba oculta bajo las capas de esplendor. Las construcciones escondían un secreto que sólo revelaban en su condición de ruina.

Las edificaciones modernas, en cambio, al envejecer sólo podrían mostrar hierros retorcidos y oxidados, vidrios rotos, paredes descascaradas, la progresiva erosión del cemento. No habría en ello belleza alguna. No tenían ninguna ruina encerrada en el interior. El arquitecto moderno, arrastrado por el impulso de la novedad y los constantes progresos técnicos, había olvidado el aspecto no contemporáneo de la arquitectura. Era necesario recordarle que toda la belleza ornamental se desvanecería muy pronto. El arquitecto estaba obligado a ser pesimista, a desconfiar de todo, a imaginar grandes lluvias, huracanes, incendios, el trabajo infatigable de los años. Y si había algo de sabiduría en el arquitecto, ese pesimismo lo llevaría a encerrar, en el

corazón del edificio, una ruina secreta, que al tiempo le tocaría descubrir.

Antes de que Balestri terminara su charla, ya los funcionalistas extremos dejaban oír sus voces airadas. Querían acallararlo, querían proclamar que cuando un edificio no sirviera, bastaría con demolerlo y olvidarlo. Gritaban que la arquitectura no era para siempre, que la idea del arte eterno era el primer concepto que debían arrancar de sus mentes. Pensar en la historia futura era pensar en la muerte, y la arquitectura debía servir para la vida de aquí y ahora, no para la admiración de las generaciones posteriores.

Balestri, sin dejarse intimidar por los gritos, siguió hablando. Nuestras vidas, dijo, deben ser planeadas en el mismo sentido. Debemos hacer las cosas de tal manera que al final, cuando seamos ruinas, aparezcan elementos secretos que sólo a partir del desgaste exterior alcancen la luz. Debemos construir en nosotros mismos esa ruina secreta; que en algunos viejos y en algunos muertos, y en algunos hombres vivos, aún jóvenes, pero ya destruidos, resplandece.

Aunque le ofrecieron algunos proyectos para seguir en Roma, Balestri decidió volver a Nueva York en la fecha prevista. En Roma cada una de sus palabras y opiniones era inmediatamente distorsionada, incorporada a esquemas de pensamiento ajenos. No podía hablar sin temor a que una frase dicha al azar sirviera para sostener tesis que estaban absolutamente lejos de sus opiniones. Le era cada vez más difícil hablar del significado en la arquitectura sin quedar atrapado en las discusiones sobre la sociedad. Empezaron a agobiarlo las sobremesas que compartía con jóvenes arquitectos que parecían más entusiastas y más fanáticos con el paso de la noche, mientras él se mostraba más cansado y moderado. En busca de aprobar de un modo absoluto su pensamiento, lo deformaban. Balestri empezaba a darse cuenta de que él mismo no entendía el modo como sus palabras funcionaban en el mundo. Escribió en uno de sus cuadernos: Hablé del significado de la arquitectura, sin comprender el significado del significado.

Pero fue la polémica desatada por un artículo belicista de Marco Fontamara lo que lo convenció a marcharse cuanto antes de Roma. En un artículo escrito con prosa incendiaria y los saltos argumentales característicos de la vanguardia, Fontamara había sugerido que la guerra era la forma más radical del urbanismo. Si el urbanismo se ocupaba de la forma y el sentido de la ciudad y sus transformaciones, y la guerra ejercía la mayor transformación posible sobre las ciudades involucradas, alterando su forma y su sentido, había llegado el momento de considerar desde la perspectiva del urbanismo a quienes hacían la guerra. Las guerras del futuro debían contemplar la destrucción de las ciudades y debían ser guiadas por urbanistas, que entenderían mejor el modo de acabar simbólicamente con la ciudad enemiga. Los arquitectos no debían ocuparse solamente en construir, sino también en destruir, ya que eran las demoliciones de las guerras las que determinarían las condiciones de los futuros edificios.

No había nada más alejado de Balestri que las polémicas, que siempre le parecían una exhibición de impotencia. Pero esa vez se vio obligado a intervenir porque Fontamara había encontrado lo que él llamaba el germen de sus pensamientos en algunos escritos que Balestri había cedido a la revista. En una breve nota, Balestri aclaró que su pensamiento no tenía ningún punto en común con el de Fontamara.

Al huir de Roma, Balestri huía de todos aquellos malentendidos que, a pesar de su voluntad, siguieron imponiéndose en las aulas llenas de estudiantes, en los cafés, en las reuniones políticas, y más adelante, en las salas heladas de los ministerios.

Una de las anécdotas más conocidas de Balestri ocurrió a su regreso a Nueva York. Balestri caminaba un día por la playa, en invierno, cuando un estudiante, que había asistido a una de sus conferencias, lo reconoció. Su padre, un empresario de la industria textil, le había pedido que le construyera una casa, pero el estudiante no estaba en condiciones de emprender todavía un trabajo semejante. La casa estaría emplazada en un bosque. El estudiante le pidió a Balestri que le dijera cuál era su presupuesto. Balestri dijo que lo pensaría y lo citó para el día siguiente en el mismo lugar.

Cuando el estudiante llegó, Balestri estaba concentrado en trazar con una ramita en la arena un complejo plano de la futura casa. Aunque algunos signos estaban un poco confusos debido a la dificultad que presentaba la arena, no faltaban los detalles de un plano habitual. A pesar de su corta experiencia, el estudiante se dio cuenta de que aquel dibujo en la arena representaba una obra extraordinaria. El estudiante hubiera pasado horas contemplando aquel plano, pero ya el mar se acercaba peligrosamente al dibujo, y pronto lo borraría por completo.

Balestri le propuso al estudiante lo siguiente: si era capaz de entender y memorizar el plano antes de que las olas lo barrieran, el proyecto era suyo sin necesidad de pagarle nada.

El estudiante, que no tenía a mano ni papel ni lápiz, tuvo que comprender y memorizar cada uno de los elementos. Una vez que la marea borró el dibujo fue corriendo a poner todo lo que había retenido sobre papel. Pudo conservar buena parte de aquellas ideas, y cuando la casa, al año siguiente, se terminó de construir, se convirtió en un sitio de peregrinaje para los estudiantes de arquitectura. Aunque estaba en el medio de un bosque, se la conoció desde entonces, sin embargo, como *La casa de la arena*.



A pesar de que estaba cada vez más lejos de volver a trabajar en la construcción de un rascacielos, Balestri se sentía invadido por una inexplicable sensación de triunfo, como si con su despido, con su condena, hubiera alcanzado un éxito secreto.

Había pensado tanto en *Zigurat* que a veces le parecía que el rascacielos realmente existía, y que él estaba en su interior, y que los planos y dibujos que realizaba eran como los que dibuja un preso para escapar de la prisión que lo rodea.

Una tarde, mientras cruzaba el puente de Brooklyn, Balestri vio a un hombre viejo, casi harapiento, que llevaba consigo un rollo de papel vegetal, de la clase que se usaba habitualmente para la confección de planos. Como si quisiera probar la firmeza del puente, golpeaba con ese improvisado bastón la estructura de metal. Se había detenido justo en la mitad del puente, y miraba a uno y otro lado, concentrado en alguna clase de cálculo, mientras hablaba para sí.

Balestri reconoció a Mactran. Nunca lo había visto personalmente, pero su foto había salido en el periódico. Aunque había renunciado hacía mucho tiempo a su plan de reclamar justicia, se acercó lentamente al viejo arquitecto. Mactran, completamente ajeno a lo que lo rodeaba, seguía hablando por lo bajo. Cuando Balestri estuvo junto a él, Mactran pareció salir de sus cálculos.

—¿Qué quiere? —preguntó, con alarma. En el puente eran bastante frecuentes los robos, y la semana anterior había aparecido degollada una mujer.

Balestri le explicó quién era; habló de la visita de Tarvis, de la entrevista con Moran y de su despido. Dijo que el club era una secta, una aberración; que los arquitectos no debían obedecer a ninguna autoridad.

Esperaba que Mactran confirmara sus prevenciones, que dijera que la sola idea del club le era abominable.

Pero Mactran dijo:

—Yo estuve entre los fundadores del club. Yo fui el que llamó a los otros, el que encontró el lugar donde nos reuníamos: un salón en el subsuelo de un hotel mugriento. Había siete lámparas encendidas, pero sólo seis funcionaban, y por eso lo llamamos el Club de las Seis Lámparas.

Y mientras caminaban por el puente, Mactran le contó la historia del club.

Así habló Mactran:

—En el siglo IV el emperador Justiniano envió a sus mejores expertos en derecho hasta los últimos rincones del imperio, para reunir la totalidad de las leyes existentes, y concentrarlas después en un código único, que estuviera a salvo de las diferencias geográficas y culturales. Quisimos hacer algo parecido. Nos reunimos en un hotel que tenía un salón subterráneo, destinado al juego clandestino. Contra las paredes había unos cuadros apagados que mostraban estatuas gastadas y columnas rotas entre la maleza. Siete lámparas de bronce, que no habían sido lustradas en años, iluminaban la sala. Uno de mis compañeros recordó *Las siete lámparas de la arquitectura*, de John Ruskin, que había leído en su juventud, y fue dándole a cada una de las lámparas el valor que le correspondía. La primera el sacrificio, la segunda la verdad, la tercera el poder, la cuarta la belleza, la quinta la vida, la sexta la memoria, la séptima la obediencia. Un holandés, cuyo nombre no recuerdo, hizo notar que la sexta no encendía. Los grandes monumentos, dijo, conservan el pasado a través de símbolos; el pasado visible, histórico, pero también el otro: el conocimiento que sobrevive sólo en el secreto. Es hora de que olvidemos todos esos monstruosos palacios de la memoria, esos Libros del Mundo hechos de piedra y mármol, y construyamos páginas en blanco, sin memoria ni significado; páginas vacías como el porvenir.

»El sótano estaba mal ventilado y todos fumábamos: de una reunión para otra, el salón conservaba el olor a encierro y a humo. Veníamos de distintos países, y con diferentes ideas acerca de lo que debían ser nuestras leyes generales. Analizábamos los viejos códigos de construcción que regían las torres sumerias, los reglamentos secretos de los arquitectos medievales, el complicado ceremonial masónico, que ve toda acción en el mundo bajo la forma de una construcción, el empeño de los chinos por huir de la simetría. Un arquitecto inglés trajo a las reuniones la experiencia de un grupo de santones hindúes, los arsami, que llevaban una vida de contemplación, dedicados a imaginar los templos más altos. La construcción efectiva iba contra su cultura, pero no la construcción imaginaria. Asistíamos maravillados al desarrollo de esas fábulas cuyos protagonistas eran las alturas y los volúmenes, y cuya moraleja nunca terminábamos de entender.

»Nosotros, los fundadores del club, reunimos todos estos reglamentos de procedencias tan disímiles para llegar a la redacción del nuestro. Me gustaba la idea de ese reglamento universal, según el cual los arquitectos no pertenecían a países ni ciudades, sino sólo a las ideas que nos imponían las alturas. Pero nuestras reglas, de tan universales, resultaron un poco abstractas y en no pocos pasajes, confusas. Los textos orientales, que frecuentábamos en exceso, nos contagiaron de cierto tono

ambiguo, que quizá provenía de los problemas de la traducción antes que de la sutileza del original. Aparecieron los intérpretes y después, los intérpretes de los intérpretes. Todos hablaban de la fidelidad; todos aplicaban las reglas según su conveniencia. Entonces me aparté. La sexta lámpara permaneció apagada; y era esa la lámpara que yo miraba cada vez que entraba en el sótano, como esperando que sola, sin ayuda, de pronto se iluminase.

»Cada vez que descubro huellas del club —mensajes de radio que se oyen en la madrugada en las oficinas de la compañía, papeles que dejan bajo la puerta, o la presencia sorpresiva de alguno de sus mensajeros— siento la culpa de haber colaborado con ese tribunal. Los sueños de la juventud son las pesadillas de la vejez.

Así habló Mactran. Y mientras los dos arquitectos caminaban hacia Brooklyn, Mactran le preguntó a Balestri, con un cierto tono de desinterés, a qué se dedicaba ahora, que había sido despedido. Balestri le habló del proyecto del parque de diversiones y de su conflicto con Piegari; una cosa lo llevó a otra y desembocó en *Zigurat*. Describió minuciosamente, sin apuro, animado por el silencio respetuoso de Mactran, la torre que había soñado; abundó en detalles sobre la dimensión mítica del proyecto; le pidió que se imaginara en lo alto de una gigantesca torre hueca, mirando hacia abajo el movimiento incesante de decenas de miles de personas. No supo cuál de las etapas de su invención había actuado sobre Mactran, pero el arquitecto lo miraba como si hubiera descubierto a un salvador.

—Venga mañana a mi casa. Quiero que conozca a mi hija.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, Balestri tocó a la puerta de Mactran. Lo atendió el mismo arquitecto, tan andrajoso como siempre, y lo llevó por corredores y salones hasta un cuarto en el fondo de la casa. Allí, una muchacha pálida escribía una carta; le tendió la mano con cortesía pero sin interés, y volvió a su trabajo. Sobre el escritorio se acumulaban cartas ya escritas: Balestri calculó que habría no menos de cincuenta.

Antes de que abandonaran la habitación rumbo a la sala, Mactran había empezado a hablar, sin preocuparse por lo que su hija pudiera oír, como si fuera sorda o idiota.

—Escribe cartas todo el día a gente que nunca ha visto, y lee, y a veces pinta a la acuarela. No le gustan los paisajes: prefiere naturalezas muertas. Nunca sale de la casa. Hace un par de años, la llevé conmigo a un largo viaje, en el que conocimos a cada uno de los grandes médicos europeos especializados en trastornos de estas características. El viaje estuvo lleno de precauciones y simulacros; para cuidar a mi hija hay que engañarla, convencerla de que vive en un cuento donde no existen los cielos, la lluvia, la tormenta. Pero ninguno de esos grandes nombres de la medicina psiquiátrica encontró una solución. Desde entonces está aquí, sin salir.

—Pero no parece enferma...

—No soporta los espacios abiertos. Si ahora mismo la arrancáramos de esa habitación y la empujáramos hacia la calle, sufriría un ataque de terror. El miedo aumenta con la noche y con la lluvia.

—¿Y si hace la experiencia? ¿Y si ella se da cuenta de que no le pasa nada malo?

—No se puede razonar con el miedo. Es como tratar de razonar con los caníbales, o con los anarquistas. Una noche, hace tres años, ya cansado de la impotencia de los médicos, la arrastré hasta una de las terrazas y la dejé afuera durante buena parte de la noche. Había llegado a pensar que así se curan estas cosas; una vez superado el pánico, se llega a la razón. Pero no: detrás del pánico hay más pánico. Cuando finalmente le abrí la puerta estaba sin conciencia. El médico que la atendió me dijo que un nuevo ataque así la mataría. Ella está condenada a estar aquí dentro, y esa idea es para mí intolerable. Me pregunto, cuando muera, quién se ocupará de cuidarla, de rodearla de techos y paredes.

Mactran sirvió en unas copitas un licor con un vago gusto a almendras, que preparaba la muchacha en sus tardes interminables.

—Cuando usted me habló ayer, y me describió su proyecto, entendí que era eso lo que necesitaba mi hija. Le conté cómo era su rascacielos y ella me escuchó como si se tratara de uno de los cuentos de hadas que le contaba para dormir. Sintió lo mismo que yo: que es ese el lugar que ha estado buscando; que sólo allí pueden convivir el mundo y el encierro. Quiero que usted mismo le cuente ese cuento. Quiero ver en sus

ojos lo mismo que vi ayer, cuando le hablé de nuestro encuentro en el puente. Prométame que lo hará, arquitecto, y yo me ocuparé de que usted vuelva a la compañía.

A partir de ese día, Balestri comenzó a frecuentar a la muchacha durante las tardes. Una mucama traía dos tazas de té en una bandeja de plata. Al principio, mientras él hablaba de su proyecto, Vera Mactran no dejaba de escribir cartas; pero luego su escritura se hizo más lenta y distraída, y al final llegó a mirarlo a los ojos y a hacer alguna pregunta. Tenía ojos grandes e inmóviles y sólo servía para prestar atención.

Mactran le había explicado:

—Usted viene de afuera y todavía encarna el exterior. Pero a medida que ella se familiarice con usted, entenderá que ya pertenece a la casa, al mundo cerrado que la rodea. Cuando esté completamente adentro, ya no tendrá secretos. Habrá comprendido que no se trata de una invasión.

Balestri aprendió algunas claves para dejar atrás el exterior: lo fundamental era no tener ninguna señal en la ropa de lo que ocurría afuera. Un impermeable mojado por la lluvia, o los zapatos embarrados, o un sombrero que conservaba unas hojas secas provocaban el absoluto rechazo de la muchacha. También las palabras debían ser elegidas con mucho cuidado: al hablar de *Zigurat*, Balestri se preocupaba por que el edificio fuera siempre descrito desde el interior, nunca desde afuera.

Hubiera podido retomar su carrera como arquitecto independiente, porque los encargos no cesaban de llegar. Pero Balestri tenía una sola idea en la cabeza, y esperaba con paciencia, en la habitación de la muchacha, frente a dos tazas de té que se enfriaban, que la siguiente puerta se abriera.

Los martes y los viernes, Balestri tomó la costumbre de conversar con Mactran en la biblioteca de la casa. Los estantes polvorientos, llenos de volúmenes que Mactran había heredado de su padre, trataban únicamente de arquitectura. Balestri de vez en cuando se subía a la escalera y tomaba uno de los libros; pesaban tanto que corría el riesgo de caer. Cuando intentaba interrogarlo sobre el Club de las Seis Lámparas — dónde se reunían, quiénes eran sus autoridades, cuál era su poder real—, Mactran respondía con evasivas.

La memoria de Mactran volvía siempre a los primeros tiempos del club, cuando los fundadores habían recibido, en el salón lleno de humo, a arquitectos venidos de lejos. A algunos los había olvidado por completo, pero desde hacía un tiempo se había vuelto más nítido en el recuerdo aquel arquitecto inglés, pálido y con las manos temblorosas a causa del opio, que había hablado de aquellos santones hindúes, los arsami. No sabíamos quién era ni cómo había llegado allí, y así como vino desapareció, dijo Mactran.

Los arsami empezaban por imaginar la planta baja del templo, y sólo pasaban al primer piso cuando habían visto con claridad hasta la última lámpara y el más pequeño de los insectos que giraba a su alrededor. Un piso podía llevarles un año o un día; a veces encontraban en algunos pisos superiores un agujero por el que caían al vacío; otras veces, la misma torre, por un defecto en los cimientos, se derrumbaba. En estos casos, el santón, el arsami, aprisionado en su visión, moría. Cuando la visión lo abandonaba y no podía seguir construyendo, entonces se limitaba a dejar esa vida y a retomar alguna antigua ocupación. Cuando sus edificios mentales llegaban a una buena altura, los arsami perdían la palabra. Estos hombres santos trabajaban con códigos de construcción muy precisos; el hecho de que se tratara de edificios inmateriales, lejos de disminuir los problemas técnicos, los aumentaba hasta extremos indecibles. Por eso sus códigos debían ser tan rigurosos; además sus torres imaginarias sostenían, de acuerdo con sus creencias, el edificio del mundo.

—No había vuelto a pensar en aquello desde que lo vi a usted, Balestri. Cuando lo escuché hablar, recordé el relato de aquel inglés. Usted no es un arquitecto: es un arsami. Tenga cuidado con las cosas que piensa. Caer desde las alturas imaginarias también es mortal.



Silvio Balestri y Vera Mactran se casaron según el rito metodista el 15 de mayo de 1927. La ceremonia se hizo dentro de la misma casa, para no exponer a la mujer al exterior. Un pastor alto y pálido, amigo de juventud de Mactran, condujo la ceremonia con el tono preciso y desapasionado de una transacción bancaria. Balestri se mudó al primer piso, donde tomó un cuarto propio con vista a la calle. Desde el comienzo quedó en claro que dormirían en cuartos separados.

No dejó, sin embargo, su viejo departamento, que siguió usando como estudio y, sobre todo, como lugar de encuentro con Anna. Al principio, Anna se había convertido en una verdadera amenaza para los planes de Balestri; en medio de gritos destemplados, prometía llevar sus escenas a la casa de Mactran. Balestri se vio obligado a pedirle a Caylus que intercediera. Nunca supo cómo Caylus encontró las palabras adecuadas ni qué fue lo que convenció a Anna, pero desde ese momento aceptó dócilmente la situación.

Balestri, que era un hombre metódico, hizo de su doble vida un ritual. Dedicaba las mañanas a Vera y luego partía para su estudio, donde lo esperaba Anna, además de su trabajo. La sobrina de Caylus, siempre vehemente, borraba con su charla y con su cuerpo los rastros de Vera: la apatía, el temor, el rechazo al mundo. Pero Balestri, que había visto en Vera no un amor, ni siquiera una mujer, sino un instrumento para cumplir con sus planes, descubrió, al cabo de los meses, que la muchacha pálida le daba una paz que Anna jamás podría darle. Había encontrado en Vera una interlocutora para su proyecto: podía escucharlo hablar durante horas de detalles mínimos de la construcción —siempre detalles *interiores*—; mientras que a Anna todo lo que tuviera que ver con arquitectura le aburría. Apenas Balestri hablaba de su trabajo, Anna empezaba a bostezar.

Mientras tanto, Vera había empezado a vivir en *Zigurat*, era *capaz* de señalar detalles que al mismo Balestri se le habían escapado, recordaba cada rasgo de la construcción como si la hubiera visto con sus propios ojos. No actuaba como la futura habitante de una construcción utópica, sino como la nostálgica sobreviviente de una ciudad tragada por el mar.

Unos días antes de su casamiento, Balestri regresó a su lugar de trabajo en el penúltimo piso de Moran, Morley & Mactran. Durante su ausencia nadie había ocupado su oficina. En el cajón de su escritorio encontró sus viejos papeles. Sabía que su retorno había disgustado a Morley y que éste había tratado de convencer a Moran de dejarlo afuera, como un gesto de buena voluntad hacia el Club de las Seis Lámparas. Pero, o bien Moran ya había descubierto la traición de Morley, y sabía que era culpable del paso de información a los competidores, o bien no le interesaba la opinión del club; por una razón o por otra, Moran terminó por ceder a la presión de Mactran. Las decisiones de la Compañía siempre se habían tomado —ya desde los tiempos de los fundadores, sus padres— por unanimidad; pero Mactran se preocupó por rescatar el reglamento original, guardado en una caja de madera con tapa de cristal, donde decía, en su artículo decimoséptimo, que bastaba con una simple mayoría. Contra el voto de Morley, Balestri regresó.

Convencido de que ese triunfo inicial aseguraba el siguiente, Mactran hizo circular una carpeta con un resumen del proyecto de Balestri. Moran ni siquiera respondió, pero Morley se preocupó por redactar una respuesta de cuarenta y cinco páginas, que incluía un informe adicional con respecto al club: más allá de los aspectos financieros, muy arriesgados, la construcción de la torre implicaba la aceptación de una victoria enemiga; esto era: rendirse al significado y enfrentarse directamente con el club. Todas las normas que habían regido sus acciones quedaban anuladas por aquellos fantasmagóricos bocetos de una torre que aún sobre el papel tenía el aspecto de algo confuso e inacabado.

Balestri y Mactran evitaban hablar de estos problemas delante de Vera. No querían inquietarla.

El comedor de la casa de Mactran era un gran salón lleno de muebles altos y oscuros como confesionarios, que habían permanecido cerrados con llave desde la muerte de la señora Mactran. Las llaves se habían perdido, y ni el arquitecto ni su hija habían tenido interés suficiente en saber qué guardaban los muebles. Probablemente vajilla de porcelana, o manteles ya deshechos por las polillas, o recuerdos de juventud. Mactran, Vera y también Silvio (cuando no lo demoraba su trabajo) cenaban en el gran comedor, y eran tan profundos los silencios entre una pregunta y su respuesta, o entre un comentario y otro, que se oían con claridad los crujidos de los muebles cerrados para siempre, suplicando por las llaves perdidas.

Pero una noche Mactran habló más que lo habitual: tenía que confesarle a su yerno que habían sido vencidos. Balestri lo dejó hablar durante diez minutos, pero antes de que su pesimismo llegara a una conclusión, lo interrumpió:

—Morley es un traidor. Moran lo sabe.

—No es lo que diga Morley lo que me preocupa, sino el silencio de Moran. No aprueba nuestro proyecto, y si él no lo apoya con claridad, los accionistas tampoco. Es a él a quien hacen caso, no a mí ni a Morley.

—Moran terminará por ceder. Hay que seguir en alguna dirección, y Morley no es capaz de señalar ninguna. Solamente nosotros...

—¿Nosotros? Antes decía *nosotros* para referirme a los otros directores, o a Vera y yo. Pero ahora me cuesta decir *nosotros*. Es la única palabra que puede mentir sin necesidad de un predicado. *Nosotros*... Voy a retirarme. Ya no tengo por qué seguir en la Compañía. La vieja unidad que teníamos se ha perdido. Soy un extraño para ellos y ellos para mí. Nunca dejamos de ser hijos de nuestros padres; somos niños a los que dieron este complicado juguete para armar, y ahora no sabemos qué hacer con él. Siempre fuimos los hijos, siempre estuvimos a la sombra de los fundadores.

Del otro lado de la mesa se oyó la voz de Vera.

—Me prometiste un lugar donde estaría a salvo.

—No puedo construir ese lugar... Pero conseguí a este hombre. Sé que Silvio siempre te cuidará. Al aceptarte en matrimonio, tomó el compromiso de agrandar tu mundo tanto como sea posible.

—Lo quiero agrandar, pero hacia arriba. Déme un año antes de renunciar.

—¿Un año más de esas reuniones? ¿Un año más de soportar las intrigas de Morley, los cálculos de Moran? Le doy un mes.

—Que sea un mes entonces. A partir de mañana.

A la mañana siguiente, Balestri visitó a Caylus, que entonces se esmeraba por construir un proyecto que involucraba a dos torres de distinta altura, unidas por tres puentes colgantes. Hablaron de la situación en la compañía y lo lejos que parecía estar su proyecto; en cierto momento Balestri dijo algunas palabras sobre Anna, y Caylus lo interrumpió.

—Que eso no lo preocupe. Anna es de las que saben esperar. Todas sus energías tienen que estar puestas en el proyecto.

Antes de irse, y como si se tratara de una maniobra sin importancia, Balestri escribió su segundo deseo y lo dejó en la boca del dragón.

Dos meses antes de la primera caída de la Bolsa, la empresa ya había empezado con los despidos. En un primer momento echaron en un mismo día a cincuenta personas. Los jefes de personal de las empresas siempre recomendaban este método drástico, porque sabían que generaba un sentimiento de gratitud entre quienes conservaban el trabajo, y esto evitaba que establecieran alianzas con los que habían quedado afuera.

Sin embargo, a medida que la crisis económica se profundizó, los despidos siguieron de un modo progresivo, no ya como una catástrofe sino como una erosión. Hubo despidos en todos los sectores; echaron secretarias, cadetes, miembros de la administración, ascensoristas, obreros, cocineros, empleados de la limpieza, gerentes técnicos, ingenieros, arquitectos. Los que quedaban empezaron a trabajar el doble, para dar pruebas de su eficacia; pero cuando notaron que el derrumbe financiero, lejos de ser un fenómeno pasajero, proyectaba su sombra sobre los años que vendrían, comprendieron que esa misma productividad resultaba perjudicial para su suerte en la empresa. La clave para sobrevivir consistía en pasar inadvertido. Así fue cómo dejaron de saludarse en pasillos y ascensores y rara vez sacaban la mirada del suelo. Cuanto más anónimos fueran ante el dios o el sistema que determinaba, caprichoso y feroz, los despidos, más durarían.

Afuera, en la calle, los expulsados hacían cola frente a los camiones amarillos del gobierno, que repartían una sopa agria de cebollas y un trozo casi negro de pan de cebada.

A pesar de las multitudes que perdieron su trabajo, y de las fábricas que cerraron sus puertas, y de los sectores enteros de la ciudad que quedaron apagados y abandonados, se siguieron levantando rascacielos.

Los constructores intentaron llegar más alto de lo que ninguna obra humana lo había sido jamás, y así, con su ambición, apagar el aire de derrota que se extendía por todas partes. Pero los rascacielos, que ellos querían convertir en símbolo del renacimiento del país, no escaparon al sino trágico de la época. Los primeros suicidios de empresarios y de corredores de bolsa entusiasmaron a muchos otros suicidas potenciales. Ninguno de ellos se disparaba un tiro o se envenenaba con cianuro o se arrojaba al paso de un tren: todos elegían saltar de un rascacielos. Al principio los porteros estudiaban a los que entraban con el fin de identificar una mirada demasiado fija, un semblante pálido, un paso incierto. Pero no existía un método científico para reconocer a los suicidas, y estos burlaban las barreras. Los ejecutivos en bancarrota clavaban la vista en su reloj mientras subían en los ascensores, como si los aguardara una cita urgente; pero apenas encontraban una terraza o una ventana se tiraban al vacío. Era difícil reconocer a pálidos entre los pálidos, a los hastiados entre los hastiados, a los perdidos entre los perdidos. Los consorcios de los edificios más altos procedieron a cerrar sus grandes terrazas, que antes habían sido un orgullo, y en las que había telescopios para mirar las maravillas de la ciudad.

Una de las víctimas de la epidemia fue el arquitecto Jerome Morley, que saltó del último piso del edificio de la compañía, y se estrelló contra el techo de un Ford estacionado en la calle. La muerte de Morley, que no tuvo testigos, resultó inexplicable para la prensa, ya que la compañía, lejos de haber quebrado, a pesar del derrumbe general, había conseguido un repunte de sus actividades gracias a algunos contratos del gobierno, que esperaba salir de la crisis a través de la contratación de obra pública.

Morley no había tenido hijos; un sobrino, hijo de su hermana, trató de compartir el triunvirato pero fue rechazado por los otros dos miembros. De tal manera que el aspecto financiero de la compañía siguió en manos de Moran, y el aspecto arquitectónico se concentró en Mactran.

Mactran delegó todas sus funciones en Balestri, y le dejó el terreno libre para ejecutar su proyecto. Moran se escandalizó, pero pronto se dio cuenta de que no había forma de volver atrás. Por otra parte, apenas se pusieron en marcha las cosas, fue evidente que a los funcionarios del ayuntamiento no les disgustaba el monumentalismo de *Zigurat*, que permitiría crear una sensación de productividad en medio de la ruina.

Balestri comenzó a recorrer toda la ciudad en busca de un lugar apropiado. Al principio se entusiasmó con un predio en el que se levantaba un grupo de edificios que se habían incendiado a principios de los años veinte. Tres de los cuatro ingenieros en suelos dieron un informe positivo, pero el más joven, Finn, escribió un contundente informe negativo. A partir de entonces Balestri dejó de prestarle atención a los otros ingenieros y se hizo inseparable de Finn, un experto en excavaciones, que a pesar de su juventud ya había trabajado en pozos petroleros de Texas y Venezuela.

Ocho meses más tarde, y luego de haber recorrido la ciudad en busca de un sitio apropiado, Finn dio su aprobación a un terreno donde funcionaba un circo, o lo que quedaba de él. Se trataba del circo Dahoney, una de las grandes compañías que habían recorrido en el pasado todo el territorio del país, arrastrando decenas de remolques, y asombrando a su cambiante público con su elenco de artistas europeos, una cantidad de animales que superaba la de los zoológicos y una galería de fenómenos humanos. La crisis había hecho que el circo quedara abandonado en medio de la ciudad, y había condenado a los últimos artistas a dar funciones por centavos. La mayoría de los animales habían sido vendidos a zoológicos y coleccionistas y los últimos artistas sobrevivían a duras penas en una carpa raída, que ya parecía más una feria que un circo.

Una vez que compraron el terreno, obligando al circo a un último e incierto traslado, Finn convenció a Balestri de aplicar nuevas técnicas de excavación, más rápidas y eficaces. Además de las excavadoras tradicionales, alquiló máquinas preparadas para excavar túneles, que trabajaban con dos brocas a la vez, una dentro de la otra, que giraban en sentido contrario. A Finn no le interesaba la construcción, y cuando Balestri le hablaba de sus planes, le cambiaba de tema inmediatamente. Consideraba que los edificios arruinaban lo que era verdaderamente bello: aquellos gigantescos pozos que se esmeraba en excavar. Finn hizo rodear el foso de una impenetrable muralla de hormigón.

En los primeros tiempos de la excavación los obreros de Finn extrajeron del suelo esqueletos de grandes animales: dos elefantes, una jirafa, un oso, un león de casi tres metros de largo. También encontraron los restos de un acromegálico que había formado parte de la troupe.

Mientras tanto, Balestri había impuesto cambios fundamentales en el funcionamiento de la compañía. Sus instrucciones recorrían el edificio; pero sus mensajes habían quedado afectados por el lenguaje del penúltimo piso, y las dificultades de interpretación se convertían en modificaciones sorprendentes a su idea original. Su secretaria transmitía órdenes telefónicas todo el tiempo, a lo que se sumaban los mensajeros que llevaban y traían planos en unos pesados cilindros de bronce que se ataban a la espalda con una correa de cuero.

Balestri quiso conocer las oficinas de Grijer y de Thessau, sus antiguos compañeros del penúltimo piso. La de Grijer estaba vacía, porque el arquitecto había decidido mudarse a Boston. Cuando golpeó a la oficina de Thessau lo atendió un hombre inmensamente gordo y hosco, de barba y cabellera enmarañadas, que no demostró ninguna curiosidad por Balestri, y que no parecía dar ninguna importancia a su poder. Le bastó una mirada al interior para comprender que Thessau tenía tal apego a su trabajo que dormía entre aquellas paredes. Había botellas vacías y bandejas con restos de comida. Balestri le entregó a él los planos de la cúpula del edificio, para que agregara a sus bocetos algunas precisiones técnicas. Lo fundamental de la cima, le explicó, es que dé un aspecto de obra inconclusa, pero no inconclusa porque ha sido abandonada, sino porque puede ser continuada en cualquier momento. Quiero que los otros edificios sientan esa amenaza, quiero que tengan miedo de que *Zigurat* pueda crecer aún más. A pesar de la dificultad que importaba tal encargo, Thessau recibió las instrucciones sin hacer una pregunta o demostrar algún interés.

A los arquitectos de los otros pisos Balestri encargó el desarrollo de numerosas invenciones que sólo había llegado a bocetar: los puentes que cruzaban los abismos, el salón colgante, sostenido por cadenas, las escaleras móviles, que girarían sobre su propio eje para empalmar con otros tramos de escalera. A medida que avanzaba, más cosas quedaban por hacer, porque se daba cuenta de que los picaportes tradicionales no lo conformaban, y prefería otros con forma de garra, y lo mismo ocurría con los pisos, cuyo diseño no debía ser uniforme, sino calculadamente distorsionado, para dar a los pasillos una impresión de infinito, y con las barandillas de las escaleras, que quería ver cubiertas de escamas de bronce... Él mismo se ocupó de diseñar el uniforme que habrían de llevar los ascensoristas y los porteros y los encargados de limpieza; y luego se ocupó de las lámparas de los pasillos, que recordaban a mayúsculas góticas, y la gigantesca araña del salón del subsuelo, que parecía crear la misma oscuridad que espantaba. Agregó un sistema de tubos neumáticos que se le ocurrió en una noche, y un dirigible que recorrería el vacío central. Y cada idea que tenía requería una mayor contratación de personal. Pronto el número de empleados



volvió a ser el de los años veinte, antes de la caída de la Bolsa.

El edificio, como un animal antediluviano que hubiera acumulado un hambre de milenios, estaba dispuesto a devorar todo lo que Balestri tuviera para ofrecerle. Cuantos más planos entregaba, y más trabajos encargaba, más cosas parecían faltar. La altura era un problema menor comparado con ese crecimiento hacia dentro, que exigía pasajes subterráneos recorridos por mínimos trenes eléctricos, cortinados púrpura donde abundaban, como referencia babélica, signos que nunca se repetían, pisos calcáreos que imitaban las piedras de la luna. Había pensado destinar un subsuelo entero a las maquetas de Caylus, pero su amigo rechazó la idea: estaba muy bien donde estaba, en su pequeño local mal iluminado.

Una tarde, a la hora en que los operarios dejaban el foso, Balestri recibió la visita de Jack el deshollinador. Tarvis vestía la misma ropa de la vez anterior, pero quizás a causa de que la luz del día no había desaparecido aún, su traje lucía más raído. Cuando Tarvis se acercó a él, cojeando ligeramente de la pierna izquierda, Balestri pensó que no era sólo el mensajero de los arquitectos, sino el representante de todos los problemas y los obstáculos que lo habían cercado desde siempre. Tarvis estaba en connivencia con todas las cosas malas de la vida: las charlas banales de los matrimonios fracasados, la espera en el sillón del dentista, los dolores de cabeza, las obligaciones impostergables, la lenta agonía de las tardes de domingo. Él podía pensar que se había librado de todas esas cosas, y que por fin tenía el rascacielos con el que había soñado desde los tiempos de sus paseos con Pollak. Pero aquí venía Jack el deshollinador, silbando su melodía, para poner las cosas en su lugar.

Aferrado a la baranda de madera, Tarvis se asomaba a la excavación.

—Me dijeron que aquí encontraron enterradas grandes bestias africanas y los huesos de una ballena —dijo.

—Encontramos mucho menos que eso.

Tarvis arrojó una piedra hacia abajo, como si tratara de calcular la profundidad del pozo.

—Esperaba que los rumores no fueran ciertos. Esperaba poder defenderlo ante los otros. Pero usted fue más lejos que nadie. Vaya a hacerle una advertencia más, me dijeron. Mactran es un hombre enfermo, pero con Balestri tal vez haya alguna esperanza.

—Mactran fue uno de los fundadores del club. Él sabe bien hasta dónde se han desviado. En un principio fue una sociedad honorable, pero ahora sus inteligencias se han corrompido con la ilusión de un poder mundial.

—Mactran no puede juzgar las cosas de un modo apropiado. Se apartó de nosotros porque es un padre atormentado. Cree que puede construirle a su hija un mundo. Yo no tengo hijos, pero de todos modos sé que los hijos deben ir a vivir en el mundo, esté en el estado en que esté.

Tarvis sacudió ligeramente la baranda, como para probar su firmeza.

—Su casamiento con la chica enferma fue para nosotros una lección. Pensábamos que teníamos que enfrentarnos con alguien más débil y menos obcecado. Hasta ahora nos manejábamos como colegiales, o más bien como los miembros de una cofradía universitaria. Creíamos que darle la espalda a alguien era el mayor castigo que se podía imponer. Pero usted nos ha hecho madurar. Dimos un paso adelante, salimos del salón en el sótano, salimos del whisky y de los cigarros y entramos en el mundo real.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de hacer volar la galera de Tarvis. Se la ajustó en su cabeza.

—¿Sabe quiénes son sus verdaderos lectores, los únicos que se preocupan por encontrar hasta el último sentido de sus palabras? ¿Sabe quiénes son los únicos a los que *Zigurat le* importa? Están encerrados en sus estudios, frente a mesas gigantescas, dibujando sus planos sin preocuparse por la fuerza humana que haya que poner en movimiento, porque saben que la suma del poder público estará a su servicio. También esclavos. Todavía son invisibles. Todavía trabajan de noche. Modificarán los edificios, las ciudades, los países. En los bolsillos guardan sus artículos, en páginas arrugadas arrancadas de las revistas. Este pozo, y su edificio, que es también un pozo, serán para ellos un faro. Se dirán: uno de los nuestros está allí. Uno de los nuestros nos está haciendo señales en la oscuridad. Y susurran su nombre, como una contraseña.

—Todo eso es un malentendido.

—¿No le hicieron leer a los trágicos griegos en el liceo? ¿No leyó Shakespeare? Todas las tragedias consisten en un malentendido. Cuando las cosas finalmente se aclaran, todos están muertos.

Todas las noches, al llegar a su casa, muy tarde, Balestri se daba un baño, comía algo en la cocina —siempre solo, porque Mactran y su hija cenaban a las siete— y luego iba al cuarto de su esposa a contarle lo que había hecho en el día, con la sola excepción de sus encuentros con Anna. Vera lo esperaba despierta, lo escuchaba en silencio, y sólo interrumpía para pedir precisiones sobre el avance del edificio. Sus preguntas no eran en absoluto ingenuas: Vera tenía un profundo conocimiento de los datos técnicos del proyecto. Se había criado rodeada de planos y maquetas. Desde luego, esos conocimientos siempre se referían a rasgos interiores: no sabía nada del aspecto inacabado de la cúpula, ni del modo como se sellaban las grandes placas de cristal para que no entrara la lluvia, ni del pararrayos en forma de espiral, ni del faro que advertiría a los aviones la presencia del edificio y que sería la primera luz que verían los barcos que se acercaban a la ciudad.

Vera aceptaba con paciencia las demoras en la construcción: Balestri sentía que aquel espacio imaginario la ayudaba a vivir, y que acaso esperaba con temor el día en que la torre estuviera terminada. A veces Vera comenzaba a hablar con entusiasmo de esa noche inaugural, cuando una multitud de invitados de todo el mundo, y las autoridades de la ciudad, y los grandes empresarios, y actores y actrices del cine y cientos de periodistas y fotógrafos entraran a la vez en el edificio más grande del mundo, y ella encabezara la comitiva al lado de Balestri, con un vestido azul y jeroglíficos de oro como alhajas. Pero en mitad de la charla se quedaba cansada, como si de pronto hubiera comprendido que todo aquello era en realidad una pesadilla, y que el edificio sería tan grande que hasta era posible que los mecanismos de alerta de su enfermedad detectaran aquel espacio cerrado como un exterior, y lo clausuraran como habían clausurado antes tantos otros sitios, para devolverla al hogar de donde nunca debería haber salido. Entonces se iba a la cama y Balestri pensaba que su matrimonio no le había dado una esposa sino una hija, a la que todas las noches debía contarle el mismo cuento, para que pudiera dormir en paz. Ella, como *Zigurat*, devoraba todo lo que él podía darle.

Balestri trabajaba tanto que empezó a sufrir un cansancio permanente. Sólo su obsesión lo mantenía despierto y en acción. Los encuentros con Anna se empezaron a hacer menos frecuentes; la muchacha, que al principio le hizo algún reproche, después se resignó a esas visitas esporádicas en las que Balestri no podía evitar hablar de sus problemas. El departamento empezó a tener un aspecto cada vez más descuidado: un libro caído se llenaba de polvo, el agua de los floreros se pudría y los fragmentos de una taza rota quedaban durante días en el suelo.

Los episodios de vértigo que había sufrido en el viaje a Italia se repitieron. Estaban acompañados por otros fenómenos: a veces le parecía haber vivido ya una situación que era nueva; otras veces tenía el recuerdo exacto de un determinado hecho, que en realidad sólo había ocurrido en su imaginación. Esto le provocaba problemas con sus colaboradores; como tardaba en reconocer la naturaleza de esas distorsiones, acusaba a la gente que estaba bajo su mando de engañarlo. Tenía la sensación de que había un doble que se le adelantaba para cumplir con sus obligaciones, y que a la vez borraba las cosas que él había hecho, con el solo fin de enloquecerlo.

A causa de esta fatiga profunda, también se acostumbró a las alucinaciones visuales: confundía a una persona con otra, creía que había alguien más en su oficina cuando en realidad estaba solo; leía, en un informe cualquiera, algo que no estaba escrito. Aunque estos percances lo fastidiaban, se acostumbró a ellos: por eso, cuando distinguió a Greta en la multitud, frente a la entrada del edificio de la compañía, le pareció natural que un detalle de su vida pasada se colara dentro de las alucinaciones provocadas por el cansancio. La mujer, o su fantasma, llevaba un vestido verde, algo gastado, y una cartera pequeña, negra, cuya correa había sido zurcida sin mayor esmero. Tenía el mismo aspecto que la mayoría de las mujeres de la ciudad: alguien que ha pasado por mejores momentos.

La primera vez pensó que se trataba de una alucinación y la dejó alejarse, aunque con cierta aprensión. Las alucinaciones, pensó, no se alejan: desaparecen. Pero la segunda vez que la vio, estuvo seguro de que era una mujer de verdad, asombrosamente parecida a su esposa, y hasta era posible que fuera vagamente consciente de ese parecido.

El tercer encuentro ocurrió a la mañana, cuando estaba por entrar en el edificio de la compañía. Tuvo la impresión de que alguien lo seguía; al darse vuelta de golpe, descubrió a la mujer, a treinta metros de distancia. La mujer se dio vuelta y comenzó a caminar veloz hacia la boca del subterráneo. Balestri corrió, seguro de alcanzarla, porque los zapatos de taco la obligaban a avanzar con cuidado y lentitud. Al enfrentar la escalera del subterráneo se topó con una multitud. Todos estaban apurados,

nerviosos, los ojos clavados en el frente, agitaban carteras, portafolios y paraguas. Complotados en una alianza subterránea, habían dejado pasar a la mujer, pero cerraron filas cuando Balestri intentó seguirla.

Después de algunas noches de insomnio, decidió contratar a un detective privado. Al principio pensó en acudir a la agencia de detectives que llevaba los casos de la compañía: sobre todo los pequeños robos y la venta de información a empresas rivales. Pero Caylus lo convenció de que era mejor hacerlo con alguien de afuera, para no mezclar a la compañía con su pasado. Cuando le preguntó a Caylus si conocía alguno de confianza, su amigo le respondió, sonriendo, que él conocía criminales, pero no detectives.

En la página de policiales de un diario de la tarde, Balestri encontró un pequeño aviso. Estaba en el ángulo inferior de la página, y mostraba un gran ojo detrás de una lupa. La agencia se llamaba Nolan Investigaciones y, según decía el aviso, hacía más de treinta años que el detective Nolan se dedicaba a su trabajo.

La oficina quedaba encima de un cine. Mientras Balestri subía la escalera le llegaban las voces y la música de la película, y Balestri sintió como si de algún modo él mismo estuviera entrando en un film. Detrás de una puerta con vidrio esmerilado lo esperaba un joven de poco más de veinte años, que todavía luchaba con el acné. Balestri pensó que era el chico de los mandados del detective. Pero el muchacho le tendió una mano insegura y se presentó: Soy el detective Nolan. Cuando Balestri le preguntó si era *el verdadero Nolan*, quien, según el aviso, tenía más de treinta años en el negocio, el muchacho le dijo que en realidad *el verdadero Nolan* era su tío, que había muerto dos meses atrás. Señaló una foto que colgaba de la pared: en un marco negro, un hombre de sombrero de unos cincuenta años intentaba desterrar de su cara todo rasgo de emoción. Murió por causas naturales, agregó el joven Nolan, como para que no quedaran dudas de que nunca había existido un criminal capaz de sorprender a su tío en un descuido. Él había heredado la oficina, el empleo y, a juzgar por el traje tres tallas más grande que vestía, también su guardarropas. Su tío había resuelto muchos casos difíciles, y él estaba por hacer lo mismo. Había podido trabajar muy poco con él, pero en esos pocos días había aprendido todo lo que necesitaba saber.

A pesar de su evidente inexperiencia, Balestri lo contrató: era barato y anónimo. Parecía tan insignificante que Balestri podía estar seguro de que no traería resultados, pero tampoco problemas. El joven detective aceptó unos billetes como adelanto, y por el temblor con que los tomó Balestri supo que no había tocado una suma semejante en su vida.

Balestri estaba preparado para la ineficacia del joven Nolan, pero no para la magnitud de sus esfuerzos. A partir de aquella breve entrevista en su oficina, Nolan empezó a acosarlo para pedirle pistas: viejas amistades, papeles que hubieran quedado olvidados en un cajón, los nombres de sus vecinos. Quiso contactarse

también con la familia de Greta en Montevideo, pero Balestri, sin darle razones, se lo impidió.

Cada semana Nolan le entregaba un informe completo donde constaban todos los pasos que había dado. Al principio Balestri leyó los informes, pero después empezó a dejarlos caer en el cajón del escritorio sin echarles una mirada. Los informes eran exhaustivos, y estaban llenos de datos inútiles y de errores de ortografía. Cansado de los continuos llamados y las apariciones imprevistas de Nolan, Balestri le advirtió que no lo molestara hasta que no tuviera una pista firme.



Al cabo de dos meses, Nolan lo llamó y le dijo que había encontrado algo. Balestri prefirió hablar en la oficina del detective; dos horas después de recibir la llamada, subió por la angosta escalera mientras oía los disparos y los gritos que venían del cine. En las últimas semanas, Nolan se había dejado un bigote que tenía algo de falso, como si fuera un postizo que un niño se pone en una fiesta de disfraz.

Nolan lo invitó a sentarse pero él se quedó de pie, para que el otro hablara rápido. Le había dado al detective una misión en la vida y esa misión lo había transformado. Nunca antes le había ofrecido nada para tomar: ahora lo convidó con un bourbon, que sirvió en dos vasos sucios.

—La mujer que encontré en la calle es su esposa. No está muerta, como usted declaró, ni está loca, ni fue secuestrada. Cuando desapareció, aquella noche, hace tantos años, no lo hizo contra su voluntad. Llegó hasta la puerta del edificio y estuvo a punto de ir a su departamento, pero ese día el ascensor no funcionaba —Balestri, vagamente, recordó el detalle del ascensor—. Ella estaba subiendo por las escaleras, con mucha lentitud, porque estaba cansada después de tanto andar por las grandes tiendas, cuando oyó, desde el fondo de un pasillo, la melodía de una trompeta. Aunque era tarde, decidió que no perjudicaría a nadie si se demoraba un segundo más escuchando aquella música. La puerta del departamento del fondo estaba abierta y el trompetista, al notar su presencia, la invitó a pasar. La señora Balestri elogió el modo de tocar de aquel hombre, que era un músico de jazz que estaba sin trabajo, y le preguntó cómo se llamaba aquella canción. Él respondió que no tenía nombre, que las canciones nunca tienen nombre, que se las llama de un modo u otro para identificarlas pero que eso es una traición. Él no traicionaba a la música, y por eso nunca decía los nombres de lo que tocaba. La señora Balestri se quedó a conversar con él y se sentó en una silla. Como los pies le dolían, se quitó los zapatos: fue un primer gesto de intimidad. Pronto se hizo tan tarde que no se animó a subir a su casa. Durmió allí, en el departamento del músico, tendida en un sillón, justo debajo de su propia casa. Si usted abrió la ventana esa noche, seguramente oyó las notas de la trompeta.

»Y así, sin tomar una decisión, la señora Balestri se quedó a vivir allí. Le pareció algo natural, como si sus anteriores ausencias condujeran, por un camino inevitable, hacia esa ausencia definitiva.

»Los primeros días lo estudiaba a usted, quería saber si la extrañaba, si estaba dispuesto a buscarla. Desde la ventana, siguió con atención los pasos de su investigación. Cuando usted golpeó la puerta del músico, para preguntarle, como había preguntado a todos los vecinos, si sabía algo de su mujer, ella estaba escondida en la cocina, y estuvo a punto de salir y echarse en sus brazos. Pero algo la retuvo.

Comprendió que usted la buscaba, pero no como un marido busca a su esposa, con amor y desesperación: la buscaba como quien busca la respuesta a un problema lógico. Eso la empujó a seguir viviendo en el departamento de abajo.

Aquí Balestri lo interrumpió para preguntar si el músico de jazz era negro, ya que no recordaba a sus vecinos, y sólo tenía una vaga sensación de haber oído aquella música subiendo desde abajo. Fue la única pregunta que hizo. El detective respondió que no; el músico era blanco, y tenía un apellido holandés.

—Ella vivió encerrada durante un mes, sin salir, por temor de que usted o alguno de sus vecinos la viera. Transcurrido ese mes decidieron que tenían que elegir otro lugar para vivir. Alquilaron un departamento a veinte calles de distancia y ahí vivieron un tiempo. Con los años, al músico le fue mejor, y empezó a ir de gira cada vez con mayor frecuencia. Una de estas giras fue más larga que las otras, y lo llevó hasta Montreal; entonces las cartas se espaciaron hasta que llegó un mensaje de despedida. Le aconsejó que volviera con usted.

»Para ese entonces la señora Balestri había aprendido mecanografía y había conseguido un trabajo como secretaria en una compañía naviera. Era muy eficiente y veloz en su trabajo, y a pesar de la Depresión, conservó el puesto.

»Todo esto me lo contó ayer, cuando las pistas me llevaron a un pequeño departamento donde vive sola. No parecía alarmada de que la hubiera encontrado. Me invitó a tomar una taza de té y me contó su historia.

—¿Por qué me siguió? —quiso saber Balestri.

—Está pasando por un mal momento y pensó que usted podía ayudarla con algo de dinero. Si se hace público que usted reconoció legalmente un cuerpo que no era el de ella, su matrimonio quedará anulado y toda su carrera se vendrá abajo.

—¿Ella sabe eso también?

—Ella sabe todo sobre usted.

Balestri respiró aliviado. Las apariciones de Greta habían tenido la ambigüedad de un cuento de fantasmas; pero al contratar al detective Nolan él había transformado aquel cuento en una de esas novelas baratas de tapas amarillas, con detectives duros y mujeres fatales que recibían, en la última página, la muerte y la redención.

—¿Y le dijo cuál es la suma que pensó?

El detective le entregó un papel donde, según dijo, la mujer misma había anotado una cifra. Estaba escrito en tinta azul pálido, y era la letra de una mujer.

—Puede traer aquí el dinero. Será lo mejor para todos —dijo el detective con una seguridad que antes no había mostrado.

Balestri acordó con el detective un nuevo encuentro, y le llevó el dinero a su oficina. Esta vez Nolan no se levantó a abrirle la puerta, y se limitó a decirle que pasara. Balestri notó que el bigote de Nolan, que antes le había parecido un postizo que contrastaba con su aire juvenil, ahora había encontrado un lugar en su cara.

Aquel pago le dejó unos meses de tranquilidad: no volvió a ver a Greta ni a saber de ella y se concentró en la compañía. No faltaban los problemas: Finn, antes tan eficaz, ahora encontraba cada día un nuevo obstáculo para demorar la construcción. Le escribía largos memorándums donde le advertía que tenía que seguir cavando, porque el terreno no era suficientemente firme para una torre de tal envergadura. Balestri le respondió que era el más profundo pozo para construcción jamás cavado en la historia de la humanidad, y que seguramente bastaría para su propósito. Ni el infierno, le dijo, es tan profundo. Entonces Finn, que no soportaba la idea de que su obra maestra fuera ocupada por un edificio, le dijo que no podía seguir trabajando porque los obreros a su cargo estaban en huelga. Dos días después Balestri supo que la huelga había sido promovida por el mismo Finn, y tuvo que despedir al ingeniero.

Este despido le fue particularmente penoso, porque Finn había sido uno de sus principales aliados, y uno de los pocos que habían tomado el proyecto con una entrega personal.

Cuando llegó un segundo pedido de dinero, Balestri no se sorprendió. Sabía que las cosas funcionaban así. Aquella vez Balestri discutió un poco con Nolan, pero al final accedió a entregar el pago. Entre el primer pedido y el segundo habían pasado dos meses, entre el segundo y el tercero, sólo tres semanas. Para entonces, Nolan no disimulaba su participación; con voz cada vez más segura empezó a hablar de «nosotros», lo cual le hizo pensar a Balestri que inclusive estaban conviviendo.

Cuando visitó la oficina para hacer el quinto pago se retrasó más de media hora, y Nolan lo reprendió. El detective le arrancó los billetes de las manos, los contó con impaciencia, se los puso en el bolsillo, y le hizo una señal para que se marchara, como si asuntos urgentes lo estuviesen esperando. El trato de Nolan había empeorado de encuentro en encuentro; pero esa vez había algo exagerado, como si Nolan estuviera representando el personaje para alguien más. Una mirada involuntaria del detective fue suficiente para que Balestri supiera la verdad: había alguien en el cuarto vecino. A través de la puerta entreabierta, llegó a advertir un movimiento. Ahí está Greta, pensó, con un poco de incredulidad. Respondió a Nolan con humildad, como para que se destacaran el poder y la arrogancia del otro. Así lo exigía la escena.

Al salir de la oficina de Nolan, Balestri fue a visitar a Caylus. Pasear entre las torres de cartón lo tranquilizaba, y su amigo siempre tenía una palabra de aliento. Y allí, y por tercera y última vez, Balestri escribió su deseo en un papel arrugado.

Al cabo de dos meses Balestri recibió un pedido más de dinero. Mientras subía las escaleras rumbo a la oficina de Nolan, pensaba que esa vez el dragón de la torre le había fallado, y que su tercer deseo no era más que un papel perdido entre otros papeles, entre el polvo y los insectos muertos de un edificio de cartón.

Golpeó el vidrio de la puerta, y una voz temblorosa, que había perdido toda insolencia, le pidió que pasara. En la cara de Nolan el bigote había vuelto a parecer parte de un disfraz. Era de nuevo un chico que jugaba a un juego que no entendía del todo. Desde su silla desvencijada, Balestri llegó a ver el interior del cuarto que antes había ocultado a Greta. Contra la pared había una cama; sobre la cama revuelta, una valija a medio hacer. Mientras fumaba, Nolan tenía los ojos clavados en la puerta que daba al pasillo, como si temiera que alguien más irrumpiera de pronto en la oficina.

Balestri pagó y Nolan tomó los billetes y los guardó en el bolsillo. Sin preocuparse por si Balestri se quedaba o se iba, corrió hacia el cuarto vecino, terminó de hacer la valija y la arrastró hasta la puerta. El arquitecto le dijo, como despedida, que el retrato del viejo detective Nolan, del *verdadero Nolan*, estaba torcido. Entonces el muchacho fue hasta el retrato, lo descolgó y lo estrelló una y otra vez contra el escritorio hasta hacerlo pedazos.

El nuevo edificio capturaba hasta tal punto las fuerzas productivas de la compañía, que amenazaba con detener los otros proyectos de la empresa. Mactran ya no le hablaba; se cruzaban en los pasillos de la casa como dos desconocidos. Balestri no sabía si era porque el viejo había descubierto la existencia de Anna, o porque se daba cuenta de que *Zigurat* amenazaba la supervivencia de la compañía, con su exigencia de movimiento continuo, con su hambre de planos, de hombres, de papelerío. *Zigurat* era la excusa para los obsesivos, para los que querían llegar tarde a sus casas, para los que querían encerrarse en las obligaciones, para los que querían escapar de las obligaciones. Pero hubo un instante en que cada uno de los departamentos terminó con lo que le habían encargado y el movimiento implacable de los últimos meses se detuvo.

Balestri recorrió el edificio descubriendo los estragos provocados por sus pedidos. Era el castillo de la Bella Durmiente. Los arquitectos, las secretarias, los ingenieros, los mensajeros, los ascensoristas, los empleados contables, habían sido alcanzados por alguna fuerza misteriosa que los había dejado clavados a sus sillas, en silencio y con la mente en blanco, incapaces de regresar a su casa. Habían dado todo lo que tenían, y mientras la demanda estaba en marcha, podían responder. Pero cuando la demanda cesó, su fuerza se extinguió, como si sólo pudieran vivir bajo la exigencia. Balestri entró a cada una de las oficinas, inclusive a las más apartadas, y en todas partes el efecto era el mismo. Sólo olvidó visitar un lugar: la sala de los copistas. Creía recordar que él mismo había dado la orden de abolir el segundo subsuelo, y despedir a todos sus integrantes; pero no estaba seguro de si había llegado a hacerlo.

El pozo estaba terminado. Los planos estaban terminados. Era hora de empezar la construcción.

Se estaba por ir de la oficina cuando su secretaria lo detuvo:

—El detective Brin está al teléfono.

A Balestri le pareció que era una llamada equivocada: no equivocada de persona, sino de época. Durante un instante pensó en abandonar el edificio, escaparse a un lugar donde no pudieran encontrarlo. Pero después de una vacilación atendió. El detective Brin le dijo que tenía algo para mostrarle, y de nada sirvió que Balestri dijera que no tenía tiempo, que todo eso ya había terminado. Brin no insistió, solamente repitió, después de las excusas de Balestri: «Tengo algo para mostrarle».

Una hora más tarde Balestri estaba en la oficina del detective. Brin estaba más gordo y ahora usaba lentes; los años habían acumulado a su alrededor más expedientes, papeles y fotografías. A pesar de la gordura y del aspecto vagamente somnoliento que mostraba, todavía conservaba un núcleo de persistencia que no habían podido alterar los años o el cansancio.

—El mes que viene dejo esta oficina. Al principio, cuando vine a trabajar aquí, tenía ambiciones. Veía a las personas desaparecidas como un modo de ascender a cargos cada vez más altos. Pero esta sección no conduce a ninguna parte. Sólo a hacerse preguntas y más preguntas. Y sin embargo algo debo agradecerle: uno desarrolla la memoria. Los datos, las pistas, se van juntando, y uno encuentra perdido en un rincón de su cabeza las cosas que ya no hay modo de buscar en los archivos.

Brin encendió un cigarrillo. Era el último de la caja, así que no le convidó a Balestri.

—Hace cuatro días unos pescadores encontraron a una mujer flotando en el río, en medio de una gran mancha de aceite. Parecía que se había ahogado, una de las tantas suicidas que se arrojan del puente, pero los forenses no encontraron agua en los pulmones. La habían golpeado en la cabeza. Como estoy por dejar el trabajo, casi no presté atención al asunto. Que mi sucesor se encargue, pensé, y sentí lástima por todas las horas que le tocaría vivir en esta oficina, sepultado por los papeles que se acumulan sin fin. Entonces, como al pasar, vi la fotografía. Había un detalle que me resultaba familiar.

Brin puso sobre la mesa el reloj dorado. Detrás del vidrio —donde aún se condensaba la humedad— asomaba el *Aquitania*.

—Es suizo, estuvo tres días en el agua, pero apenas se secó el mecanismo volvió a funcionar. Acérqueselo al oído. ¿Oye el tic tac?

Después de su visita a Brin, Balestri siguió trabajando, pero ya tenía la certeza de que las cosas se vendrían abajo de un momento a otro. Cuando le hablaba a Vera de su proyecto, su propia voz sonaba falsa, y su esposa notaba cómo el amenazador mundo exterior hacía vibrar los cimientos del edificio.

Una noche Balestri llegó a cenar cerca de la medianoche después de una jornada agotadora. Pensaba comer algo frío en la cocina, como hacía casi siempre en los últimos tiempos, pero vio encendidas las luces en el comedor. Le llegaron voces de una conversación; y supo que padre e hija tenían algún invitado, ya que cuando estaban solos siempre permanecían callados.

Al entrar al comedor vio que Vera y su padre ocupaban cada uno un extremo de la mesa; equidistante entre ambos, estaba Tarvis. Vera y Mactran tenían comida en el plato, pero no la habían tocado; Tarvis, en cambio, devoraba una presa de pollo con algo de bestialidad, como si fuera la primera comida en días.

—¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Quién lo dejó entrar a esta casa? —preguntó Balestri.

—Es mi casa —dijo Mactran, que le hablaba por primera vez en semanas—. Puedo invitar a quien quiera. Siéntese, Silvio.

Vera Mactran miraba hacia el suelo, como si el techo del comedor fuera demasiado alto, y la casa misma se hubiera convertido en un exterior del que era necesario huir rumbo a espacios más pequeños y protegidos. Mantenía uno de los puños cerrados con fuerza, como si hubiera atrapado un insecto que luchaba por escapar de su garra pálida. Evitaba mirar a Jack el deshollinador; con su ropa mojada por la lluvia, y las hojas secas pegadas a sus zapatos, Tarvis era la encarnación misma de la intemperie.

—El señor Tarvis nos estaba hablando de su esposa —dijo Mactran.

—Vera es mi esposa. Mi única esposa.

—Ése es un asunto que tendremos que considerar.

Balestri tomó la mano de su mujer, pero casi sintió repulsión ante aquella piel fría, que nunca había recibido los rayos del sol. El cansancio del día cayó sobre él, y apenas tuvo fuerzas para buscar una silla. Creyó que era el momento de dar explicaciones, pero era evidente que sus disculpas sólo iban a humillarlo delante de Tarvis. Entonces dejó que Tarvis hablara. Su voz le llegaba desde lejos, y como si sobresaliera del murmullo de una reunión populosa. Tarvis ni siquiera hablaba de *Zigurat* como de una obra interrumpida: dejaba claro que no era otra cosa que una fantasía frustrada, que nunca existió ninguna posibilidad de construcción.

—Desde un principio usted estuvo protegido por Caylus, el constructor de maquetas. Hace tiempo que sabemos quién es Caylus y quiénes sus amigos.

Colecciona los fracasos de nuestra arquitectura, porque trabaja para que la otra arquitectura triunfe. Sus corresponsales no son los grandes constructores de rascacielos: se escribe con los arquitectos de Berlín y de Roma. Su nombre, Balestri, aparece a menudo en esa correspondencia. Si fuéramos profesionales, lo enviaríamos a prisión, para que le hable al juez de Jerome Morley y de Greta Balestri; pero somos tan amateurs que todavía nos importan los escándalos. Y no queremos que un escándalo acabe con el poco prestigio que le queda a la Compañía. Nos conformamos con borrar su nombre de todo registro. No figurará ni como arquitecto de la Compañía, ni siquiera como empleado. En cuanto a la señorita Mactran...

—La *señora* Balestri...

—En cuanto a la *señorita* Mactran, su matrimonio con ella no tiene validez.

Balestri se sirvió una copa de vino y la bebió de un trago. La bodega de su suegro era lo único que lo atraía de aquella casa.

—Dejo a mis espaldas el pozo. Es difícil de borrar.

—Con el tiempo se hará. Ahora le toca desaparecer de la ciudad. Dedíquese a construir casas en la playa o cabañas en el bosque. No vuelva a acercarse a nuestros rascacielos.

Balestri miró a su suegro.

—¿Señor Mactran?

Mactran hizo una desganada señal con la mano, como si quisiera apartar con un gesto toda la derrota, la tristeza y el fastidio que aquella conversación encerraba. Dijo:

—Es hora de devolver los anillos.

Al principio Balestri no entendió de qué estaba hablando, pero luego reparó en la pesada alianza de oro que llevaba en el índice. Se lo sacó con algún esfuerzo y se lo tendió a Vera. Ella no llevaba el anillo puesto, lo había tenido encerrado en su puño, desde antes de que él entrara al comedor. En silencio, intercambiaron las alianzas. Y hubo en aquella ceremonia algo más profundo y humano que en su casamiento; Tarvis, a pesar de su traje arrugado, y de las manos brillosas de grasa de pollo, parecía gobernar la ceremonia con más gravedad e interés que el pastor que había oficiado la boda.

—Coma algo —dijo el deshollinador, como si fuera el dueño de casa.

Y Balestri, como para demostrar que no bastaba aquella escena para sacarle el apetito, se sentó a comer del plato ya frío de Vera.



Esa misma noche Balestri recogió algunas de sus cosas y partió en un taxi rumbo a su estudio. Había previsto una noche de insomnio, pero durmió diez horas seguidas.

A la mañana fue a la compañía para ver si las palabras de Tarvis tenían algún efecto en la realidad. Y lo tenían: el portero principal, que siempre se había mostrado tan obsequioso con él, sobre todo luego de su ascenso, se le cruzó en el camino y le prohibió la entrada. Cuando insistió (quería al menos retirar sus pertenencias de la oficina) otro de los porteros se sumó al anterior para empujarlo hacia la calle. Repetían: sus cosas le llegarán por correo.

Expulsado de la Compañía, Balestri fue caminando hasta el museo de Caylus. A mitad de camino empezó a lloviznar y se subió el cuello del abrigo. Mientras caminaba pensaba en su proyecto. Estaba seguro de que el edificio que tenía en su cabeza se vería afectado por los sucesos recientes, y que una tenue neblina de irrealidad borraría los contornos de su construcción. Nada de eso: en cuanto imaginó la torre la vio más alta que nunca, más precisa, creciendo hacia lo alto pero también hacia el interior. Era tan sólida que podía caminar por ella, recorrer los largos pasillos desiertos, entrar en alguna de las habitaciones, asomarse al vacío central. Si buscaba con afán, inclusive encontraba parte del mobiliario: eran muebles de aspecto vagamente oriental, y llenos de pequeños cajones laqueados.

Cuando llegó al museo lo encontró cerrado. Antes de irse, Caylus había estado trabajando: entre los edificios había hollín y restos de papel quemado. Balestri notó que Caylus había alterado la disposición de las maquetas dejando en el centro un espacio para su *Zigurat*.

En pocos días Balestri se había quedado sin su proyecto, sin su trabajo, sin su amigo y sin su esposa; cuando recibió un telegrama que le informaba de la muerte de su padre, sintió de pronto que el club ya no era una elite de arquitectos, sino un grupo de dioses que desde un Olimpo de humo de cigarro se entretenían en enviarle una desgracia tras otra, para vengar un antiguo desafío.

Su padre había muerto en plena tarea, de un ataque al corazón. De ahora en más, su ayudante, Drigo, se ocuparía de llevar adelante el taller. Balestri planeó un viaje a Italia, para poner en orden los asuntos de su padre. Pero antes de que comenzara con los trámites para la partida, dos policías lo visitaron. Buscaban a Caylus, no dijeron por qué. Cuando Balestri les comentó su intención de abandonar el país, le advirtieron:

—Usted está bajo investigación. No se le dará ningún permiso de salida.

Era evidente que Caylus sabía que lo buscaban, porque en los meses siguientes no envió una carta ni hizo una llamada telefónica. Anna se tomaba su ausencia con naturalidad, y hablaba de él en pasado, como si hubiera muerto.

—Antes de marcharse me pidió que te dijera tres cosas: que te fueras de la ciudad, que me llevaras y que recordaras que tus tres deseos ya fueron concedidos. De aquí en más ya no se puede contar con la Torre del Dragón.

A pesar de los contratiempos que sufrió Balestri, Anna parecía más feliz que nunca: Vera Mactran había desaparecido de la vida de Balestri, y aunque a cambio se había perdido *Zigurat*, de todas maneras era buen negocio. Las mujeres siempre saben valorar las ganancias indirectas.

Siguiendo el último consejo de Caylus, Balestri dejó la ciudad y comenzó a viajar por el país. Al principio trató de entrar en compañías constructoras y estudios de arquitectos de ciudades apartadas, pero se dio cuenta de que su nombre ya no estaba prohibido sólo en Nueva York sino en el país entero. Tuvo que resignarse a encargos menores.

Como Balestri ignoraba hasta qué punto podían llegar la persecución del club y las consecuencias de la muerte de Greta, se negó a tener una casa. Vivían en hoteles, y permanecían en el sitio hasta que duraba el encargo. Trabajó en parques de diversiones, en plantas fabriles, en la edificación de barrios obreros; colaboró, inclusive, en un museo dedicado al Lejano Oeste. Anna, siempre optimista, se negaba a considerar aquello una mudanza o una fuga, y lo llamaba «nuestro eterno viaje de bodas». Pero a veces le rogaba que se establecieran en algún lugar y que empezaran a llevar una vida normal. Ella estaba dispuesta a correr los riesgos. Balestri, en cambio, se sentía cómodo al saber que toda su vida entraba en un baúl, y el baúl en el compartimiento de un tren.

Durante los momentos más intensos de la construcción Balestri había dejado por completo de escribir, pero después de su expulsión retomó los *quaderni*, que en ese momento tuvieron algunas de sus mejores páginas. Como los cuadernos rojos ya ocupaban una buena parte de su equipaje, empezó a escribir con letra más apretada. Algunas páginas hay que leerlas con lupa. El fracaso, escribía Balestri, brinda una perspectiva única para ver la propia obra; ya que no contamos con la perspectiva de la muerte, tenemos el fracaso para reemplazarla.

Esa vida de trashumancia duró cinco años. Durante ese tiempo Balestri no pisó Nueva York. Pero en 1938 Silvio Balestri y Anna regresaron a la ciudad, porque un empresario lo había contratado para la construcción de un edificio de diez pisos. El empresario, un húngaro, admiraba la obra de Balestri y conocía perfectamente su pasado; también sabía que no convenía que el italiano apareciera bajo su nombre verdadero, y le hizo firmar los planos a otro arquitecto.

Balestri y Anna se instalaron en su viejo departamento. Había estado alquilado durante dos años, pero después quedó vacío, acumulando problemas eléctricos y de cañerías. Habían dejado en el sótano del edificio, embaladas en cajas de cartón, muchas cosas que su vida de viajes continuos no les había permitido llevar: veladores, cuadros, libros, papeles, ropa. Cuando abrieron las cajas, notaron que las ratas y la humedad del sótano habían destruido casi todo.

Como las oficinas de su mecenas estaban a dos calles del edificio de Moran, Morley & Mactran, Balestri no resistió la tentación de acercarse a su antiguo trabajo. Se había dejado la barba y había cambiado su modelo de lentes; confiaba en que los porteros no lo reconocerían. Pero como vio bajar del ascensor a Mactran —ahora algo enclenque y apoyado en un bastón de verdad, y no ya en planos enrollados— se desvió hacia las escaleras y no se detuvo hasta llegar al segundo subsuelo.

Durante sus últimos años en la compañía, nunca había visitado la sala de copistas. Tenía la duda de si había llegado a enviar el memorándum con la orden de anular ese departamento subterráneo. Pero era evidente que algo lo había distraído, porque ahí estaban sus antiguos compañeros: Linklund, Farbus y Meyer. Sólo faltaba Sommers: se había jubilado o había muerto. La silla de Sommers estaba en su sitio, al igual que sus instrumentos de trabajo, bajo una leve capa de polvo y telaraña.

Eran increíblemente viejos, pero seguían trabajando en los planos. Linklund rasgaba el papel con su garra de pájaro. Farbus se había vuelto más friolento con los años, y parecía una montaña de ropa vieja amontonada en una silla. Meyer continuaba usando sus instrumentos de sastre, mientras pegaba su único ojo al papel. Ninguno de los copistas notó su presencia. Cuando se acercó a la mesa para ver qué estaban copiando, advirtió que eran planos y bocetos de *Zigurat*. Ahí estaban los planos de la cúpula, diestramente ejecutados por Thessau; y un diagrama minucioso de las escaleras que se desplazaban; y una perspectiva de la terraza del Observatorio, con su telescopio extendido hacia las estrellas. Tuvo la intención de avisarles que ya no trabajaran en eso, que el proyecto había sido cancelado mucho tiempo atrás. Y sin embargo se quedó quieto para contemplar, con una mezcla de agradecimiento y agobio, la tarea de los últimos fieles.

El muro de cemento seguía en pie. Desde afuera tenía el aspecto de una prisión. Balestri atravesó el alambrado por un punto en que se había derrumbado, y cruzó una de las aberturas que conducían al interior del foso.

Desde la empalizada, se asomó a la excavación. No estaba tan profundo como antes: en algún momento habían comenzado a rellenarlo, pero la labor había sido interrumpida. Luego, durante más de cinco años, el pozo había recibido la descarga de basura y de lluvia, que había convertido el fondo en un pútrido lago.

Al rato de contemplar el pozo advirtió que no estaba solo: un hombre vestido con un traje raído miraba con prismáticos la excavación. Le señaló algo, desde lejos, y como Balestri no respondió, se le acercó con un paso veloz y oscilante a la vez. Cuando estuvo cerca lo reconoció, a pesar de la barba gris: aquel mendigo era Finn.

—Había oído que usted estaba en la ciudad. Hice guardia durante días, esperando su visita.

—¿Para qué quería verme? Estoy como usted, o peor que usted.

—No le estoy pidiendo trabajo. Usted me despidió, pero yo no abandoné la obra. Todavía está bajo mi control.

Balestri le preguntó qué había estado haciendo durante los últimos años.

—Cuando usted me despidió me ofrecieron retomar el trabajo en los pozos petroleros, pero en aquello no hay arte. Lo puede hacer cualquiera. ¿Qué sentido tiene hacer las cosas que puede hacer cualquiera? Tenemos que concentrarnos en lo que nadie sabe hacer. Hace cuatro años, mi mujer se cansó de mí y me dejó; entonces alquilé una habitación aquí cerca. Es un hotel horrible y lleno de cucarachas que se esconden entre el empapelado y la pared; oigo todas las noches los gritos de las putas que trabajan en los otros pisos y las peleas y los llantos. Pero el hotel tiene una ventaja: desde la ventana puedo ver la muralla del pozo. Y cuando me levanto sin ánimos de nada hago una caminata hasta aquí. Y me digo: esto lo excavé yo. Fui tan lejos como pude llegar.

Balestri sintió sobre su cara el aliento a whisky adulterado. Quiso irse, pero el otro lo detuvo y le señaló el pozo.

—Ahora que es tarde para los dos, respóndame con el corazón: ¿no es hermoso? ¿No hubiera sido una pena arruinarlo con su *Zigurat*?

Sobre el agua del fondo, verde de putrefacción, flotaban latas oxidadas y manchas de petróleo. Entre maderas podridas nadaban las ratas. Una nube de moscas rodeaba el cadáver de un perro.

Balestri terminó las obras que le había encargado el empresario húngaro en el verano de 1939. Por ese entonces las cartas de sus corresponsales alemanes y austríacos parecían marcadas por un entusiasmo algo artificial, más destinado a los censores del Reich que a Balestri. A pesar de las dificultades que la guerra había impuesto al correo, llegó hasta su casa un gran sobre de papel gris con un ejemplar de la revista de la sociedad de arquitectos alemanes, que había destinado casi un número entero a la obra de Balestri. Anna estaba encantada: el papel brillante y de buen gramaje destacaba los dibujos de *Zigurat*, que ocupaban páginas enteras y disputaban el espacio a los avisos de la publicidad oficial. El arquitecto, en cambio, miraba la revista como si se tratase de la resolución de un lejano tribunal, que luego de estudiar detenidamente su caso hubiera decidido condenarlo.

Además de preocuparse por las consecuencias de esa exaltación, Balestri sentía un malestar provocado por sus antiguos dibujos, que la revista había publicado con generosidad. Eran etapas clausuradas, equivocaciones, y no quería quedar encadenado a aquellas imágenes que ya no tenían ningún sentido para él. No sentía ningún orgullo por lo ya hecho: su vanidad sólo confiaba en el porvenir. Para ese entonces, los planos se contaban por miles; muchos estaban hechos en papel de embalar.

En diciembre de 1939 recibió la primera visita de los agentes gubernamentales: eran dos hombres altos, jóvenes y atléticos, y tenían los ojos muy juntos y la mirada fija. Eran tan parecidos que Balestri y Anna empezaron a llamarlos entre ellos «los gemelos». Buscaban a Caylus. Durante los últimos años lo habían buscado de una manera un poco burocrática, sin mayor interés, pero los acontecimientos europeos habían hecho revivir algunos casos archivados y olvidados, y viejos nombres habían vuelto a ver la luz. Los agentes interrogaron al arquitecto sin brusquedad, pero con persistencia, durante tres horas. Balestri respondió a todas sus preguntas, pero los agentes las repetían, tratando de detectar alguna variación. Balestri se esforzó en responder con las mismas palabras; aunque también esto despertó las sospechas de los gemelos, que estaban alerta ante aquellos que se sabían demasiado bien el libreto.

En esos cinco años, Caylus no había dado una sola señal de vida. Balestri se daba cuenta de que cada carta que llegaba a su casa era rigurosamente abierta; los agentes a veces abrían los sobres con vapor (y entonces llegaban arrugados por la humedad); otras veces utilizaban un cortaplumas. Cada vez que Balestri o Anna levantaban el teléfono, oían un zumbido lejano, y el eco de sus propias voces. Además, una vez por semana recibían la visita de los gemelos, que volvían a hacer las mismas preguntas. Balestri estaba ansioso por terminar un pequeño trabajo que le había quedado en la ciudad, para regresar a su vida itinerante.

A pesar de estos contratiempos, la presencia de los agentes fue, a la larga, beneficiosa. En los últimos tiempos, Balestri había empezado a sufrir de insomnio, y cuando esto ocurría, salía a dar largas caminatas. Durante uno de esos paseos, una noche de invierno, se desplomó inconsciente frente a la vidriera de un cine cuya última función ya había terminado. La calle estaba completamente desierta. Si no lo hubiera visto uno de los agentes que lo seguía, habría muerto congelado.

Estuvo inconsciente durante tres días. Cuando despertó, en una de las cuarenta camas de un pabellón de hospital, no pudo decir nada. Las palabras habían desaparecido de su cabeza, y con ellas se había borrado también la necesidad de hablar. La afasia se presentó acompañada de una sensibilidad visual exagerada, y que era de algún modo una sensibilidad aritmética. Le molestaba el número de cosas que lo rodeaba. La cantidad de pacientes que podían verse desde su cama, las motas de polvo detenidas en la luz, los reflejos confusos sobre el brillo cóncavo de la acerada cama de hospital eran fenómenos intolerables para su mente. Cada cosa estaba llena de facetas, y no había modo de agotar aquellos aspectos multiplicados. Las palabras no servían para dar cuenta de todo eso. Habían hecho bien en desaparecer.

Un médico de apellido griego explicó a Anna que los estados de confusión y afasia eran comunes después de un coma de más de un día. Era seguro que acabarían por desaparecer. En los días siguientes Balestri recuperó su lucidez y perdió su hipersensibilidad visual, pero continuó sin poder decir palabra.

La junta médica que se reunió a propósito del caso no llegó a un acuerdo sobre las causas de la afasia. Los neurólogos Sachs y Safrinsky se inclinaron por un derrame cerebral. Robertson, por un inexplicable fallo del corazón —que el médico llamaba «síndrome de Robertson» y que venía persiguiendo desde hacía años, sin que hubiera podido hallar más que dudosas evidencias científicas del asunto—. Robertson postulaba que ese fallo, que se producía de golpe, sin que hubiera antecedentes, dejaba el cerebro sin oxigenación durante algunos segundos, provocando daños irreversibles. Por último Ryams, un psiquiatra, estaba convencido de que se trataba de una afasia histérica.

Los agentes del gobierno —que seguían interesados en Caylus— enviaron a su propio médico para que estudiara la historia clínica y se entrevistara con el paciente. En su informe, el médico confirmó que la afasia era auténtica.

Como suele ocurrir a menudo con los familiares de los pacientes, Anna se dedicó a leer sobre el tema y a abrumar a los médicos con preguntas. Pronto sus conocimientos fueron tan detallados que era capaz de leer las publicaciones especializadas sin que una sola palabra le resultara ajena. Así se enteró de que vivía en la ciudad de Buenos Aires el doctor Braun, un neurólogo judío alemán que había logrado algunos de los mayores avances en el terreno de la afasia. El doctor Braun hablaba en sus artículos con mucho entusiasmo, como si se hubiera enamorado de la afasia, como si se tratara no de una enfermedad, sino de una lámpara destinada a iluminar lo más profundo del cerebro: la construcción del mundo interior. En los escritos de Braun habían abundado, al principio, las metáforas arquitectónicas, que luego habían dejado lugar a metáforas arqueológicas. Había pasado de ver el cerebro



como constructor del mundo, a presentarlo como descubridor de un mundo que estaba allí desde antes, y que yacía enterrado, erosionado, petrificado e indescifrable.

Anna estaba cansada de huir de ciudad en ciudad; cansada de los hombres de traje oscuro que la seguían del departamento al hospital, que vigilaban atentos sus movimientos cuando iba a hacer las compras, y que intervenían sus llamados telefónicos. Entonces le propuso a Balestri que viajaran a Buenos Aires. Él aceptó: ahora que no hablaba ningún lenguaje, era extranjero en todas partes y lo mismo daba una ciudad que otra.

El viaje se demoró más de lo previsto porque los agentes del gobierno pusieron toda clase de trabas para la obtención de los pasaportes. Pero finalmente, en enero de 1940, bajo una lluvia helada, la pareja pudo embarcar en el *Isis*, que tocó puertos de México y de Brasil antes de llegar a su destino final.

En Buenos Aires, apenas dejaron la aduana, los esperaba el doctor Renzo Treviso, un viejo amigo de Caylus, con quien había mantenido correspondencia por más de una década. Parecía decidido a ignorar el calor pegajoso de la ciudad: vestía un traje verde de paño, una corbata de lazo y un sombrero alpino. Treviso los ayudó con el equipaje, que puso en el baúl y en el asiento trasero de un gran automóvil negro, y los condujo por calles atestadas. Balestri había imaginado a Buenos Aires como una ciudad desierta y se encontró con tranvías atiborrados y embotellamientos. Treviso quiso hacer un paseo por la ciudad antes de llevarlos al hotel que había elegido para ellos. Durante el viaje en auto, que estuvo lleno de audaces maniobras —al parecer imprescindibles para poder avanzar en aquel desorden—, Treviso no paró de hablar. Nadie estaba en condiciones de interrumpirlo: Balestri no había recuperado el habla y Ana entendía poco y nada de italiano.

Había llegado a Buenos Aires, les explicó Treviso, para dar un ciclo de conferencias sobre la obra de Dante Alighieri. Primero a causa de algunas distracciones, luego a causa de una mujer, y después por la nostalgia de esa mujer ya imposible, se había quedado a vivir allí. Consideraba que aquella decisión, o aquella fatalidad, no debía ser examinada según el esquema de aciertos o fracasos.

—Llega un momento en que los hombres aceptamos la vida tal cual es. Nos preguntamos, ¿cómo es que llegamos aquí? Pero lo hacemos con resignación. Sabemos que en cualquier otro sitio las cosas hubieran sido iguales. Como escribió un poeta: arruinaste tu vida en esta ciudad; la arruinaste en cualquier lugar del mundo.

El automóvil se detuvo en la puerta del hotel Ancona, de Avenida de Mayo, frente a un edificio alto, al que llamaban, con exageración «palacio».

Treviso estaba orgulloso de su hallazgo:

—Las habitaciones de este hotel tal vez no sean del todo cómodas, pero lo elegí porque desde la ventana puede ver el palacio. Imaginé que le gustaría descubrir hasta qué lugar remoto llegaron sus pensamientos.

Pero Balestri miró el edificio sin sonreír: si algo no le interesaba encontrar era la consecuencia de sus ideas.

Mientras un conserje asturiano le tomaba los datos a los pasajeros, Treviso continuó hablando de su pasado. A Balestri le costaba prestarle atención y llenar a la vez la planilla de ingreso. A fines de los años veinte, cuando se enteró de que el

arquitecto Palanti estaba construyendo aquel edificio según ciertas correspondencias de la *Commedia*, Treviso se acercó a él para ofrecerle sus conocimientos sobre la obra de Dante Alighieri. Pronto se hicieron amigos. Palanti había trabajado con algunas referencias visibles y con otras invisibles al poema y se las explicaba a Treviso en largas charlas mientras le mostraba los planos. Le gustaba compartir con alguien el secreto.

—El empresario que encargó el edificio estaba convencido de que Europa entera iba a arder. Por eso reservó la cúpula para recibir los restos de Dante Alighieri, cuando hubiera llegado el momento de rescatarlos de las llamas y de los bárbaros. Mire los diarios: la guerra avanza; las profecías se cumplen.

Pero ahora el edificio parecía alejado de toda referencia a Dante: los empleados abandonaban con apuro las oficinas —los hombres con los trajes ya arrugados y el nudo de la corbata flojo, las mujeres con el maquillaje desteñido por la transpiración y el cansancio— para alcanzar el tranvía a tiempo.

—Gracias a Palanti llegué a interesarme en la relación entre los libros y la arquitectura. Así fue cómo oí por primera vez su nombre, arquitecto Balestri. A partir de ese momento comencé a coleccionar sus artículos. Caylus me dio una gran ayuda. Ya le mostraré las grandes carpetas que guardo, con todos sus textos ordenados cronológicamente.

Balestri intentó sonreír pero se dibujó en su cara una mueca de temor, ante la posibilidad de que ahora mismo su inquieto compatriota sacara de algún sitio las carpetas y lo obligara a mirarlas. Pero no fue así: Treviso sabía que había llegado el momento de la despedida, y le tendió la mano. Cuando estaba a punto de atravesar la puerta de vidrio, se volvió y le gritó:

—Yo dediqué mi vida al libro que es un edificio. Usted dedicó la suya a un edificio que sólo en los libros vivirá. Ya ve: estábamos destinados a conocernos.

Para Treviso el centro de la ciudad era el palacio, y nunca se alejaba más que unas cuadras de la Avenida de Mayo. El resto del país, y aun de la ciudad, le era indiferente. Pero Anna no quería vivir en el centro y pronto alquiló con sus ahorros una casa en las afueras de la ciudad, rumbo al oeste, cerca de la estación de tren. La casa tenía un jardín cuya pared del fondo daba a las vías.

En ese jardín, en cuyo centro había un jacarandá, Balestri se dedicó a continuar su obra, que ya era puro pensamiento: sin instrucciones, sin planos, sin palabras.

Durante los primeros tiempos de su estadía en Buenos Aires, Balestri y Anna visitaron al doctor Braun casi todas las semanas. El médico los recibía en la sala de neurología del hospital R., en un consultorio inmenso y desordenado. Cráneos y cerebros en formol disputaban el espacio en las vitrinas. El doctor Braun explicó que de nada servía insistir con hablar: ese camino por ahora estaba clausurado, y eso lo probaba muy bien el hecho de que en todo ese tiempo no hubiera aprendido una sola palabra. Lo que había que hacer era buscar otro modo de expresión. Entonces lo invitó a buscar en su experiencia, en el fondo de su memoria, otro lenguaje que le permitiera conectar una parte de sí mismo con el exterior.

A pesar de la impaciencia de Anna, Balestri no sentía ningún apuro por recobrar la palabra. Desde que había perdido el lenguaje, *Zigurat* se había vuelto más real. Pero a pesar de esa indiferencia, decidió hacerle caso al doctor Braun, por quien sentía una profunda simpatía. En sus paseos por el edificio mental, Balestri fue recuperando para sí el lenguaje del anteuúltimo piso. La torre había alterado aquellos signos, pero todavía podía encontrar sus huellas, aquí y allá, como una lengua antigua encerrada en el interior de una ruina. No había nadie que pudiera descifrarla — porque los pasos de Thessau y Grijer se habían perdido hacía tiempo— pero en las anotaciones que había hecho Balestri en sus cuadernos había algunas pistas como para empezar a restaurar el código.

Y en esta etapa de su trabajo, el doctor Treviso fue para él una ayuda fundamental. Durante toda su vida el profesor había aplicado su mente a descubrir el significado oculto de las cosas. El significado literal lo desconcertaba; necesitaba que hubiera en todo un mensaje secreto. Identificaba la transparencia de las cosas con la trivialidad de la vida; y quería huir de todo aquello que no encerraba ningún misterio. La vida de la gente común —las esposas, los hijos, las escuelas de los hijos, los paseos del fin de semana, los trámites bancarios, la esperanza de un ascenso— era un infierno del que había logrado escapar.

Cuando consideró que ya tenían una relación de mutua confianza, Treviso le confesó a Balestri que era el guía de un pequeño grupo de exégetas de la *Commedia*, que leían el poema en clave hermética. El profesor sostenía que Dante había

pertenecido a la herejía de los albigenses, y que todo el poema podía leerse como un mensaje secreto para que sus creencias sobrevivieran, escondidas, al exterminio de su fe. Treviso estaba escribiendo desde hacía un cuarto de siglo un léxico en donde cada palabra alcanzaba su verdadero significado. Cuando Dante habla de «árboles muertos» se refiere a los católicos, explicaba Treviso. Eso son los católicos para él: «árboles autumnales muertos». Cuando escribe la palabra «Dama», se refiere a los iniciados, a los «perfectos», que encerraban dentro de sí los dos sexos. Y ya que usted es arquitecto, le gustará saber que la torre que edificó Nemrod, y por la cual fue condenado a no ser entendido por nadie, no es otra cosa que una referencia a Roma. Roma, que se postulaba como el centro del mundo, era Babel; el centro de la confusión, de lo inacabado, del orgullo castigado, de lo que nunca alcanzará su lenguaje verdadero.

Aquellas líneas y signos que empezó a escribir Balestri, se convirtieron en la misión central de la pasión de Treviso por las cosas ocultas. Buscó en los cuadernos rojos las anotaciones que había hecho Balestri en los tiempos que ocupaba el penúltimo piso de Moran, Morley & Mactran. Y se aplicó a su develación con el mismo ahínco con el que en su juventud había entrado en el edificio verbal de Dante Alighieri.

Los pensamientos últimos de Balestri llegaron a nosotros a través de la labor incansable de Treviso, y aunque su traducción ha sido cuestionada, no disponemos de otros intérpretes.

La afasia no había sido para Balestri un obstáculo, sino un avance: si primero se había librado de ingenieros y arquitectos y obreros y empleados contables, después se había liberado también del peso del lenguaje. La construcción lo hubiera traicionado, pero también los planos y las palabras. Ahora *Zigurat* se expresaba en un lenguaje que era puro espacio. La veía con tanta nitidez que a veces temía que *Zigurat* comenzara a invadir la realidad.

Y en parte *Zigurat* había invadido la realidad. Sus efectos podían rastrearse en cientos de proyectos a lo largo y a lo ancho del mundo. Los arquitectos que lo rodearon durante los últimos años de su vida —y a quienes Treviso trataba de alejar, celoso, convencido de que ellos sólo distorsionarían su pensamiento— se sorprendían de que *Zigurat* hubiera sido alguna vez un proyecto de efectiva construcción. Habían oído la leyenda del edificio, pero habían creído que se trataba de un experimento teórico destinado a analizar los alcances de la visión utópica de la arquitectura. Pensaban que su destino había consistido en iluminar algunos aspectos de lo posible con la luz cegadora de lo imposible.

Balestri hubiera querido eliminar de aquel edificio todo rasgo personal, pero mientras lo exploraba —y la exploración era al mismo tiempo una construcción, ya que siempre llegaba a zonas borrosas que exigían una decisión— se encontraba con restos de su propia memoria. Todas las otras lámparas se habían apagado, y sólo la sexta continuaba encendida. A veces aparecían muebles que le habían pertenecido o que había visto; otras eran canciones, o voces que venían del cuarto vecino. Palabras escritas en las paredes o en el interior de los libros; una taza de té que se enfriaba; un gato que volvía, arañado y cansado de la vida en los techos. En la cúpula inacabada siempre lo sorprendía la voz de su madre; a lo lejos veía pasar, apurado, a Pollak, joven para siempre, que le mostraba la palma de la mano llena de letras microscópicas. Balestri paseaba por el edificio con la vaga sensación de haber olvidado algo. Había salones, escaleras, ascensores, calderas, sótanos, ventanales, tubos neumáticos, pararrayos; pero algo se escondía detrás de esa abundancia, algo que faltaba: la puerta de salida.

Balestri recibía día por medio la visita de Treviso. El profesor nunca se había casado, y no tenía familia en Buenos Aires. Sólo se veía con el pequeño grupo que rondaba a la Asociación de Estudios Dantescos, que funcionaba en el salón de su casa y de la que era director. Eran todos seres solitarios y al borde del desvarío. Viudas, profesores fracasados, solterones; más de uno había llegado ahí después de haber pasado por asociaciones espiritistas y círculos de esperanto. Treviso, para huir de esa soledad, que él mismo, al fin y al cabo, había fundado, buscaba a Anna y a Balestri. En ellos dos, bastante desesperados también, él veía la esperanza. Cuando Anna y Balestri se casaron, casi en secreto, lo llamaron como testigo.

Treviso hablaba interminablemente, en el jardín, bajo la sombra del jacarandá. Balestri lo convidaba con fernet o hesperidina. En esas tardes sin fin, mientras comía aceitunas, maníes y pedacitos de queso que Balestri jamás probaba, el profesor se lamentaba del terrible fracaso que había sido *Zigurat*. Pero Balestri le respondía por escrito —a través de mensajes que Treviso descifraba cada vez con mayor velocidad— que no lo consideraba un fracaso en absoluto. La historia había tratado con más delicadeza a los edificios hechos de palabras que a los grandes monumentos, por profundos que fueran sus cimientos, por indestructibles que parecieran los bloques de piedra o mármol que los formaban. De los tiempos de Babel no queda casi nada, pero todavía queda esa palabra: Babel.

Mi teoría de la ruina, escribía Balestri, tiene que llegar más lejos: hay que encerrar en los edificios ruinas; y dentro de la ruina un mensaje hecho con la materia misma de nuestra vida. Un signo único, un jeroglífico que espere, tanto tiempo como sea necesario, el relámpago de la revelación.



El aprendizaje del idioma espacial de Balestri le dio a Treviso un buen motivo para hacer las visitas más asiduas: todos los días tomaba el tren de las cuatro y diez, y a las cinco estaba golpeando la puerta. El vaso con hielo y fernet o la copita de hesperidina lo esperaban en la mesa del jardín.

Una tarde encontró a Balestri empeñado en una hoguera, con los ojos enrojecidos por el humo. Mezcladas con maderas de cajón de frutas ardían las grandes hojas de los planos. El fuego era tan alto y tan potente que amenazaba seguir más allá del círculo de cenizas. Treviso le pidió ayuda a Anna y entre los dos apartaron a Balestri y echaron agua sobre el fuego.

Cuando hicieron el inventario encontraron que sólo se habían salvado unas pocas hojas de las que Balestri había traído consigo desde Nueva York.

En sus anotaciones, de siempre demorada lectura, Balestri escribió: Los planos traicionan mi idea, la vuelven irreal. Sólo en las llamas que queman los planos veo *Zigurat* tan real como en mi imaginación.

Treviso nunca se cansó de sus largos monólogos frente a Balestri y no sabemos si Balestri se cansó. No lo desanimaban ni el aire ausente del arquitecto, ni, más tarde, su renuncia a comunicarse por escrito. Quizá fue debido a la mudez de Balestri — hablar con él era como hablar con nadie— que Treviso se animó a confesarle, luego del fin de la guerra, que todo el tiempo él había estado en comunicación con Caylus, y que era Caylus quien le había encomendado la misión de asistirlo. Las cartas de Caylus le llegaban desde distintos países, y con distintas firmas, para que no hubiera modo de rastrearlo. A veces abría un folleto de una maquinaria, y en su interior, en una hoja suelta, leía el mensaje secreto. O en una carta de mujer, o en una inocente postal de una ciudad balnearia.

Caylus, le explicó, no estaba desanimado por lo que había pasado. La arquitectura del significado había sido derrotada, pero se trataba apenas de una batalla, y habría otras. Cuando Caylus miraba las fotos de las ruinas, no respiraba el gusto de la derrota: tal vez la verdadera misión de aquellos arquitectos no había sido la construcción de monumentos y la celebración de la fuerza, sino la edificación de ciudades imposibles, sumergidas, perdidas, y que a raíz de esa misma pérdida estarían siempre presentes. La Atlántida, Is, Thule. Todo había quedado en ruinas, pero esas ruinas tenían un significado que él, Caylus, no podía ignorar.

Así hablaba Treviso mientras Balestri cabeceaba, desinteresado del significado, de Caylus, de la arquitectura. El viento hacía vibrar las hojas del árbol con un sonido ligeramente metálico. Aquellas noticias de guerra y destrucción parecían venir de un mundo lejano, inventado.

En sus últimas anotaciones Balestri revela su total convencimiento de que él es un arsami, uno de aquellos santones hindúes de los que Mactran le había hablado. No se trataba de una metáfora sino de una verdadera creencia que de algún modo concentraba y resumía las tendencias místicas de Balestri y que, más o menos escondidas, pueden rastrearse en toda su obra. Veía que su edificio mental, tan laboriosamente construido, sostenía el mundo. En otras geografías, hombres como él se entregaban al sueño de otras tantas torres imposibles. Tal vez no eran arquitectos; no hacía falta que lo fueran. Hombres corrientes, que apenas entendían lo que pensaban, y que no decían a nadie su misión. Estaban, con respecto a su torre, mudos. Era su torre lo que los había hecho callar. Sabían que en el instante de su muerte, otro los reemplazaría, en la casa vecina o en la otra punta de la Tierra. De esa manera, los arsami continuarían sosteniendo sobre sus hombros el núcleo vacío del mundo.

Una tarde de noviembre, Balestri se encerró en su estudio con todos sus cuadernos y comenzó a leerlos, uno tras otro. Leía unas pocas líneas y arrojaba el cuaderno a un rincón, para comenzar con otro, con el que repetía el procedimiento. La ventana que daba al jardín estaba abierta, y por allí entraba el viento fresco que acababa de reemplazar a la tormenta. El jardín estaba lleno de ramas recién arrancadas y de flores de jacarandá, y el pasto y las hojas de las plantas relucían por la lluvia.

Cansado de esa lectura una y otra vez interrumpida, Balestri fue a despejar el jardín de los escombros de la tormenta. En esa tarea estaba cuando el ataque lo derribó. Cayó boca abajo, cerca del árbol.

Anna no descubrió a su marido hasta que, a las cinco de la tarde, se oyeron los golpes puntuales de Treviso. Cuando Anna y el profesor fueron al jardín, lo encontraron tendido sobre las hojas y las ramas, y cubierto por las flores húmedas del jacarandá.

Balestri murió en el hospital dos días más tarde.

El arquitecto Silvio Balestri recuperó el habla sólo en el último instante de su vida.

Desde su caída en el jardín, Anna no se movió de su lado. Durmió dos noches en el hospital, sentada en una silla, con la cabeza apoyada contra la pared. La mañana del 14 de noviembre, cuando algunas convulsiones aisladas sacudieron el cuerpo, pidió ayuda a gritos. Un médico joven, que había mostrado un interés personal por el paciente, fue el primero en entrar a la habitación. Sabía del prolongado silencio de Balestri, y por eso le sorprendió oír de sus labios, antes de expirar, la palabra *Zigurat*, pronunciada con claridad, y como si fuera una pregunta.

Después de comprobar que sus signos vitales se habían apagado, el médico preguntó a Anna qué significaba esa palabra. Anna estaba agotada por las noches en vela. Además del dolor, que todavía era menos tristeza que aturdimiento, sentía una profunda decepción de que no hubiera sido su nombre esa palabra, última y única. Odió la torre que lo había consumido, la torre que desde ninguna parte había ejercido su poder ilusorio, geométrico, funeral.

Y respondió: «Es el nombre de un gato».



PABLO DE SANTIS nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz* y *el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.